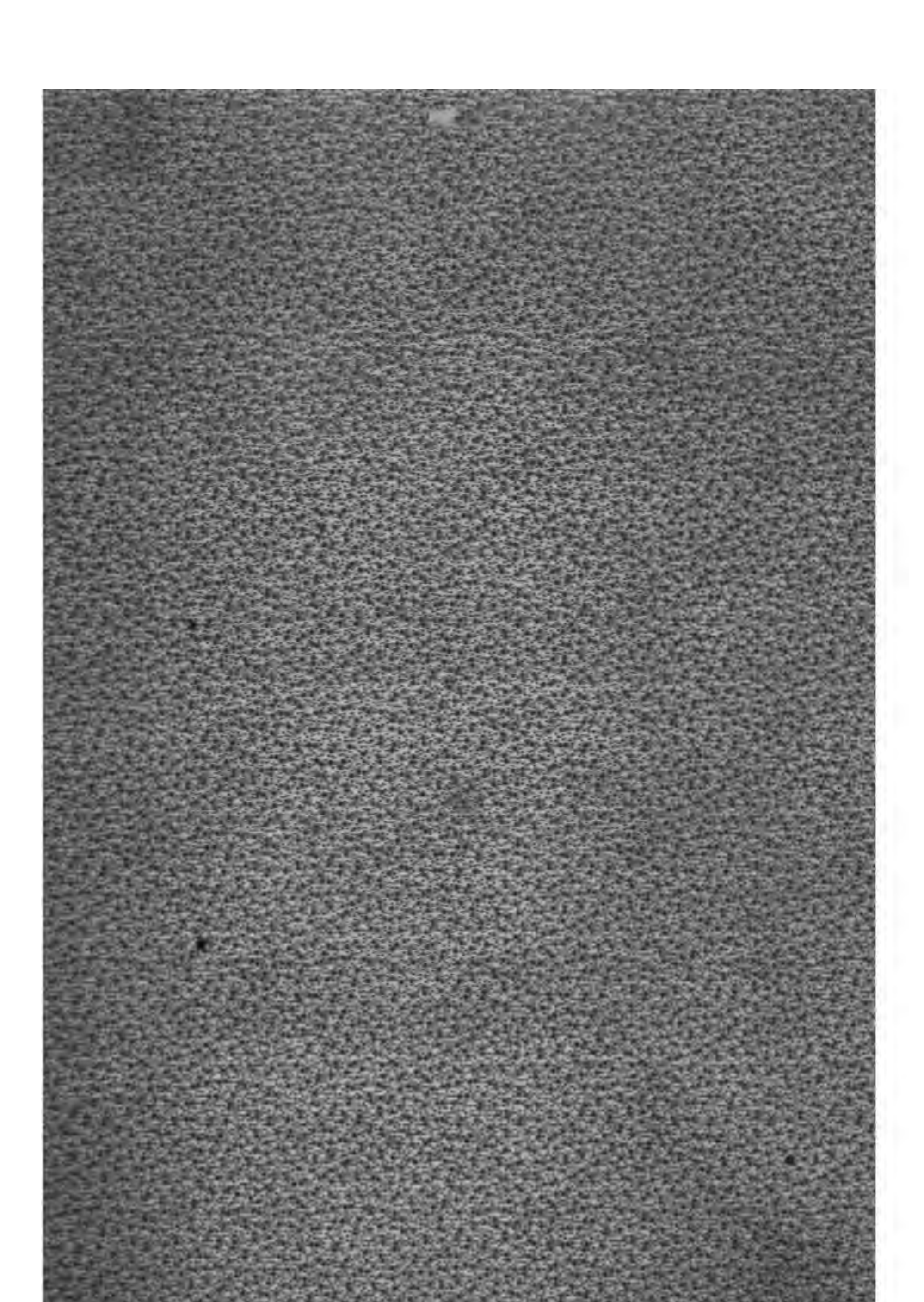

Span
5991
6.31



ANACAONA (*).

(*) *Flor de oro* ... Indias descubier

ANACONA (*).

(*) *Flor de oro*, en el lenguaje de las Indias descubiertas por Colon.

«En cualquiera parte donde se halle la hermosura, se la adora como á Vénus misma, pues la hermosura es tan divina como ella.»

(*Montesquieu:* EL TEMPLO DE VENUS EN GNIDO.)

ANACAONA,

LEYENDA HISTORICA EN CUATRO CANTOS,

POR

D. Juan Vila y Blanco.

ALICANTE:
Imprenta de Rafael Jordá,
Jorge-Juan, núm. 10.

1856.

«Dulce creacion de un alma, que para reposar, no ha encontrado otro asilo tan agradable como tu seno ideal... tú has sido siempre un pensamiento bello, revestido de una forma encantadora.»

(*Byron*. A EGERIA, *Childe-Harold*.)

Á LA SOCIEDAD
del Casino de Alicante.

Aunque compuesta de personas de todas las categorías en clase y en saber, no es, entre nosotros, esa sociedad, rigurosamente hablando, representante de las artes y de las ciencias, pero lo es de la civilizacion y cultura. No he supuesto, por tanto, que merezca crítica amarga quien le dedique un libro, ya resultado de grave estudio, ya únicamente poético recreo; y no he vacilado en dedicarle esta produccion mia, que pertenece al órden de las últimas citadas. Será lo lamentable para mí que nada venga en su abono para que se le preste asilo, siquiera en el menos digno lugar de la excelente biblioteca de ese Establecimiento, reunida con plausible afan por las ilustradas Juntas de Direccion *del mismo, que no han negado demostraciones de su estima á cuanto el arte y la ciencia ofrecen de ameno, de bello y de grande.—Verdad es que no hago esta publicacion literaria sino despues de habérmelo permitido lo que acerca de ella me han manifestado, de palabra, unas, y otras por escrito, personas inteligentes, á quienes pedí consejo. Favorable su juicio, mas de lo que yo pudiera esperar, tal vez no se me rechace completamente; pero quisiera mas mérito en mí, para ser mas justamente aceptado.—A falta de otros títulos, obtenga al menos disculpa mi audacia por el propósito. Si no me es dado contribuir con mejores trofeos á la gloria de mi patria, le doy todo el fruto que alcanza mi solicitud constante en el cultivo de las letras; y consuélame la idea del ejemplo que á mas aventajadas capacidades tengo la dicha de proponer, dicha de honor no poco.*

MANIFESTACION.

Lo que en su obra, *Vida y viajes de Cristobal Colon*, dice Washington Irving acerca de una célebre mujer, cacique, en sus últimos dias, de Jaragua, me ha inspirado la idea de hablar de esa heroina, en una *Leyenda*, amplificando poéticamente el asunto. Las notas que al fin de esta composicion aduciré, probarán que no he alterado el relato histórico en lo substancial, aunque lo haya hecho en varias citas de pasages accesorios, pero sin ofensa á la justicia ni al buen sentido. Esas mismas notas justificarán la creacion de una figura secundaria (Boanaocotex), personificacion del cariño que las tribus de aquel pais profesaban á su ídolo, y del dolor y enojo del mismo pueblo por las vejaciones con que era tratado en los tempestuosos dias de la conquista.

He realzado, en lo posible á mis esfuerzos, la personalidad de Anacaona, tan enaltecida por los historiadores. Era natural, ya por afecto, y es asimismo condicion del arte, ese proceder con lo que se ofrece como tipo de nobleza, de hermosura, ó de heroismo. Pero no he llegado á la exageracion estravagante para ensalzar á la heroina y á los con ella vencidos, ni he llegado á la acritud injusta para condenar los desmanes de los vencedores.

Y en pro del interés poético he concedido al entusiasmo manifestaciones de sentimientos casi personalmente mios, entre ellos el del amor, en apóstrofes á la beldad objeto de mi canto. Pero tambien se hallará en las indicadas notas justificacion de esos arranques que parecen interesados, no siendo otra cosa que movimientos de la admiracion, confirmados, otras veces, por respetables ejemplos, y no desdeñados aqui en un asunto que, si bien histórico, se presta al goce de gratisimas ilusiones con que convida la amable cuanto inocente ficcion del arte.

«Y tú eres, lira, en mi tan grave duelo,
Aun recordando el mal, dulce consuelo.»

Motivo de esta Leyenda.

AMÉRICA!

Oyeme: si hubo vez en que mis ojos
Los fastos de tu historia recorriendo
No se inchesen de lágrimas; si pudo
Mi corazon sin compasion, sin ira,
Tus lástimas oir; ¡ah! que negado
Eternamente á la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado,
Cual los que así te destrozaron, sea.
Quintana.

Yo olvidaría
El rigor de mis duros vencedores.
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crímen fueron del tiempo, y no de España.
Id.

Nunca han acariciado mi frente los alisios vientos, ni tus voluptuosas brisas, oh América incomparable en amor como en belleza. Jamás he acompañado á ninguno de los que, apartándose de las ibéricas playas, en una de las cuales vivo, se han dirigido, por el rumbo que trazó Colon, al centro de los mares, en donde, como primer premio al valor constante, halagan á los que llegan aquellos propicios vientos, y les dan vigor para proseguir en su derrotero hasta anclar en las arenas de oro del mundo regalado á España por el genio de un marino sin igual.

Pero se han encantado cien y cien veces mis ojos en la contemplacion de las copias pintadas de ese suelo de hermosura, y se han encantado cien y cien veces mis oidos en la narracion, escrita ó hablada, sencilla ó elegantemente, del gran descubrimiento, de las costumbres de los encontrados salvajes isleños, de la magnificencia radiosa de su

cielo y de su tierra, aunque me he condolido, y esto mil y mil veces, al ver gotas de sangre matizando, odiosas, aquel inmenso tapiz rico de flores, y humo de horrendos sacrificios empañando el puro azul de aquella bóveda celeste.

Ya que no me haya sido dado asentar mi planta en donde tantos héroes asentaron las suyas, ni ver lo que mas felices ojos han visto, abro tu historia una vez mas; arranco á tus sepulcros nobles figuras en ellos adormidas; descorro tupidos velos; imploro el favor de la inspiracion, y hablo de tí, oh América gloriosa.

Hijo soy de los que te dieron por madre mi madre: y eras tú á los pies de su excelso trono un ramo gentil de mágicos alelíes: y por cada vez que mis hermanos, en su error, ajaron una flor de esas, ó que un pérfido enemigo, por malicia, nos ha robado otras; y por cada vez que el viento de las revoluciones se nos ha llevado hoja tras hoja gran parte de lo que nos restaba de tan grato adorno, he llorado, por tí y por mí. Pudimos ser tan felices, tiernamente unidos! Y en adelante, separados, serás dichosa tú? Quiéralo tu destino, hermana mia. Que te proteja Dios.

Envíame, para hablar de tí, envíame algo tuyo; aroma de tus fragantes bosques, y luz de tu cielo ardiente, y recuerdos de una hija de tus vegas, que fué adorada por hermosa y buena. Mi canto es un tributo de mi amor á lo bello y grande. Pero en dónde el númen? Si no hay alguna felicidad, no hay inspiracion. Y acaso puedo decir: no soy desventurado? Cantaré como le plazca á mi tristeza: si alguna vez me oyes, por mi tristeza disculpa mi inarmónico decir, y perdóname, oh América ya culta.

Mi lengua va por do el dolor la guia (1).

(1) Garcilaso de la Vega.

ARGUMENTO DEL CANTO PRIMERO.

Invocacion.—Colon.—Índole de muchas de sus gentes.—Bosquejo de Anacaona.—Entrevista de los españoles con el cacique Behechio.—Bartolomé Colon.—Descripcion del campo de Jaragua.—Sus mujeres.-Retrato mas delineado de Anacaona.—Ficcion poética: amor del autor á la heroina.—Camoëns; Chateaubriand.—Amor lejos de la culta sociedad.—Banquete.—Inteligencia y modales de Anacaona.—Reflexiones acerca del orígen de aquellas tribus salvajes.—Tratado con el cacique.—Isabel la católica.—Despedida.—Apóstrofe al fin de Anacaona.—Principian los amores entre Hernando de Guevara y la índia Higüenamota.—De cómo el amor une á los corazones.—Boanaocotex, huérfano.—Ercilla.—Homenaje á la poesía.

Años 1492; 1494; 1497.

CANTO I.

JARAGUA.

I.

Musa del casto amor, desciende pia,
desciende á mí; la noche está serena;
el mar vecino, á mi morada envía
fresco aromado soplo que enajena.
Ven esta noche á ser, ven, toda mia;
mi copa de cristal, de néctar llena,
te ofreceré; y en puras libaciones
dará á mi labio el tuyo inspiraciones.

II.

Quiero tenerte junto á mí, á mi lado,
y ver tus ojos y mirarme en ellos.
Del lazo que lo abarca aprisionado
desprenderé el caudal de tus cabellos:
me sonreirás, y besaré, estasiado,
tus labios de carmin que son tan bellos:
cuanto piense será, viéndote, hermoso;
cuanto mi lira cante, melodioso.

III.

Así podré decir de otra belleza
las altas dotes y preciadas partes,
tipo cual tú de amor y gentileza,
Musa que al génio dádivas repartes.
La dió por gran merced naturaleza
á raza pobre de divinas artes,
y cantora feliz, iba infiltrando
de la cultura el gérmen en su bando.

IV.

La cantaré: pöeta, dama, hermosa,
sol de su trono, orgullo de sus gentes,
por augusta ademas y generosa
debió el ídolo ser de los valientes.
Qué importará si el ánima quejosa
con sus ayes despierta ecos dolientes,
de un magnate español acusadores?
Serán á la crueldad justos loores.

V.

Comienza, Musa: de mi mente active
la ténue llama tu vivaz aliento:
tu labio el néctar de mi copa libe;
él me dará despues santo ardimiento.
Veré que el ángel del amor revive
á la llamada de mi tierno acento...
acordes con las cuerdas de mi lira;
habla, sonríe, cuenta, ilustra, inspira.

VI.

Surcando el mar, por guía su esperanza,
de un mundo que presiente allá escondido,
en busca vá Colon. Avanza, Avanza!
no parece aquel mundo! Es ¡ay! mentido?
Ya por fin una luz á ver alcanza:
bendice á Dios; su voto está cumplido.
Es, sí, verdad Eden tan suspirado;
nunca al que inspira Dios deja engañado.

VII.

Fija su planta el héroe en la ribera
que fué invisible iman á sus deseos,
y al aire suelta la inmortal bandera
de España, que tendrá nuevos trofeos.
—«Es un loco que sigue á una quimera:
sus juicios sueño son y devaneos...»—
eso los sabios teólogos decían;
—«cosa clara,» los necios repetían!—

VIII.

Al fin convence la verdad: callaron
sabios y necios, legos y doctores;
pero ambiciosas almas se agitaron,
y al héroe van á disputar honores.
Mucho, torpe placer! le atormentaron;
muchos le fueron, vive Dios, traidores!
Suele la gloria regalar por fruto
desengaños, y lágrimas y luto.

IX.

—Allá, no sabe á dónde, pero vuela,
riesgos salvando, al soplo de fortuna,
triunfante, de Colon la carabela
con gente que indiscreta le importuna.
Por donde nunca desplegó su vela
otra nave á tal viento y sol y luna,
quiere Dios que Colon rumbo nos abra,
y él, Dios su protector, la senda labra.

X.

Vence; y el mismo mar le vé mas tarde
prisionero volver... Inícua trama!
Del envidioso el ánimo cobarde
solo puede gozar si al bueno infama?
Con la víctima noble quiere alarde
de justo hacer un vil ante la dama
que dulce y pura como grande brilla
en el excelso trono de castilla?

XI.

Reina Isabel, si nunca de altaneros,
ni de procaces, vanos ó iracundos
escucharas la voz, cuán placenteros
fueran los dias de tus ambos mundos!
Ni allá en el encontrado los iberos
hicieran exhalarse ayes profundos,
ni hubiera sido lastimado el hombre
que enalteció tu poderío y nombre.

XII.

Pudo su sin igual merecimiento
reconquistar para Colon la gloria:
señor audaz del húmedo elemento,
hubo tambien sobre el traidor victoria.
De aquel pueblo infeliz, con noble aliento
despues la suerte deploró la historia...
Víctimas, perdonad: no fué de España
toda el rigor de inmerecida saña.

XIII.

Perdona tú, triste mujer, perdona
á tu ciego verdugo despiadado:
ya la posteridad áurea corona
de honor sobre tu tumba ha colocado.
Sal un instante de ella, Anacäona,
linda *flor de oro*, lirio amancillado:
hoy te rinden amores y poesía
palmas y mirto, y flores y armonía.

XIV.

Quién eras tú? La Sílfide del valle?
del mar Sirena, Ondina de la fuente?
Déjame contemplarte: quizás halle
de tu orígen señales en tu frente.
Y quién al labio le dirá que calle
cuando la aurora sobre el mar de Oriente
brilla y deslumbra célica en fulgores?
Tal deslumbrabas tú, gloria de amores!

XV.

Deslumbrabas, verdad. Hija del fuego,
no era tu frente cándida azucena (1);
pero en tus labios, con gracioso juego,
junto al nácar la púrpura se estrena.
Arbol de dulce paz, calma y sosiego
fué tu figura de delicias llena;
fuiste la pompa de la selva y prado,
seno al ave y al aura regalado.

XVI.

Nunca tendió sus ambiciosos brazos
á sauce mas gentil ávida liana.
Ya en firme union, para soltar los lazos,
de todo esfuerzo diligencia vana.
Solo ceder pudiera hecha pedazos;
tal en el tronco la amorosa engrana.
Así á tu imágen, de beldad portento,
unido está mi osado pensamiento.

---

(1) La tez de las mujeres de Jaragua era de un *moreno claro*. Anacaona, estremadamente dotada de hermosura y belleza entre sus compatriotas, debió tener en abono de sus gracias la indispensable condicion de un colorido grato, accidente que ó realza ó disminuye en gran manera el mérito esterior de las formas.—Aprovechando la oportunidad de esta nota, anticiparemos, para no interrumpir mas el relato, que Andrómaca y Esther, á quienes pronto citaremos, por comparacion, eran, segun asertos autorizados, de tez tambien morena.

XVII.

Por tu color, no blanco, trocaría
la nieve el cisne de su limpia pluma;
de tu cabello ufana ostentaría
en lago y mar el ébano la espuma.
De tus ojos tambien el claro dia
el ópalo tener—riqueza suma—
y el plácido fulgor tener quisiera,
y del cielo el azur en cambio diera.

XVIII.

Da que tus gracias cante... y llore, llore
tu triste fin. Recordaré tu trono.
Fuerza será que en mi dolor deplore
de un ingrato español el rudo encono.
Aunque su fama al pérfido desdore,
yo de mi patria el sentimiento abono:
el crímen de un malvado carnicero
suyo tan solo fué: quién mas tan fiero!—

XIX.

Van en pos de Colon diversas gentes,
unas hidalgas, otras sin cultura.
Generosas las hay como valientes,
y torpes que al honor son mancha impura.
Codiciosos asaz de las rientes
primicias de un jardin que es de ventura,
buscan oro y placer los que otra gloria
legar no saben á la patria historia.

XX.

Talan, ofenden al anciano y niño;
las flores pisan de la vírgen buena;
sangre exigen, ingratos al cariño;
y en valle, monte, y playa un ¡ay! resuena.
Del manto de Isabela el níveo armiño
manchar no temen. Si virtud no enfrena
codicia y liviandad, nada son leyes
dictadas de muy lejos por los reyes.

XXI.

Otros hidalgos rectos capitanes
hacer con dulce halago la victoria
fácil supieron. Vengadores manes
no irrita el pueblo contra justa gloria.
La gran hueste de ibéricos Titanes
toda pudo brillar clara en la historia.
Fuera, España, un Colon cada valiente,
y hoy ni un lunar veríase en tu frente.

XXII.

Mas no contar alternas disensiones
en larga lucha habidas nos es dado,
ni recorrer queremos las regiones
todas del reino aquel. De otro el cuidado.
A menos gigantescas proporciones
el plan de este cantar vá limitado;
y bastante ha de ser á quien la atienda
triste nuestra veraz breve leyenda.

XXIII.

A Jaragua, (diciéndolo al cacique,)
vá, por Colon, Bartolomé su hermano.
No al buen intento se le opone dique;
modo, mas bien, le facilitan llano.
No renace rencor de antiguo pique
en pecho infiel, ni en alevosa mano
hierro traidor á vengadora muerte
dispuesto, el español que avanza advierte.

XXIV.

Gozoso anuncia la feliz noticia
el cacique á su gente y comarcanas.
Dispone, ajeno á pérfida malicia,
ovacion á las tropas castellanas.
Indicios dan de paz marcha propicia,
hospedaje cordial, fiestas galanas.
Casaba y algodon, cáñamo y fruta
el territorio al español tributa.

XXV.

Impaciente, en verdad, era el deseo
de ver la opíma proverbial Jaragua,
segun la tradicion, Campo Eliseo,
jardin en flores, pero de oro fragua.
Bajo un cielo de paz dulce recreo;
mieles para manjar; néctar por agua
pensábase obtener; y á mas placeres,
esbeltas, puras, mágicas mujeres.

XXVI.

Y la sorpresa respondió á la fama.
Del príncipe opulento gaya corte
riqueza y esplendor brinda y derrama
á la que llega ibérica cohorte.
Argenta el sol con rutilante llama
cielo y campo, mas nítido que al Nórte
pinta luz boreal, perla y topacio
dando al fino turquí de aquel espacio.

XXVII.

Alzanse selvas que gracioso encaje
dibujan en el cielo giganteas,
estendiendo florífero el ramaje,
que admiraron las gentes europeas.
Ninfas, suelto el cabello, y sin ropaje,
de la fábula Driadas ó Nerëas,
de ocultas fuentes al camino salen...
y suspiros amor pide se exhalen.

XXVIII.

Y se exhalan de amor, de amor suspiros:
son las fugaces hadas seductoras.
Se agrupan, corren en variados giros;
van una, dos, y tres... Serán las horas
pasando bajo un cielo de zafiros,
marcando el tiempo á dichas precursoras
de placeres sin fin donde Natura
pródiga acumuló tanta hermosura?

XXIX.

Bajo verde dosel de enredaderas
corre líquido arroyo de cristales.
Flotan de palmas mil las cabelleras
sobre sonoros mil cañaverales.
Cruzan, del viento la region, parleras,
avecillas de aljófar y corales:
salta allí un manantial, y, nacarada,
mas allá, de alto monte, una cascada.

XXX.

Blando es el aire; esfera de las flores,
que le regalan de su cáliz bello
todo el caudal de célicos olores,
y de su frente el fúlgido destello.
Y á dar mas rica suma de primores,
airosa, ufana sobre fácil cuello,
se vé entre flor y flor linda cabeza
de una mujer, hurí por gentileza.

XXXI.

—Pero mirad... De su familia envía,
cortés, entre doncellas y matronas,
treinta el príncipe. Vence en gallardía
cada cual á las Vénus y Pomonas.
Vienen cantando *areytos*, pöesía
de gusto popular, sendas coronas
de flores y de palmas agitando
joviales, con su danza enamorando.

XXXII.

Desnudas van las vírgenes: sencilla
gala les es sobre la frente puesta,
una de juncos frágil redecilla
que mas encanto juvenil les presta.
En ondas cae el cabello, á maravilla,
sobre los hombros y á la espalda enhiesta.
Morena tez, y suave, y delicada;
forma tornátil, talla levantada.

XXXIII.

Por casto, si levísimo atavío,
las matronas llevaban delanteras
de bordado algodon.—Ovas de un rio
parecen.—Corren: llegan placenteras
adonde está, señor en poderío,
el buen hermano de Colon. Ligeras,
con gracia singular se arrodillaron,
y á sus pies las coronas agruparon.

XXXIV.

En su litera, de bambú formada,
por seis robustos índios conducida,
vá otra mujer, no mas engalanada
aunque está como en solio enaltecida.
Para ofrecerse, sí, condecorada,
llevar su frente imaginó ceñida
(frente de pulcritud noble y estrema),
de una de flores plácida diadema.

XXXV.

Nieve y carmin no mas son esas flores,
y lleva igual adorno en cuello y brazos.
Bien armonizan, cierto, esos colores
con los del velo que le prenden lazos.
Parad, áuras, parad: parad, amores:
demos para sentir al alma plazos;
tiempo á los ojos para ver, y alientos
al corazon para contar portentos.

XXXVI.

Es la que digo celestial matrona
de aquel digno cacique augusta hermana.
Es la infeliz amable Anacäona,
en ciencia y en virtudes soberana.
De amarla el pueblo que la vé blasona;
por verla, amante multitud se afana.
Rica en los dones que reparte el cielo,
es alta prez á su nativo suelo.

XXXVII.

La he llamado infelíz... ¡ay! ruda suerte
en batalla campal al tierno esposo
dió, sin piedad á la consorte, muerte,
y ella á su hermano demandó reposo.
Mas de estirpe rëal, de ánimo fuerte,
no abriga, no, recuerdo rencoroso.
Mujer fué de un cacique: perdió el trono;
llora, sí, por aquel, mas sin encono.

XXXVIII.

En Jaragua, region bella y remota
de la que suya fué, tiene la viúda
morada con su linda Higüenamota,
hija á quien su materno amor escuda.
Aquí esta cita nuestra pluma acota:
pero entre tanto que la red se anuda,
hablemos de la madre como dama
que de entusiasmo á quien la mira inflama.

XXXIX.

Allí está: con su noble cortesía
recibe al poderoso Adelantado (1),
y en espresivo cumplimiento envía
testimonio de paz, pues la ha deseado.
Despues, ella delante, conducía,
de un banquete al salon ya preparado,
al Jefe y á sus otros oficiales,
muestras doblando de amistad cordiales.

---

(1) Sábese que Colon iba al descubrimiento con la investidura de *Almirante*. El dió á su hermano Bartolomé la de *Adelantado*.

He aquí los retratos, aunque ligeros, de los dos Colones.

Cristóbal.—Alto, bien formado, muscular: majestuoso y noble. Tez blanca con pecas, y algo colorada: nariz aguileña; ojos grises claros con fácil animacion: rostro lleno de autoridad. Rubio el cabello; á los 30 años completamente cano. Sencillo y frugal. Elocuente: afable, y cariñoso en estremo. Magnánimo hasta lo sumo: su lenguaje siempre comedido. Devoto sin fanatismo y sin hipocresía.

Bartolomé.—Alto, vigoroso, imponente. Pronto y activo: impávido y resuelto, sin cejar ante obstáculos ni peligros. Quizás brusco y severo en demasía, lo cual le atrajo enemigos. Pero generoso, benévolo y sensible como valiente. Aventajado marino. Estudioso hasta la asiduidad. Menos entusiasta que su hermano, era mas sutil y hábil en los negocios.

XL.

Y era de ver el seductor decoro
de su actitud sin estudiada traza:
de afable majestad era tesoro;
bella rosa imperial en áurea taza.
Bien hallado su nombre, bien: *flor de oro*:
gracia y virtud en ella el cielo enlaza:
era flor en primores y pureza;
de mas precio que el oro su entereza.

XLI.

Mas ya que ora de cerca la miramos,
sus formas, como artistas, contemplemos.
Morena en el color la imaginamos,
mas deliciosa tez le suponemos.
Y en esta conjetura no faltamos
á la veraz historia que leemos:
casi copiando frases escribimos,
y es la misma verdad cuanto decimos.

XLII.

Palpita el corazon solo á la idea
de esa mujer. Es Hébe reflejando
de la luna el fulgor? O tal vez sea
nueva Andrómaca en luces destellando!
No allá en Arcadia, cierto, Galatea,
pero en Susan Esther fuera, afrontando
sus lirios inmortales con el tinte
de su mágica tez que no hay quien pinte.

XLIII.

Larga, sedosa, negra cabellera
hombros y espalda cubre, y á los pechos
parte cayendo vá; pechos (y fuera
poco decir) por los amores hechos.
Mitades de una misma igual esfera,
á elogio tienen lícitos derechos:
no modeló jamás sabia escultura
en mármol lujo tal de donosura.

XLIV.

Alta; hácia el lado izquierdo la cabeza
algo inclinada, es tipo de donaire,
y mas si de sus bucles la riqueza,
con lascivo jugar, esparce el aire.
De una cintura imaginad belleza
que pueda, en el cotejo, ser desaire
á la deidad de Chipre, y la divina
cintura inventareis de mi heroina.

XLV.

Por fin: su faz un óvalo perfecto:
rasgados ojos, despejada frente.
No hay en su boca ni comun defecto,
y algo en ella asegura que no miente.
Revela su lealtad mirar directo,
aunque mira, tal vez, lánguidamente;
y sonrisa dulcísima os afianza
que no hallareis en su amistad mudanza.

XLVI.

Supo amar: se adivina en su tristeza.
Sabe sentir: lo dice su mejilla.
No es fácil del amor á la impureza:
se humillara su frente, y no se humilla.
Alta es su concepcion: se vé esa alteza
en la luz de sus ojos que tal brilla,
sin ser á la modestia desacato,
antes ausilio al púdico recato.

XLVII.

Seduce siempre, en su ademan gallarda,
rival feliz de la infeliz Clorinda...
Feliz! cual ella su destino aguarda,
y ha de llorar aunque venturas brinda.
Retarda, Musa, á mi decir retarda
la catástrofe horrible. Amores rinda
primero á la que fué del alma encanto;
despues su ofrenda le dará mi llanto.

XLVIII.

Déjame hoy verla cual si allá en el cielo
me apareciese, imaginada Diosa,
aliento dando á mi perene anhelo.
Será mi amor su imágen misteriosa!
Déjame á su region alzar mi vuelo.
¡Ay! por la noche, la supongo hermosa
maga en el disco de apacible luna,
mitigando el afan que me importuna.

XLIX.

Busco en su seno á mi ardorosa frente
consolador reclinatorio. Al cuello
le ciño el brazo, y amorosamente
me vela su odorífero cabello.
Lo que en reposo tal el alma siente
no lo revelaré: mi labio sello;
porque nadie jamás comprendería
delirios que espresar yo no sabría.

L.

El gran poeta del Tajo consagrarse
pudo una vez á berberisca esclava.
El cantor de René llegó á prendarse
de *triste* floridaña, y se lo alaba;
suspirando sin fin cuando ausentarse
la vió con el que audaz se la robaba...
ninguna de las dos era tan pura
cual la que os canto superior criatura.

LI.

Esos tipos en vírgenes regiones,
cuando todo en el alma es sentimiento,
hondas producen vivas impresiones,
que no acierta á causar el fingimiento.
Nace un amor fecundo en ilusiones
de aquellas luz y sombra, de aquel viento,
de aquellas noches nunca conocidas,
de aquellas auras nunca percibidas.

LII.

Y es grato hacer sentir á quien distinto
de nuestra, ya vulgar, naturaleza
juzgamos por su fé, color ó instinto,
costumbres, y espresion grata en franqueza.
Si está, ya en nuestro corazon, estinto
el gérmen de la angélica pureza,
en corazon aun vírgen, no amaestrado,
esperamos hallar lo nunca hallado.

LIII.

Ausente la mujer ya corrompida
por liviandad, locura y devaneos,
nos place la mujer que nos convida
sin halago impostor en sus deseos.
Si es el amor deleite de su vida,
ama solo al amor en sus recreos,
dándose toda y para siempre al hombre
primero que le dió de *amada* el nombre.

LIV.

Y si elevada infusa inteligencia
se vé brillar en su serena frente,
todo es meditacion á su presencia:
hay un misterio en ella,—alto—latente.
De su amor en la mágica influencia
algo divino nuestro afan presiente;
que es el amor sin dolo hijo del cielo,
y á Dios nos lleva en delicioso vuelo.

LV.

Si aún antes que Colon, yo de Jaragua
llegado hubiera á la bendita zona,
y en medio al mar, remera en su piragua,
ó cazadora, envidia de Latona,
encuentro, pura como gota de agua,
vírgen á la radiante Anacäona,
«esclavo tuyo soy» dijera el labio,
«si á mi amor dar tu amor te fuera agravio.»

LVI.

Y si la llama de mi amante pecho
en el suyo, feliz, prendido hubiera,
pese á mi raza y vano su despecho,
yo la *salvaje* mi señora hiciera.
Tener con ella sobre flores lecho
bajo el dosel de homérica palmera,
junto al cristal de murmurante rio,
fuera poco gozar al amor mio?

LVII.

Subir con ella el escabroso monte,
y á reposar sentarnos en la cumbre;
ver desde allí brillar el horizonte
al esmaltarlo el sol con viva lumbre:
esperar que del piélago remonte
la luna, y tras la luna muchedumbre
de cándidas estrellas, fuera poco
gozar, aunque dijeran: *es un loco*?

LVIII.

Ella, toda afeccion, toda misterio
en amor, en bondad é inteligencia;
ángel nacido en bárbaro hemisferio
para ser santuärio á la inocencia,
me revelara enigmas del imperio
del casto amor, feliz omnipotencia
si, no entregado el corazon al vicio,
ama con pura fé, sin artificio.

LIX.

Toda candor, ingenuidad, dulzura,
no me hiciera sentir celos ni engaño.
Dichosa con su goze y mi ventura,
no la amargara con desden estraño.
De envidia exenta, como el ángel pura,
exento fuera nuestro amor de daño.
Y, á la verdad, dijera en mi recreo
que hallé en Jaragua un místico Eliseo.

LX.

Delirios, ilusion! Vana memoria
guarda no mas del celestial encanto
en páginas tristísimas la historia,
muy tristes, sí, cual funerario manto.
La Sílfide pasó; luz transitoria...
yo adoro su recuerdo, y eso canto...
Vuelve, lira, al festin: allí el portento
obtiene con aplauso acatamiento.

LXI.

Indole, genio, esfuerzo y mansedumbre
de sus tribus solícita esplicaba.
Sin fatuidad, su acento certidumbre
sobre cuanto decía demostraba.
Que en su país la bélica costumbre
no era placer, modesta aseguraba;
y su industria, sus artes y riqueza
patentizó elegante y con llaneza.

LXII.

En rítmicas estrofas dió noticia
del canto popular de la comarca.
Cítanse guerras, y especial pericia
su sabia observacion distingue y marca.
En todo estudio natural se inicia;
diversa ciencia su talento abarca.
Si tal prodigio á muchos sorprendía,
nuestra mas culta gente lo aplaudía.

LXIII.

Nadie de amor á la beldad requiere,
ni dán márgen á impúdicos desmanes
sus ojos con el rayo que almas hiere,
pues son castos sus ojos, aunque imanes.
De honestidad anécdotas refiere
que á soldados, y á pueblo y capitanes
den á par que un ejemplo una enseñanza
que mate alguna vil torpe esperanza.

LXIV.

Ella, por fin, ganando voluntades,
subyuga á su albedrío corazones.
No revela su rostro veleidades;
son sazonados frutos sus razones.
Admira hallar tan raras cualidades
en indiana mujer. Dónde lecciones
pudo adquirir su artística cultura!
dónde aquel razonar digno en cordura!

LXV.

Si hubo Atlántida un dia, no es reflejo
suyo esta ciencia, que en verdad, parece
su tradicion, cual copia en un espejo,
aunque imperfecta y lánguida se ofrece?
Y si eso no, de dónde aquel consejo
que en esa region bárbara aparece,
con artes, si menguadas, que acreditan
pasada ilustracion que rehabilitan?

LXVI.

Quién audaz por incierto derrotero,
y de dónde, feliz ó infortunado,
fué á ser Adan de un mundo prisionero
por vasto mar al uno y otro lado?
Y cuál Eva dió el vástago primero
á la innúmera raza que ha engendrado
y se esparció por todo el Medio-dia,
y por el Nórte hasta la zona fria?

LXVII.

Quién á los Incas del Perú dió orígen,
Y en Méjico quién á su nobleza?
Esos pueblos de dónde? y las que rigen,
sabias ó rudas leyes, su aspereza?
Opiniones se forman y corrigen;
pero nunca se alcanza la certeza.
Ni se supo, al hallarlos, si avanzaba
su ciencia, ó si la antigua se eclipsaba.

LXVIII.

Quede por discutir á los doctores
arcano que no es nuestro, Musa mia,
audaces penetrar: somos cantores
á quienes veda amor filosofía.
Sigamos siendo solo historiadores
de la que fué para Jaragua un dia
gloria y honor, providencial consuelo,
pena despues en lamentable duelo.

LXIX.

Vosotros ¡ay! los que mi canto triste
querais öir, deplorareis la suerte
que cupo á esa beldad. Su nombre existe
en la historia, inmortal, pese á la muerte.
Si al duro trance, que os diré, resiste
un corazon, por su fortuna, fuerte,
tanto no lo será que una siquiera
lágrima amiga derramar no quiera.

LXX.

El del banquete y otros y otros dias
pasó en Jaragua la española gente.
Hubo juegos de cañas y alcancías,
y en alarde marcial lid aparente.
Cabalgatas, y bailes, y armonías
correr el tiempo hicieron felizmente
entre veladas y apacibles siestas
en los prados y bosques y florestas.

LXXI.

El último festin ya terminado,
comienzan á tratar Anacäona,
el cacique y el fiel Adelantado
sobre España, Isabel y su corona.
Está el representante consagrado
á los reyes católicos, y abona
solícito el intento que le lleva,
y la razon en que lo funda prueba.

LXXII.

«Quiere,» dice, «Isabel ley protectora
dar al imperio que Colon le ofrece.
De un nuevo Dios de paz anunciadora,
su religion llevarles apetece.
Gran riqueza en Jaragua se atesora;
mucho su brava poblacion merece:
feliz le hará Isabel su alto destino;
cuenta su fé con ausiliar divino.»

LXXIII.

«El comercio, las artes y las ciencias
florecerán en próspera fortuna.
Nadie combatirá ricas potencias
que van á ser, aunque apartadas, una.
En leyes, ordenanzas y creencias,
por el lazo de amor que tanto aduna,
las islas á la España semejantes,
no serán tristes huérfanas cual antes.»

LXXIV.

Todo el cacique y su discreta hermana
lo escuchan graves, y lo aprueban nobles.
Bartolomé su plática engalana
con elogios, tal vez en miras dobles:
mas ninguna falaz. La gente indiana
comprende que está en sólidas é inmobles
bases fundado el trono de Castilla,
y acepta su merced aunque la humilla.

LXXV.

Mucho el negociador alza y pondera
nuestro valer, y el índio lo acredita,
si bien le aflige la iracundia fiera
que á tribus otras mil pérfida irrita.
La observacion Bartolomé modera,
y justas causas á la queja evita,
á errores sin malicia atribuyendo
males que él mismo vé y está sintiendo.

LXXVI.

Piensa, en verdad, ya suya la victoria,
á insana gente contener el vuelo;
que ama mucho su nombre, y á la historia
lo ha de legar tan limpio como el cielo.
Juzga efímera, leve, transitoria
la ambicion de los viles; y su celo
fin espera poner á tantos males
que producen ávaros inmorales.

LXXVII.

Cauto sostiene, pues, razonamiento
con elogios que indican amenaza,
espresada con tal comedimiento,
que no es ofensa á la vencida raza.
Aquí las dobles miras en su intento,
y aquí su astucia, no villana traza:
quiere admirar y persuadir, y obtiene
el fin, sagaz, con que á Jaragua viene.

LXXVIII.

Convenido ese punto, otro mas grave
se propone; demándase un tributo:
se nombra el oro, pues que lo hay se sabe;
mas se muestra el cacique irresoluto.
Responde, al fin, entre enojado y suave,
que en aquella region no hay oro en bruto,
pero algodon, y cáñamo, y casaba
promete, y su largueza se le alaba.

LXXIX.

Así Bartolomé negociaciones
difíciles termina, y asegura
paz favorable y mútuas relaciones
que hará mas firmes amistad futura.
Despídese por fin con sus legiones,
y hubo, á mi ver, recíproca ternura
en el último abrazo: Anacäona
como niña lloró siendo matrona.

LXXX.

Mas tarde, bella, verterán tus ojos
lágrimas, pese á tu cordial cariño.
Te harán sentir tan íntimos enojos,
que en pena cambiarás tu fé de niño.
Harán en su furor viles despojos
las flores que son hoy tu único aliño...
No prosigais, oh cuerdas de mi lira;
convulso el labio, por cantar suspira.

LXXXI.

Apuntemos aquí, (puede servirnos,
y es al relato indeclinable objeto
que al desenlace habrá de conducirnos),
cierta historia que al fin no fué un secreto.
Por ella en mucho vamos á instruirnos,
y como dice otro cantor discreto,
«¿cuándo no fué para nuestra alma amena
una historia de amor aun siendo ajena?»

LXXXII.

Hay un doncel allí (se llama Hernando)
muy cumplido galan, mas con antojos:
A Higüenamota vá tierno obsequiando,
amor diciendo sus lascivos ojos!
Le mira ella tambien: así cambiando
simpática afeccion, causa de enojos
no perturba al doncel ni á la doncella,
y dice cada cual: *feliz mi estrella.*

LXXXIII.

Casualidad juzgamos un encuentro
que comienza á tejer nuestro destino.
Iba vagando el alma; halló su centro.
Hizo el milagro amor, niño divino!
Vá con nosotros, escondido dentro
del corazon: mas ¡ay! el adivino
el otro corazon iba buscando
que nos estaba, cándido, esperando.

LXXXIV.

Separáronse, pues, con honda pena
la jóven índia y el imberbe mozo.
A él la esperanza de volver serena;
ella siente al pensarlo alivio y gozo.
Cuándo amor á esperanzas no condena?
Y la duda, el suspiro y el sollozo
forman el huracan de los amores,
y es amor el dolor de los dolores.

XCI.

Y perdono, ¡creyéndote, y destino
mas próspero concibe mi tristeza!
Quizas halle en mitad de mi camino
mas hidalga virtud y alta nobleza.
No todo umbral rechaza al peregrino
Ni todo es esquivez, dolo y vileza.
Bondad hay en el mundo.. ¡y qué no alcanza
con la fé y el amor nuestra esperanza?

ARGUMENTO DEL CANTO SEGUNDO.

Un dia hermoso de Jaragua.—Un jardin.—Anacaona y otras mujeres.—Lo que algunas opinan acerca de los españoles.—Anacaona inspirada.—Ensayo y motivo de un baile.—Tristeza de aquella.—La playa.—La gran canoa.—El cañonazo; sobresalto: música: regocijo y confianza.—Salutaciones.—Prosigue la historia de Higüenamota y Hernando.—Desembarco.—Roldan.—Hernando y Roldan rivales.—Sus retratos.—Separacion.—Melancolía de Boanaocotex.—Recuerdos de Jaragua.—Admira el Adelantado los regalos que le hizo Anacaona.—Reflexiones filosóficas.—Entrevista de los dos Colones.—Discordias militares en Jaragua.—Colon denunciado.—Preparacion para el canto tercero.

Año 1497.

CANTO II.

LA GRAN CANOA.

I.

No es hora de llorar: nó anuncia el dia
ni estrago, ni zozobra, ni recelo.
Su luz el sol como cuajada envía
en topacios que dan esmalte al suelo.
Ríen las fuentes en la selva umbría;
de esmeraldas el mar se viste el velo;
parece en oro recamado el monte,
y un iris el purísimo horizonte.

II.

Toca al zenit el sol. De su morada
en un jardin, que pintaré, departe
Anacäona, dulce y escuchada,
con sus mujeres, y en su hablar no hay arte.
Es, por todo, mujer tan agraciada
de imperio digna. Silencioso aparte
la vé y la atiende, y la prodiga ufano
profunda adoracion su propio hermano.

III.

Se habla del español. Á pocas horas
debe llegar la nave que se espera.
Viene por el tributo. Admiradoras
allí son muchas de la gente ibera.
Otras no tanto. Algunas *oradoras*
defienden contra y pró: pero ligera
describe, oh pluma, el delicioso estrado
de aquel ilustre femenil Senado.

IV.

Estiéndese el jardin sobre ancho otero
al cual muro le son verjas azules.
El nogal, libanoto y cocotero,
en frente á los papayos y abedules,
con el catalpa, y arce, y tulipero
decoran el espacio; y como tules
tejidos por el aura, enredaderas
de tronco á tronco ondulan hechiceras.

V.

La angélica, vainilla y azamboa
perfuman odorantes el recinto:
y en un lago se mece una canoa
en el centro del opaco laberinto.
Atada está la barca por la proa
á un árbol...semejante al terebinto...
su nombre ignoro, pero de él parejos
racimos penden largos y bermejos.

VI.

De dos magnolias altos suspendido
un columpio se vé, y en él sentada,
meciéndose en el aire adormecido,
Higüenamota, virginal, preciada.
Preciada, cierto: es vástago florido,
graciosa espiga, palma no tocada:
por su color y crespa cabellera
mazorca de maíz la llaman fuera.

VII.

Otras índias en juegos variados
por las orillas del estanque vagan;
en él se arrojan, y saltar, quebrados,
sus cristales se ven, y ellas se halagan.
Salen, corren, se agitan, é inflamados
sus ojos, cesan, y la sed apagan
en una fuente cuya linfa toma
de un liquidámbar próximo el aroma.

VIII.

Más artísticamente imaginados
pudo ostentar la cautelosa Armida
sus célebres jardines; mas labrados
los suyos Almedora allá en su Helbrida.
En el que yo describo, descuidados
aparecen los árboles; crecida
la yerba por demas, y la copiosa
vegetacion, por tanto, caprichosa.

IX.

Mas esa misma, tanta y lujuriante
vegetacion, por natural es bella
en donde el árbol álzase gigante
y, hasta el arbusto, colosal descuella;
Inspira Dios allí vivificante
su poderoso aliento; allí destella
su faz divina en sol claro y ardiente;
allí se vé su mano omnipotente.

X.

Con su amarilla flor la jacobea
rival se opone al tímido enotero
que, cuando cierra el cáliz la ninfea,
los suyos, de la noche al lisonjero
soplo, desata. Allí crece la alcea
con blanco musgo, alfombra del otero;
y allí cuantas lujosas producciones
galas parciales dan á otras regiones.

XI.

De rama en rama el cardenal de fuego
vá, y la cotorra con su manto verde.
La oropéndola finge airoso juego
y el liquidámbar al fugarse muerde.
Temiendo al sol, por él herido y ciego,
zumbando y presuroso allá se pierde
un volador insecto en el sombrío
bosque con salutífero rocío.

XII.

Y son allí las pálidas mujeres
mariposillas de oro revolando
de flor en flor, gozándose en placeres
puros como la flor y el aire blando.
Envidiable su Eden! Felices seres,
memorias dulces siempre atesorando!
En rápida carrera y sin dolores
van al sepulcro abierto entre las flores.

XIII.

No venturosa tanto Anacäona,
azares mil recuerda, conmovida:
perdido aquel á quien amaba, entona
con grave acento endechas, dolorida.
es menos infeliz porque perdona:
el noble pecho que rencor no anida,
cerrado á la insidiosa ruin venganza,
paz al tormento que lo aflige alcanza.

XIV.

«No sé» le dice su parienta Ozema,
que al español no quiere, «por qué tanto
en pró del español tu amor se estrema.
No hace verter por donde pasa llanto?
Bueno será que tu virtud le tema.
Dulce su reina ser, y su Dios santo
pueden á la verdad; mas no su adusta
condicion á sus pláticas ajusta.»

XV.

Responde aquella: «Tu decir me place.
Bien tu consejo se acredita sabio:
mas nunca á la justicia satisface
inferir por el malo al bueno agravio.
Igual la condicion en todos hace
severo, por mi amor, tu docto labio.
Si pérfidos los hay, son caballeros
los mas de esos tan ínclitos guerreros.»

XVI.

«No los hay generosos? Con engaño
á la aceptada paz han respondido
feroces tribus, y, favor estraño!
su innoble proceder quedó en olvido.
Particular ofensa aislado daño
producir hartas veces ha solido.
Sirven ellos á un Dios; temen á un rey:
pueden algunos olvidar la ley.»

XVII.

«No adoran á Colon nuestros isleños,
como á Bartolomé su Adelantado?
Quién contradice á tan amigos dueños
que hordas bárbaras han reconciliado?
Son, á mi ver, inútiles empeños,
de esa raza que el mar nos ha brotado
contrastar el valor: si vencedora
debe mandar, amémosla en buen hora.»

XVIII.

«Siempre fué suma tu bondad,» responde
la confidente Ozema: «pero importa
de esa raza saber qué quiere... á dónde
camina su ambicion...» Parece absorta;
tras colosal abeto que la esconde,
otra mujer. A Ozema escucha, y corta
súbito el razonar, apareciendo
en donde están las índias discurriendo.

XIX.

«Conviene en mi sentir,» dice, «qué amemos
á los que son en la batalla fuertes.
Cuando á Colon, ó á su legado, hablemos,
si tú el temor que nos arredra adviertes,
tú misma, Anacäona, en quien ponemos
esperanza que en fé ciega conviertes,
el Almirante, justo y generoso,
será para Jaragua bondadoso.»

XX.

«Esperad, esperad,» la viuda esclama.
Con mágica espresion vibra su acento.
De un arce corta floreciente rama,
y veces tres la agita por el viento.
En sus labios la púrpura se inflama:
brillan sus ojos: mira al firmamento:
una lágrima suelta, y se sonríe...
«Que el porvenir á la ignorancia fíe.»

XXI.

(habla) «no lo espereis del sol que cria
hombres, reyes del mar privilegiados,
á quienes bueno su favor envía
para que aquí nos lleguen esforzados.
Ora discurre por la sangre mia
su fuego abrasador: siento erizados
sobre mi seca frente los cabellos...
late mi corazon; se agitan ellos.»

XXII.

«Oigo á lo lejos misterioso canto:
miro esplendente levantarse un trono:
la mar no ruge difundiendo espanto:
mitiga el cierzo su temido encono.
Piraguas... mil y mil... número tanto
no sé contar... pero atended: *perdono*...
dice secreta voz: *islas perdidas,*
vais del olvido á ser ya redimidas.»

XXIII.

«Los hombres nacen para ser hermanos:
no lo impida ese mar que los separa.
Hijos del sol, corred; íd á los llanos;
su triunfo ya la humanidad prepara.
Llegad con vuestro amor: tended las manos
á esa falange que, ínclita y preclara,
viene á plantar el árbol de la ciencia
donde solo se vé magnificencia.»

XXIV.

«Qué seríais sin artes! A la guerra
nació tan solo por ventura el hombre?
Teñir en sangre la estendida tierra,
y con sangre trazar fiero su nombre
su destino ha de ser? Ay del que aterra!
Por mas que, vivo, con su hierro asombre,
será olvidado cual vapor perdido,
quizás odioso, acaso maldecido.»

XXV.

«Quién lo sabe! Tal vez, tal vez un dia,
por nueva luz tu espíritu ilustrado,
llegues á dominar, oh patria mia,
los mares que hasta aquí te han ocultado!
Tal vez el mismo que su ley te envía
quede á tus pies mañana esclavizado,
si, ofendiendo á su Dios y á tu nobleza,
te hace juguete vil de su vileza.»

XXVI.

«Sol que alternas, al bien y al mal, las lloras,
si tú diriges las audaces huestes
que nos brindan ausilio, protectoras,
no tu favor á la perfidia prestes.
Si nuestra raza estinguen vencedoras,
tempestades concita, horribles pestes
que su prole fatal lentas destruyan:
vengan amigos; mas, tiranos, huyan.»

XXVII.

«Tu rayo vengador fragua y despide
contra sus hijos si á los nuestros hieren:
cuenta sus glorias, y su tiempo mide:
lágrimas beban si de sed se mueren.
Su rico imperio, sol, parte y divide.
Aquellos que su amor aquí pusieren,
pierdan su amor, y en aflictiva ausencia
nada calme el afan de su dolencia.»

XXVIII.

«Mas antes, ástro poderoso, inspira
en sus pechos piedad; lleguen hermanos.
Complázcales el hálito que espira
la purísima flor de nuestros llanos.
Dulce el céfiro encuentren que suspira;
grato el manjar que brinden nuestras manos:
de nuestras hijas al amor y lecho
tengan por su virtud santo derecho.»

XXIX.

Calla, y sus ojos vuelve á Higüenamota
que en el columpio plácida se estaba.
Más de una madre, la pupila rota,
de esperanza y temor tanto lloraba.
Tambien ardiente, aunque callada, brota
en el rey una lágrima: pensaba
que ya vencido ó vencedor, su mano
soltaría su cetro soberano.

XXX.

Mas nada opone al parecer discreto
que su hermana espresó docta y sublime.
Levántase, y de amor y de respeto
en la mejilla un ósculo la imprime.
Así las cosas, especial objeto
reclama la atencion; nadie se exime:
cada mujer prepara su tocado,
siendo el estanque espejo inmaculado.

XXXI.

Lávanse en él primero; se perfuman
con las esencias de esquisitas flores.
Para que gusto en su vestir presuman,
cortan para guirnaldas las mejores.
No temen, no, que acaso se consuman;
si á millares están! Vivos colores
su preferencia obtienen, y adornadas,
ensayo dan á un baile, alborozadas.

XXXII.

Por qué tal regocijo? Es ya la tarde,
y vuelve el español: grato suceso.
Quieren galanas ir: donoso alarde!
Concédase á su aliño algun exceso.
Se aprestan á partir: justo es que aguarde
quien recibe, al que llega. Ofrece un beso
su madre á Higüenamota, y vá ligera
en busca de sus índios y litera.

XXXIII.

No aparece jovial Anacreona:
dejóle el corazon harto agitado
su rara inspiracion, y reflexiona
tímida en lo que dijo y ha invocado.
El mar con brisa perfumada entona
su espíritu en las dudas replegado.
El mar! el mar! con solo verlo alienta
el noble corazon que fé sustenta.

XXXIV.

Ella no habló por sí; tradujo un canto
que le mostró en sus bóvedas el cielo.
Profética la quiso el Númen santo,
y la inspiraban la verdad y el celo.
Allá el alma en la esfera del encanto,
vé de lo porvenir rasgado el velo.
Todo pasó: la hermosa reconquista
nuevo vigor del piélago á la vista.

XXXV.

Son en la playa airosos pabellones
telas rojas, azules y amarillas.
Hazes de armas atadas con festones
(que eran musgo, follaje y florecillas),
á guerra ó paz simbólicos blasones,
de lanzas suspendidos, sus orillas
decorábanle al mar, las lanzas puestas
á trechos, dos á dos, altas y enhiestas.

XXXVI.

Allá en el horizonte se diseña
ya un punto negro. ¡Si será una nube
que traiga al huracan! La gente isleña
entre dudas zozobra. Un índio sube
á un alto, y mira, y baja, y con risueña
faz vá diciendo á todos: «dicha tuve;
no lo querais dudar; esa es la nave;
lo sé, lo sé.» Y repiten: «sí, lo sabe.»

XXXVII.

Cierto: viera aquel índio en Isabela,
en donde estuvo por acaso un dia,
navegar una hermosa carabela,
y esa clase de buques conocía.
El punto negro es ya flotante vela
en mástil sobre quilla que rompía
del mar el vidrio, levantando espumas
ligeras, leves, como níveas plumas.

XXXIII.

A la costa, por fin, la *gran canoa*
se acerca; amaina, y porque grato sea
juego al espectador, cambia la proa,
y hace vela y, largándose, bordea.
Gritan los índios admirados: «Oha!!»
voz que repite el eco. Al fin fondea
la nave, el ancla ponderosa echando,
inmóbil, fija sobre el mar quedando.

XXXIX.

De cerca examinar aquel portento
pretende Anacäona y lo ejecuta.
Cien piraguas el húmedo elemento
surcan al punto en deliciosa ruta.
Suena el *magüey;* y acorde al instrumento
la humana voz, el parabien tributa,
en cánticos amables, la vehemente
tribu cándida, dulce y reverente.

XL.

Va con su corte el ínclito cacique,
siempre á la tribu protector escudo.
Bartolomé, sin que señal lo indique,
un cañonazo disparó en saludo.
La llama y el vapor (sin que se esplique),
el trueno y retemblar súbito y rudo
del aire y las canöas, el espanto
difunden; cesa el bullicioso canto.

XLI.

Y acaso no pavor si que estrañeza
abate á la indecisa Anacäona.
Caben, sin duda, ardid, dolo y vileza
en el pecho español! Si ella le abona,
cómo justificar ya la rudeza
del proceder aquel? Otro detona
bronce inflamado, y ella se desmaya,
y es todo confusion en mar y playa.

XLII.

Mas presto el español hace que rompa
su música marcial: y en armonía
el añafil, como la curva trompa,
á los albogues y atabal se unía.
La nave, á gala y en adorno y pompa,
gallardetes y flámulas vestía;
la bandera rëal á popa izada,
la grímpola en su mástil desplegada.

XLIII.

Torna el valor, renace la confianza;
y recobra la viuda el sentimiento.
Al buque asciende: en pos de ella se lanza
la multitud jovial en su ardimiento.
Obtiene allí cuanto se vé alabanza;
todo del índio asombra el pensamiento.
Los que el rayo así vibran, y el mar atan
Dioses deben de ser, y los acatan.

XLIV.

Galantes, mas á mas, salutaciones
isleños y llegados multiplican.
A larga ausencia síguense espansiones;
y todos lances mil se comunican.
No es concedido á humanos corazones,
si la interna emocion jamás esplican,
en el silencio atesorar ventura,
fruto que da en sus cambios la ternura.

XLV.

Y más de un corazon allí latía
de concentrado singular afecto.
Guevara á Higüenamota repetía
palabras que aprendió de su dialecto,
dulces, tan dulces ¡ay! que ella bebía,
escuchándole, néctar; y el efecto
que allá en el corazon se preparaba,
en sus lánguidos ojos se anunciaba.

XLVI

Con la gracia especial del propio idioma
contesta la sencilla, enamorando:
«Vuelvo á tu nido, mi torcaz paloma,»
dice Guevara, «en tí siempre pensando.»
Ella la mano de Guevara toma,
y pregunta al doncel: «¿verdad, Hernando?»
«Cierto, pues eres bella,» le responde:
y ella el placer que goza no lo esconde.

XLVII.

No lo esconde, y Hernando lo retrata
en sus ojos tambien, que mas se aviva
la llama que en el pecho le desata,
sin arte, esa afeccion tan espresiva.
En las justas de amor cierto es que mata
mas bien la ingenuidad. Mas incentiva
mirada brotan inocentes ojos,
y más obtiene amor gratos despojos.

XLVIII.

Dispónense á volver; ya preparadas
las piraguas estan. Baján á tierra
Bartolomé y sus tropas numeradas,
Y Guevara tambien. La escuadra cierra
un tal Roldan que equívocas miradas
dirige á Higüenamota, que se aterra.
Esto para despues. Alojamiento,
ya en tierra, se le da al destacamento.

XLIX.

En donde habita el buen cacique tiene
Bartolomé su cómoda vivienda.
Con solícito esmero se previene
cuanto su gusto ó su salud pretenda.
De treinta y dos caciques le entretiene
un acto noble: porque bien se entienda
que en su adhesion no habrá dolo ni fraude,
pleito-homenaje rinden, y él lo aplaude.

L.

En otro pabellon es alojado
Roldan; Guevara en otro. Estan iguales.
Ninguno duerme bajo el techo amado
de la niña con ojos celestiales.
Fué la ambicion, ó bien el niño alado
quien los hizo, par diez, bruscos rivales!
La historia lo dirá. Guevara, cierto,
está de amor, á su decir, ya muerto.

LI.

Mientras zanja políticos asuntos
con los indios el Jefe, noche y dia
consagran al amor, y casi juntos,
el Roldan y el Guevara. Recibía
de este la ofrenda el ídolo: por puntos
toda su estimacion aquel perdía.
El, que se juzga aborrecido objeto,
guarda el rencor, para despues, secreto.

LII.

Quién al amor, que su poder ejercé
con tiránico imperio sobre el alma,
inclinaciones ó caprichos tuerce?
Y solo uno obtendrá victoria y palma.
Por mas que intentos el que pierda esfuerce,
no alcanzará para sus celos calma.
Para el reino de amor predestinados
como réprobos hay, todos marcados.

LIII.

Es Guevara un doncel garrido y suelto;
agradable en maneras, bullicioso:
su genio activo; en el obrar resuelto;
libertino, eso sí, pero obsequioso.
Tenía educacion y talle esbelto;
le adoraba por esto el sexo hermoso,
y por aquella cualidad podía
en sus vicios unir la cortesía.

LIV.

Era Roldan de mísero linaje,
por Cristóbal Colon favorecido,
merced á pensar este que un ultraje
no haría al bienhechor el socorrido.
Abandonado á soez libertinaje,
vano, grosero, y nunca comedido,
para esquisito afecto no valía
quien era lúbrico y torpe en demasía.

LV.

Luchaban, pues, la gracia y gentileza
contra innoble antipática figura,
venciendo la cortés delicadeza
á un soldado vulgar ó sin cultura.
Guerreros ambos: mas casi fiereza
era en Roldan la indómita bravura,
y en Hernando el valor era patente
alarde digno de su pecho ardiente.

LVI.

Noche y dia se ven. Higüenamota
conoce que Roldan bebe veneno.
Nunca esperanza próxima ó remota
á su demanda dió. Guevara, ajeno
á que pueda abrigar por su derrota
rencor aquel, impávido y sereno
sigue en el culto que á su amada presta...
ni le importa Roldan, á quien detesta.

LVII.

Fortuna, empero, fué que terminaran
los Jefes sus políticos negocios;
tal vez, tal vez pasiones fermentaran
viles, las nobles vegetando en ocios.
Cuando llama el clarin, amores paran.
Y suelen ser mas íntimos consócios
en los campos de Marte los soldados,
que en donde damas hay—en los estrados—.

LVIII.

Despídense por fin. Marchar quisiera
la amable víuda con el buen guerrero.
Vehemente le rogó que allí volviera,
y él, cortés, lo promete placentero.
Era en ruego tan vivo ella sincera:
en sus promesas él era sincero.
Y pudiera no serlo si, matrona,
cual niña está llorando Anacäona!

LIX.

Boanaocotex sus trovas de aquel dia
cantó, pero cantando suspiraba;
á su fiel corazon melancolía
tal alianza tan íntima inspiraba:
Acaso el fin del *drama* presentía?
Qué voz secreta el daño le anunciaba!
La gratitud, que es casi amor, concibe
qué daño amaga al bien por que se vive.

LX.

Como en la vez primera, hubo festines
en Jaragua, con bailes y cantares:
la vasta selva, el bosque, los jardines
eran (dicho vulgar) *quita-pesares*.
—«Sin que jure, es forzoso lo adivines:
siento pena al partir.»—«España y mares
diera yo por Jaragua.»—Navegando,
eso marina y tropa estan hablando.

LXI.

Y parten todos con regalos: cuentan
venturas tales ay! Segun la fama,
no pocos, por volver, medios intentan,
quizás porque el amor los cita y llama.
Norma á la urbanidad todos presentan,
y toda voz espléndida proclama
á la pulida Anacäona. «El cielo
la quiso en perfeccion» dicen «modelo».

LXII.

Admira para sí el Adelantado
preciosos muebles que le dió la viúda.
«Cómo elabora el hombre no ilustrado
manufactura tal si arte no ayuda!
Cómo tanto primor! Y quién ha estado
con mas talento aquí!» Y observa, y duda:
dudas que nadie resolver podría,
que arcano es lo de ayer, pasado el dia.

LXIII.

Quizás mas tarde á nuestra culta Europa
el mar abisme en su profundo seno.
De veneno tal vez Dios su ancha copa
colme, la incline y vierta su veneno.
Reyes y pueblo y militante tropa
tendrán sepulcro allí: y el mar sereno
será la loza funeral sin nombres
que oculte las ciudades y los hombres.

LXIV.

Tal vez otro Colon venga buscando
desde América el sitio en que estuvimos;
distancias medirá, notas tomando,
como nosotros por allá lo hicimos.
Pasando irá su nave, sí, pasando...
ni una columna le dirá que fuimos!..
y á su regreso esclamará: «si fueron,
lleváronse al partir cuanto tuvieron».

LXV.

Mas esto es meditar; tema ó manía
de este siglo feliz de inteligencia.
Falta será del siglo, mas no mia,
que sé hasta dónde rayo en alta ciencia.
Busque el historiador en su porfía,
que yo me atengo á la vulgar sentencia:
«siempre arcano fué el mundo y suda en vano
quien quiere adivinar tan hondo arcano».

LXVI.

Así tambien Bartolomé concluye
su reflexion, y súbese á la puente.
Y bien, á la verdad, discreto arguye,
bastando al genovés ser fiel creyente.
Cuando llega, á Colon de todo instruye;
le muestra el gran caudal, rico presente
que los isleños por tributo envían,
y espone cuanto aquellos le pedían.

LXVII.

Buen Alcalde Mayor, y amigo trato.
No era mucho pedir. Colon el precio
de paz tan útil encontró barato.
Buen Alcalde Mayor..! Fácil aprecio
no se le ofrece á la sazon. A rato
mas oportuno se remite: es necio
quien á paso de carga autoridades
nombra y les fía huestes y ciudades.

LXVIII.

A otras pláticas vienen, que segura
no anda la paz entre su gente armada.
Mucho á Colon la torpe envidia apura.
Está su autoridad ya denunciada...
—Desátase su hermano la armadura:
es alta noche por demás entrada:
«adios» se dicen, y hasta nueva aurora
van el reposo á procurar, que es hora.—

LXIX.

Reposa tú tambien, oh Musa mia..
Vuelve mañana: esperaré en mi asilo.
No sonreirá en tu frente la alegría;
no verás tú mi corazon tranquilo.
Se acerca el llanto; viene la agonía...
Mas es forzoso reanudar el hilo
de tierna historia que empezó entre flores,
y tuvo fin, mas tierna, entre dolores.

ARGUMENTO DEL CANTO TERCERO.

Roldan Alcalde mayor de Jaragua.—Sus planes.—Rebeliones.—Actos de Guevara.—Se le prende.—Mojica.—Es preso tambien, y ajusticiado.—Colon traido á España.—Francisco de Bobadilla y Nicolás de Ovando.—El rey Católico.—Apóstrofe á la raza vencida. —Dolor de Higüenamota.—Se deplora la mancha de sangre que por su crueldad dejaron los españoles en su historia.—Quejas contra los indios.—Pasa Ovando á Jaragua.—Recibimiento.—Duda él de Anacaona.—Decreta el esterminio de los caciques.—Cómo lo ejecuta.—El tormento.—La hoguera.—Mortandad en las calles. —Fuga de algunos salvajes.—Su furor y resignacion.—Canto de Boanaocotex: termina con un apóstrofe á España.—Queda prisionera Anacaona y se anuncia su destino.

Año 1503.

CANTO III.

LA HOGUERA.

I.

Aquel Roldan, (y válgale su suerte!)
por Alcalde Mayor es elegido.
Algo tarde Colon su error advierte;
era muy tarde á fé. Signo cumplido.
(En perdicion ó daño se convierte
todo para la triste que ha nacido
á ser víctima un dia, destinada
á sufrir y morir hasta ultrajada.)

II.

Antes traidor, despues reconciliado,
ser déspota Roldan ánsia y pretende.
Siembra el rencor: al jefe y al soldado
el pecho en llama vengativa enciende.
Y sobre todo aquello, enamorado,
á tanto su ambicion el vuelo tiende,
que todo láuro ajeno le hace sombra,
todo ajeno poder al suyo asombra.

10

III.

Quiérenle aniquilar sus adversarios,
y en partes cien comienza la batalla.
Tiene cada ambicioso partidarios:
cuándo el oro fatal secuaces no halla!
Planes se forjan, pareceres varios:
un caudillo sucumbe; otro avasalla:
reina la confusion: protervia impía
cambia la paz del pueblo en anarquía.

IV.

Y no en Jaragua solo: en Isabela
se agita el que es audaz, y en Española...
en todas partes el poder se encela,
y al aire mas de un vil pendon tremola.
El Almirante sin descanso vela;
su Adelantado á su deber se inmola:
todo inútil: vandálicas facciones
producen por do quier mil rebeliones.

V.

Viene de antiguo ya la disidencia,
y es fuerza prevenir al daño coto:
hay en Colon magnánima clemencia,
mas todo pacto su amistad vé roto.
Términos tiene al fin toda indulgencia;
acrece el huracan: Abrego y Noto
rugiendo auguran próxima la ruina,
y sus rayos el *Júpiter* fulmina.

VI.

Veneis cómo, y se ajusta á mi relato
el episodio de amorosa hazaña.
A Guevara, doncel que, sin recato,
con mal ejemplo su blason empaña,
previene el Almirante, y con mandato,
que se disponga á regresar á España;
que espere allá de Cahay en la ribera
embarcacion que llegará velera.

VII.

Hallándose aquel punto señalado
vecino al en que habita Higüenamota,
hácia él Guevara sálese al contado;
aguija á su corcel, que, ufano, trota.
Preséntase en Jaragua al Magistrado,
al *buen* Roldan, que bufa y rabia y vota,
pero en secreto, porque al fin Guevara
presenta fácil al insulto cara.

VIII.

Bien, pues, en apariencia, aquel recibe,
y el otro estar en Cahay promete y jura;
pero burlarse á su placer concibe
con ardid que el intento le asegura.
Parte, y suplica falso que se active
del buque la llegada, pues le apura
verse de su familia y patria ausente,
y en clima al suyo suave diferente.

IX.

Y deja transcurrir diez, quince dias:
con sigilo despues viene y se hospeda
con la que es ocasion de sus manías,
y puesto que hay quien sus amores veda.
Sabe el caso Roldan por sus espías:
al *prófugo* reprende, y aquel queda
en marchar, protestando que á su falta
impulso diera amor, que tanto exalta.

X.

Cumple; mas á Roldan no le complace
el proscrito en su propio territorio;
planes conviene que medite y trace
para alejar tal huésped. Es notorio
que intenta proponer ansiado enlace
á Higüenamota Hernando, y perentorio
fallo resuelve aquel para remedio:
sin tardanza poner mares por medio.

XI.

Parientes son Guevara y un Mojica
cómplice de Roldan en *otra escena;*
y esto al Alcalde que proponga indica
razon á todo vil objeto ajena.
Pero Guevara casos multiplica
de rebelion: su audacia no refrena;
y vuelve á parecer donde importuna;
y le falta esta vez buena fortuna.

XII.

Con órden severísima previene
Roldan que parta, y él se lo resiste:
ya nada entonces al rival detiene,
y le hará prisionero si persiste.
Esto al saber Guevara, se conviene
en alejarse, y lo ejecuta triste:
pero concita de Roldan contrarios,
que una faccion levantan temerarios.

XIII.

Es prendido el amante en la morada
de Higüenamota, y de ella á la presencia:
estremó su furor, pero la espada
rinde al Alcalde, y cede á la obediencia.
Lo reclama Colon, y á preparada
nave, con esquisita diligencia
es llevado entre fiel y brava tropa
para que el rumbo tome hácia la Europa.

XIV.

Sabido por Mojica el incidente,
piensa vengar contra Roldan marchando,
la vejacion causada á su pariente,
siendo la causa amor, segun Hernando.
Esparce el oro, y acaudilla gente,
de Roldan la cabeza pregonando;
y en su furor, creyéndose triunfante,
amenaza matar al Almirante.

XV.

Este, que muchos enemigos cuenta,
porque los tiene su indudable gloria;
que vé la sedicion cruda y violenta
cundir por todas partes, la victoria
no le quiere ceder. El se presenta;
prende á Mojica, y lanza ejecutoria
sentencia, que al traidor quita la vida,
y la esperanza á la faccion vencida.

XVI.

Pudo Colon, á quien bondad sobraba,
las nubes disipar del fiero estrago
que sobre el reino suyo amenazaba.
Triste que pueda mas rigor que halago!
Pero la envidia siempre contrastaba
al héroe, de virtud y gloria en pago:
Colon, el gran Colon es destituido,
y preso, encadenado, y residido.

XVII.

Vá en su lugar Francisco Bobadilla,
á quien sucede Nicolás Ovando:
no es el primero luminar que brilla;
la historia acusa su indiscreto mando:
es el otro mejor, pero mancilla
de la historia tambien. El rey Fernando
ó tuvo en poco la conquista indiana
ó en poco á la nobleza castellana.

XVIII.

«*Al católico* REY, *á juicio mio,*
le llaman bien, aunque con forma estraña;
el PÉRFIDO *Inglaterra, Italia el* PIO;
Francia el AVARO *y el* PRUDENTE *España.*
Calculador, sagaz, taimado y frio,
será mucha su fé, grande su maña;
pero, aunque algunos me apellidèn loco,
su alteza nuestro rey me gusta poco.»

XIX.

Por boca de Colon así espresarse
quiso un cantor del nauta apologista:
sé que otros escritores enojarse
pueden por tal aserto rigorista.
Yo dejo á los autores vindicarse,
y cada cual en su opinion insista:
rey no quito ni pongo, pero escribo
del rey *aragonés* lo que concibo.

XX.

Debió elegir al noble sin codicia,
y á quien fuera en el mando inteligente,
feliz uniendo militar pericia
á recto juicio y caridad ardiente.
Era vicio comun torpe avaricia,
y era comun error juzgar demente,
indomable, brutal y sediciosa
la descubierta raza misteriosa.

XXI.

Raza entregada al menosprecio y muerte!
Pobre generacion que á las futuras
por mucho tiempo con su adversa suerte
legó de madre en madre desventuras!
Pocos fueron, oh triste, á protegerte;
y muchos á colmar tus amarguras...
destino fué: pero que plazca al cielo
no darnos á probar tu desconsuelo.

XXII.

Los vencedores entre sí luchaban
por dividirse tus campiñas y oro:
y víctima en el fuego te inmolaban
sin piedad á tus súplicas y lloro.
Mas ¡ay! mientras así te amancillaban,
ellos tambien perdían su decoro...:
eran hermanos mios... oh! perdona
si mi enojo reprimo, Anacaona!

XXIII.

Pero qué fué de tí? Lloró en prolija
pena á su Hernando y la contraria ausencia
tu lastimada en sus amores hija,
guardada flor de virginal esencia.
Porque á su amante corazon no aflija
más tu lloro, lo oculta á su presencia
tu solícito afan, y lo derramas
cuando, sola, *infeliz hija!* la llamas.

XXIV.

Llorabas... Ella junto al mar corría;
iba al bosque, sentábase en la loma,
y miraba, y lloraba, y... no venía
el amador *de la torcaz paloma*.
Nombrábale soñando si dormía;
una lágrima siempre, siempre asoma
á sus párpados bellos... y suspira,
cruza los brazos, y los cielos mira.

XXV.

Pero y Roldan? que yazca en el olvido:
no manche ya su nombre mi leyenda:
demos á nuestro plan el convenido
curso, y por otras vías no se estienda.
Lo que tanto á dolor nos ha movido,
eso, Musa benigna, eso comprenda
mi relato no mas: breve un resúmen
siga: inspire despues mas alto el Númen.

XXVI.

Hable la historia fiel, mas no mi labio,
que al relatar iniquidades treme,
porque deliro y no hallo desagravio.
Ajena pluma las palabras déme
denunciadoras de inmortal agravio.
Entréguense al verdugo, y que las queme,
las páginas que mientan... ¡ay! mentira!!
En esa historia la verdad admira.

XXVII.

Ojalá calumniara! oh Dios, si fuese
dado patentizar su vil falsía!
Fortunado hijo tuyo el que pudiese
esa sangre lavar, ó patria mia,
que te mancha en el rostro, y el que hiciese
brillar mas limpia tu corona un dia,
de entre sus blancas perlas arrancando
la que sangre está siempre recordando!

XXVIII.

Cómo estinguir la fulgurante hoguera
que alzó en Jaragua con oculto fuego,
(y nunca, nunca, por tu bien, lo hiciera!)
un corazon en su venganza ciego!
Cómo acallar la turba plañidera
de sombras allá errantes sin sosiego
por la etérea region, y que pasando
te van su pecho herido señalando!

XXIX.

Cómo desvanecer la gran figura
que vimos entre oprobios espirante,
afëada su angélica hermosura,
lívido el pecho, lívido el semblante!
Y era la flor en tu verjel mas pura;
quiso en tu pecho estar linda y fragrante;
más ingratos sin lástima la arrojan,
la desprecian, y pisan y deshojan.

XXX.

Crímen de pocos fué, crímen que al mundo
llevó con él escándalo y enojo.
No acrezco tu dolor que es ¡ay! profundo;
con las mias tus lágrimas recojo.
Y al espirar el rayo moribundo,
al estinguirse el brillo de aquel rojo
clavel de gracias en mujer de amores,
le ofrezca mi dolor y tus dolores.

XXXI.

Más debo el trance recordar funesto,
y Ovando sufra su baldon y pena.
Dice la historia que pueril pretesto
fué la razon para sangrienta escena.
Casi copiando estractaré aquel testo,
que injurias narra, y al traidor condena;
no será el rudo cuadro invencion mia,
aunque avive el color viva poesía.

XXXII.

Anacäona, pues murió su hermano,
quedó en aquel distrito soberana:
tendió á su pueblo protectora mano,
siempre amistosa á la fraccion hispana.
Mal á su afecto con rigor tirano
respondió la hidalguía castellana.
Fué aquella en su amistad modelo augusto;
fué el español en su desvío, injusto.

XXXIII.

Siempre los índios con desden vejados,
sienten en su abyeccion crudos rigores:
dióse con esto orígen á altercados
que no sufren en paz los opresores.
Todo al Jefe los malintencionados
lo denuncian con falsos pormenores:
siempre la indiana tribu era acusada
de turbulenta, incómoda y osada.

XXXIV.

Si mas se humilla, opónele al vencido
acusacion mas alta su verdugo.
Supónese que el pueblo ha sacudido
lo que ha llamado, siendo *egida*, *yugo*.
Muéstrase Ovando á todo decidido...
mas á Jaragua visitar le plugo,
pues juzga le dirá la gran cacique
lo que conviene que su labio esplique.

XXXV.

Avisa ella al saberlo, y sin demora,
á los demas de la comarca suya:
sabe que llega Ovando, y en buen hora
celebra su venida, y que no arguya
en el índio esquivez lengua traidora
quiere su celo. Espera que concluya
el Jefe con accion equitativa,
la esclavitud que sufren aflictiva.

XXXVI.

Como es costumbre, gran recibimiento
á tan alto Señor el índio le hace;
estima y humildoso acatamiento
encuentra, sí por Dios. Nada le place?
Es la casa mejor su alojamiento,
y sigue de finezas el enlace,
no cesando las danzas y festines
en selvas, bosques, prados y jardines.

XXXVII.

La que mas entre todos le agasaja
es la siempre cordial Anacäona:
pudiera Ovando ver que un alma baja
no hay en tan nobilísima persona.
Por qué en su apreciacion él la rebaja?
La suya entre esas dudas se aprisiona;
la suya será vil, que no alza el vuelo
para ver lo que está cerca del cielo.

XXXVIII.

Piensa que ella, falaz, planes oculta
de punible traicion, y él contramina.
Con solo aquel error él ya la insulta:
y es astuto, decid, quien no adivina?
No es él mas ilustrado que la estulta
plebe, ni mas sagaz que esa ladina
multitud cortesana—la intrigante,—
ambiciosa, si necia y petulante?

XXXIX.

Y el esterminio, bárbaro, decreta!!
Medios medita y tiene por mejores
los mas prontos: Ni fé, ni honor respeta:
todo se olvida allí, paz y favores.
Convida atento con la hija á la discreta
víuda y caciques altos y menores
á un juego militar. Van indefensos
los convidados—pérfidos *pretensos*—.

XL.

Despues de haber comido, el *buen* Ovando
juega al herron, por prevenir sospechas.
Plausible sencillez! crímen nefando!
Caballero español, fingiendo acechas.
El circo van los indios ocupando
ya en número, que son pocas y estrechas
las gradas que se ven. Todos amigos,
no llevan armas, que serán testigos.

XLI.

Ruegan á Ovando entonces los caciques
que mande se comience el juego ó justa:
comienza: fingen los soldados piques
entre sí con furor y rabia adusta.
—«Mas en ristre esa lanza.»—«Bien que apliques
la espuela á tu bridon, muy mal se ajusta
á tu brazo el broquel!»—«Avanza.»—«Hiere.»—
«Cobarde!»—«Sin ventura!»—«Aguija.»—Muere.—

XLII.

Con esas frases figurar intentan
calor en la batalla aleve y loca.
Iniquidades! Los cronistas cuentan
que una medalla de oro Ovando toca
que le ornaba su pecho. Otros sustentan
que fué su cruz de Alcántara. Muy poca
importancia la cita nos merece:
medalla ó cruz, el vil las escarnece.

XLIII.

Es lo cierto que fué la convenida
señal para el infame asesinato.
Por rudo soplo la trompeta herida,
comienza y sigue y crécese el rebato.
De los caciques la faccion reunida
queda cercada con burlesco trato,
y Anacaona prisionera entre ellos,
sin que la salven ¡ay! sus ojos bellos.

XLIV.

Llevados son aquellos al tormento
con barbarie infernal, y en él padecen
lo que solo adivina el pensamiento.
Decir *verdad* los débiles ofrecen.
Verdad! mentira horrible! fingimiento
que utiliza el dolor, porque fallecen
sobre espinas tal vez y derretido
metal bajo sus plantas encendido.

XLV.

«Cierto.... pero dejadnos... sí... traiciones
fraguábamos aquí... para mataros....
Cierto... tambien... con... viles persuasiones
Anacäona... pero yo contaros
cuanto quereis no sé. Son confesiones
que... me arranca el dolor... ¡ay!... engañaros
tampoco... lo quereis?... ¡somos culpables
ella y nosotros... treguas, miserables!»

XLVI.

Para qué mas? la confesion es clara,
libre, no hay duda; la verdad es esa.
En nada el opresor, ébrio, se para;
solo ser sanguinario le interesa.
Y junta cumbustibles, y prepara
con intencion despótica y aviesa
antorchas de alquitran, á las que prende
fuego que pronto destructor se estiende.

XXVIII.

Se estiende en torno del lugar terrible
donde atados estan los condenados:
y arde aquel edificio. Indescriptible
pira que deja á todos espantados.
Nadie al clamor, piadoso, al ¡ay! sensible,
concede compasion á los cuitados:
abrasa allí sus huesos como ofrenda
la vasta llama que se agita horrenda.

XLVIII.

Primero el humo, en espiral castillo,
ancho se eleva, y denso, y tenebroso.
De vez en vez ya rojo, ya amarillo
lo colora un fulgor mas pavoroso.
Cual de ígneas ondas superior anillo,
ciñe el alcázar, ántro sin reposo.
de cuyo centro al esterior se lanzan
candentes piedras que en el aire avanzan.

XLIX.

Del edificio las paredes crugen;
silba el aire al calor enrarecido;
las víctimas, ardiendo, airadas mugen
aterradoras, con feroz bramido:
estrepitosas y ondulantes rugen
las llamas que su pasto han consumido:
el incendio, el tumulto; los clamores
exitan la crueldad en los traidores.

L.

En la plaza fatal la sangre á rios
túrbidos corre. Con la madre muere
el hijo amado: con odiosos bríos
á un solo golpe un bárbaro los hiere.
Si algunos al dolor menos impíos
salvar intentan al que acaso diere
de vida una señal, en su despecho
lanzas les pone el asesino al pecho.

LI.

Parécele amena hermosa fiesta
aquella universal torpe matanza:
con la pica, la daga ó la ballesta
todo soldado á esterminar se lanza.
En vano es el correr en fuga presta;
á donde el brazo no, la bala alcanza:
y en vario modo y con distinta suerte
encuentran mil y mil hórrida muerte.

LII.

Al estruendo de trompas y atabales,
y al fragor de la hoguera, sobre escombros,
perdidos entre espesos matorrales,
huyen esposo y madre, el hijo en hombros.
No encuentran, no, consuelos á sus males:
si alcanzan escapar, les lleva asombros
con su estridor la cortadora espada;
con su fulgor la hoguera levantada.

LIII.

La ven los fugitivos... desde lejos,
y lágrimas sin fin nublan sus ojos:
de aquella luz reluce á los reflejos
la blanca espuma de sus lábios rojos...
La despide el furor. Varios consejos
concitan ó suspenden sus enojos...
para qué combatir! míseras gentes!
en dónde y contra quién!... son impotentes.

LIV.

En dónde están sus ínclitos caudillos!
Y sus armas en dónde! Obra de espanto,
deja absortos los ánimos sencillos
aquella mortandad en duelo tanto.
Y estrecho, alzándose, avara sus anillos
la devorante hoguera... y sólo al llanto
ceden al fin los bravos corazones:
lloran como doncellas los varones.

LV.

¡Que allí su raza tan gloriosa un dia
consideran extinta. Ya sin reyes,
irán errantes por la selva umbría,
sin su pastor abandonadas greyes.
Vendidos á orgullosa tiranía,
serán juzgados por estrañas leyes:
en su patria feliz dueños primeros,
servirán á señores estranjeros.

LVI.

Así Boanaocotex, que hubo luchado
con rabia estrema en el atroz combate,
canta el destino adverso que al cuitado
pueblo suyo desune, hiere, abate.
Sobre un peñasco altísimo sentado,
trémulo en su inquietud, las cuerdas bate
de su lira profética... lloraba,
y así en cantar patético esclamaba.

LVII.

«Ese es el gran dolor al alma grande,
y es el tierno dolor al alma tierna;
que advenedizo infiel nos burle y mande,
baldon eterno y desventura eterna.
Inútil que su pan y hogar demande
el que una vez vencido se prosterna
del estranjero á la robusta planta:
ya no del yugo su cerviz levanta.»

LVIII.

«Nunca?.. tal vez restaure, y lo reanime,
nuevo vigor al corazon rendido:
tal vez despierte, y cual deidad, fulmine
caduco Atlante rejuvenecido.
Tal vez combata, venza, y estermine
á su tirano audaz y aborrecido....
pudiera ser, España? tú del moro
recobraste tu altar, nombre y decoro.»

LIX.

É histérica sonora carcajada
suelta el cantor: é irguiéndose, sus ojos
fija, convulsos, en su patria amada,
cuyos muros son míseros despojos.
—«Y *ella* tambien, tambien sacrificada...
ella virtud y amor, blanco de enojos!..»
murmura; al fin cediendo á la tristeza,
se inclina al pecho hirviente su cabeza.

LX.

Y á raudales sus lágrimas corrían:
«madre,» diciendo, «madre hermosa y pura!
Bien mis endechas ¡ay! te predecían
esa que lloro amarga desventura.
Cuando tus labios bellos sonreïan,
ajeno tu candor á la impostura,
mi espíritu, afanoso, el rudo estrago
adivinaba en tenebroso amago.»

LXI.

Prisionera esperaba Anacäona,
y fué á Santo Domingo trasladada:
que merece la muerte se pregona,
que ha de morir en breve, al punto, ahorcada.
Así Ovando sus crímenes corona,
y así fué la virtud remunerada...
Presenciaremos ¡ay! el sacrificio;
despues la historia escribirá su juicio.

ARGUMENTO DEL CANTO CUARTO.

Luto que viste la Musa inspiradora de esta leyenda.— Cantar de Anacaona.—Se encarecen su belleza y talento.—Indícase el lugar preparado para el suplicio.—Endecha de Boanaocotex.—Aspecto de la víctima.—Elógiala su protegido.—Por quién sus lágrimas.—Invocacion al sol y otros objetos para que solemniecen aquel dia.—Anatema.—El verdugo.—Sentimiento.—Apóstrofe.—La muerte.—El árbol sin hojas.—Contemplacion del cadáver.—El sepulcro.—Despídese Boanaocotex, de Anacaona, y el autor, de su Musa.

Año 1503.

CANTO IV.

EL ÁRBOL TRISTE.

I.

Silencio, mares; y vosotras, Horas,
las alas recoged, y al ir pasando
no desperteis los céfiros, sonoras,
que estan en selva y bosque reposando.
Mas desplegad las flores inodoras
con que quiero, mi lira coronando,
recordar el dolor de la que pierdo...
adelfas dadme, fúnebre recuerdo.

II.

Musa, mi lira ofréscote enlutada.
Tambien decora funerario velo
tu blanca frente; en ella aposentada
la tristeza se vé, nube en tu cielo.
Vienes, amiga mia, desolada:
lágrimas pides próximo ya el duelo.
Derrámalas conmigo; tanto amamos
los dos á la infeliz por quien lloramos.

III

Ella esperando está que luzca el dia
para morir... Y quién, oh, quién pudiera
salvarla! Y su verdugo no temía
ni al rey Fernando ni á Isabel primera?
No hay remedio: á morir. Y espera, espera
encadenada, sola, en negra y fria
cárcel, que irradie la naciente aurora
postrera que verá. Suspira, y... llora.

IV.

Mas dí, Musa, benévola si triste,
qué tormentos su espíritu maltratan!
Lo sé; lo sé: su esclamacion oiste:
«Lloro la ingratitud con que me matan.»
Sola tú, Musa, tú sola pudiste,
con los cantares que el dolor dilatan,
su pena entretener; porque, cantando,
se fué su alma tan pura consolando.

V.

Díctame su amorosa última endecha:
quiero dejarla por su honor escrita:
para ausilio á los mártires es hecha
la dulce trova que á perdon incita.
El magnánimo espíritu desecha
toda pobre pasion que ódios concita.
Perdonando morir, es muerte santa.
Dínos tú, pues, lo que la heróica canta.

1.

Sol, mi bien y alegría,
me abandonas ya tú! Lo he merecido?
Tú siempre fuiste mi radiante guia.
Déjasme ya en olvido,
Sol, esperanza mia.

2.

Yo, que al brillar la aurora
dejaba el lecho por salir á verte,
ya no saldré: llegó mi postrer hora:
y pues voy á perderte,
Sol, como lloro, llora.

3.

Tú volverás ufano
mañana y veces mil á dar colores
á las montañas, á la mar, y al llano...
para mí esos primores,
Sol, pintarás en vano.

4.

Voy á cerrar mis ojos
ya para siempre, para siempre al dia:
mas, por la tarde, un beso á mis despojos
insepultos envía,
Sol, en tus rayos rojos.

5.

Lo ves! tendí mi mano,
veraz, síncera y fiel, al estranjero.
Ví tan digno de amor al castellano!
Mas ¡ay! el lisonjero,
Sol, se cambió en tirano.

6.

En nuestro campo hermoso
mezcló sangre á las ondas de los rios:
alzó una pira, y con estrago odioso,
á cien hermanos mios,
Sol, abrasó furioso.

7.

Hirió, crudo, en el cuello
á la mujer, al niño y al anciano:
hoy pone á su crudeza, y goza en ello
el querido inhumano,
Sol, con mi muerte el sello.

8.

Mis vírgenes ornaban
con flores y oro al español la frente:
los ingratos despues ensangrentaban
la diadema luciente,
Sol, que ellas ostentaban.

9.

Sí; la diadema airósa,
gala de juventud y de hermosura...;
su perfumada cabellera undosa,
que con tu lumbre pura,
Sol, brillaba suntuosa.

10.

Patria y honor perdimos;
poder y libertad; bosques y mares:
todo al ingrato seductor lo dimos:
lágrimas á millares,
Sol, por *merced* hubimos.

11.

Lo permitiste... sea!
Mas préstale á mi espíritu denuedo.
Que ni en mis ojos ni en mi frente vea
pasmo, dolor ni miedo,
Sol, quien mi fin desea.

12.

Aunque el alma se aflija,
no lo revele al mundo mi semblante.
A tí no escondo mi inquietud prolija...
Ves? lloro en este instante,
Sol, por mi débil hija.

13.

Protégela, y... perdona
á los ingratos que á la madre hieren.
No vale una venganza la corona
que arrebatarme quieren:
Sol, mi honor la abandona.

14.

Mengua sentir sería
su pérdida despues que han sucumbido
los mas valientes de la tribu mia.
Pierda, pues se han perdido,
Sol, yo mi jerarquía.

15.

Vienen por mí... Marchemos.
Tú iluminaste mi apacible cuna:
tú de la vida ves ambos estremos.
Mañana—(y es fortuna)—,
Sol, juntos viviremos.

16.

En tu esfera brillante
mi espíritu hallará calma y consuelo:
si hay otro Dios, lo adoraré delante
de su trono en el cielo,
Sol, con delirio amante.

17.

Partamos... flor del rio,
fuentes y grutas, aves y praderas...
un beso con las auras os envío.
A todo dar quisiera,
Sol, todo el amor mio.

18.

Fuí tan feliz cantando
en esta vega y á tu luz amiga!..
Van mi pecho memorias contristando...
Sus angustias mitiga,
Sol, que me ves llorando.

VI.

Dijo, y calló. Y entraron los sayones
para llevarla al sacrificio injusto.
Parte. Precede y sigue en escuadrones
bizarra tropa con talante adusto.
Qué falta al español en sus blasones
la sangre de un lëal corazon justo
pudiera hacer! Ingratos!! No *la* amaban:
mujer, reina, y hermosa la infamaban!!

VII.

Nosotros no, que, á mas, conservadora
fué siempre de tu culto, alma poesía:
Pues se estinguió su voz, oh Musa, llora:
yo lloraré su regia gallardía.
Vé su esbelta figura encantadora.
En el cielo... no sé... melancolía,
y en el aire, en el campo, en todo veo...
en todas partes: *desventura!* leo.

VIII.

Acompasado el atabal y ronco
suena, y suspira la admirada gente.
Allí un árbol sin hojas! De su tronco
bien retorcida cuerda está pendiente.
Al pié un sayon, en sus modales bronco,
alza, para mirar, su odiosa frente...
es un verdugo que su presa aguarda,
y quizás piense el vil que mucho tarda.

IX.

Sobre alto monte en cavidad secreta
de pié Boanaocolex, mira y escucha.
Mal el furor en su inquietud sujeta:
mas quién con mil y mil contrarios lucha!
Que pene es ley: la suerte lo decreta.
Grande el esfuerzo, si la pena mucha.
Inspírale el dolor, y al fin esclama,
viendo al verdugo que á su presa llama.

X.

«No tardará, que el ódio precipita
el espíritu aquel que parte al cielo:
no tardará: mi corazon palpita...
no es la que viene envuelta en negro velo?
Mentí...velada no. No la maldita
turba que la condena, es en su celo
con pudoroso instinto protectora
de aquella mujer-ángel seductora.»

XI.

«No tardará: percíbese el sonido
de las cadenas que á sus pies y manos,
á *precaucion* de salvador *descuido*,
han puesto dobles, cautos los tiranos.
No tardará: ya un pecho conmovido,
mas distinto rumor, ayes cercanos,
una lágrima allí... todo me dice
que llega ya la hermosa, la infelice.»

XII.

«Védla: mirad el mágico portento,
flotante la copiosa cabellera
al ébano rival, y gozo al viento,
gala de aquella flor en primavera.
Los ojos con su claro lucimiento;
la boca, triste sí, pero hechicera;
la donosa apostura, todo encanta
cuando es su pena tan profunda y tanta.»

XIII.

«Quién te digera, amor de los amores,
que por el ódio ingrato morirías!
Quién pudiera pensar, flor de las flores,
que así tus atractivos perderías!
Cómo tus bellos ojos seductores,
con cuya luz las almas atraías,
no cambian hoy en protector amigo
á todo el que es de tu afliccion testigo!»

XIV.

«Hija de reyes, sin la real corona;
víuda de un rey, sin cetro y sin diadema;
sin servidumbre, altísima matrona!
En tí sus iras el rigor estrema.
El sol que brilla en nuestra patria zona
el pecho y rostro, abrasador, te quema:
y nadie un velo, ni siquiera flores,
opone á esos tan vívidos ardores.»

XV.

«Bien habeis hecho, sí; venga desnuda.
Para vestirla bajará una nube
al árbol ese que ella vé y saluda,
porque á gloria inmortal por él se sube.
Y subirá, tras la hecatombe ruda,
entre fulgores cándido Querube,
cual los que pinta bellos el cristiano
ante el trono de Dios su soberano.»

XVI.

«Cuando un sepulcro á la virtud abrimos
y en él con vilipendio la encerramos,
un solio, no una tumba, no, construimos,
y un vengador altar le consagramos.
Tarde sabemos ¡ay! lo que perdimos;
mas mucho nuestra falta castigamos,
patentes siendo en perdurable historia
nuestro propio baldon y ajena gloria.»

XVII.

«Llegue desnuda, sí; tanta belleza
puede ser por el mundo contemplada:
así cual su magnánima entereza,
será por vates mil y mil cantada.
Linda flor de oro, flor por su pureza,
y mas su dignidad que oro preciada,
hombre y mujer envidiarán su historia;
por bella, la mujer; él, por su gloria.»

XVIII.

Interrúmpese aquí: le ahogaba el llanto:
calma recobre el mísero: narremos
nosotros mientras. Avanzaba en tanto
Anacäona, y cumple que espliquemos
detalles de su marcha, y que al quebranto
suyo el dolor que pide le otorguemos,
y le rinda homenaje nuestra pluma,
que está á la hermosa consagrada en suma.

XIX.

Avanza: el atabal marca su paso.
Modesta en el mirar, dulce en su gracia,
no llora, no, por el adverso caso.
La vida y muerte son dones de gracia.
Si una lágrima brota, y brota acaso,
en sus ojos, es ¡ay! por la desgracia
de su pueblo y su amada Higüenamota,
crudo recuerdo que su frente azota.

XX.

Pasa, reina: perdónalos: ah crueles!
cual tú sucumbe cuanto grande existe.
Pasa: en tu tumba crecerán laureles,
ropaje que la muerte al héroe viste.
Pasa: no faltarán labios que, fieles,
al mundo digan que vendida fuiste,
aunque buena, cordial y generosa,
por gente en su amistad varia y celosa.

XXI.

Pasando vá; se acerca á su destino.
Ya llegó la vanguardia, y se ha parado:
plaza forma, dejándose el camino,
en torno al árbol triste señalado.
La multitud, cual sordo torbellino,
murmura, y cede, al uno y otro lado.
Boanaocotex su reprimido aliento
suelta y conmueve de este modo el viento:

XXII.

«Derrama, oh sol, espléndidos tus rayos,
oh sol hermoso, de Jaragua orgullo.
Ilumina en sus últimos desmayos
al que fué en tu jardin mejor capullo.
Selvas y valles en adorno gayos,
fuentes con suavísimo murmullo,
brillantes ostentad magnificencia
cuando os anuncia vuestro amor su ausencia.»

XXIII.

«Tended las alas de primor tesoro,
avecillas de púrpura y corales,
y en torno revolad á la *flor de oro*
que asciende á las regiones eternales.
Y formulad en armonioso coro
vuestros himnos á glorias inmortales,
cuando la flor que es vuestro bien exhala
su perfume postrer, y os lo regala.»

XXIV.

«Eso será llorar: así se llora
al ver á un ángel la region hendiendo
por donde vuela al ástro á quien adora:
eso es llorar; se llora así, riendo.
Y pues la veis que os mira y enamora,
hasta que muera al fin, ídle ofreciendo
consolacion, y el ánima cuitada
partirá, lo vereis, mas confortada.»

XXV.

«Despues, despues suspirareis, florestas;
despues os quejareis, montes y rios:
despues lamentareis, aves modestas,
la saña de esos bárbaros impíos.
Y al hondo valle y á las altas crestas
de la montaña irán los ayes mios
en dulces melancólicos cantares
que con la brisa traspondrán los mares.»

XXVI.

«Y mas allá tambien... á donde el viento
llegue agitando las sonantes alas,
trémulo irá mi vengativo acento,
denunciador de las pasiones malas.
Bendita, Musa, tú que el ardimiento
y el don sagrado del decir regalas!
Bendígate mi voz! Por tí mi lengua
pondrá en la gloria del inícuo mengua.»

XXVII.

Calló... callad. La pálida figura
llega por fin á donde está el suplicio.
Hora infausta, piedad! oh desventura,
no presidas el torpe sacrificio..!
Allí el soldado estrema su *cultura;*
el *vil ejecutor* su VIL oficio...
alarde tal la mente no concibe...
en el cielo está Dios; mira... y escribe.

XXVIII.

—«Sangre por sangre; contra hierro, hierro:
no el crímen queda en perdurable olvido.
Destierro y sed, por sed y por destierro;
y llanto por el llanto producido.
El valle, el monte, la colina, el cerro
en sus profundos ántros escondido
guardarán el recuerdo—inalterable—
que les deja ese crímen detestable.»—

XXIX.

Y un dia llegará... Prorumpe agudo
de una trompeta vago clamoreo
que hiela al corazon. Va ya el desnudo
tronco á ostentar su celestial trofeo.
El viento calla y permanece mudo
todo labio... y tranquila, augusta veo
la víctima ofrecer con gentileza
al verdugo su angélica cabeza.

XXX.

La ofrece, y él con su callosa mano
recoge tan suavísimo cabello,
y da una vuelta del dogal tirano
al mas bien modelado airoso cuello.
Vuelve á soltar, indiferente y vano,
la sedosa madeja, que es el bello
manto imperial que en ondas rozagantes
cubre formas tan puras y radiantes.

XXXI.

Boanmocotex, inmóbil, silencioso,
se estremece sufriendo, y su semblante
se torna al punto lívido. Copioso
sudor lo inunda... el pecho, palpitante,
respira apenas: hierve proceloso
un mar de angustias dentro de él. Instante
de agonía, tal vez, tal vez postrera...
llora, y prosigue en trova lastimera:

XXXII.

«Corred, corred, oh lágrimas guardadas
para llorar el bárbaro martirio:
íd y bañad las hojas marchitadas
de aquel donoso en los verjeles lirio.
Os beberé despues embalsamadas
con su postrer aroma, y el delirio
que ora el dolor á mi razon envía
me calmareis, oh lágrimas, un dia.»

XXXIII.

«La lis nupcial; tu gloria, muerto esposo;
tu gala, imperio; vuestra perla, mares
de Atlántida buscada: el armonioso
läud de los dulcísimos cantares
como baldon levantan afrentoso!
Los inícuos!! Oh Genios tutelares
de la vencida estirpe gigantea,
ya la discordia inflamará su tea...»

XXXIV.

Calla otra vez. Se oye un pregon... mi pluma
calle tambien lo que siguió horroroso:
el sacrificio la impiedad consuma:
el árbol tiembla, tiembla... pavoroso.
Parece vacilar al que lo abruma
peso de fruto tal raro y precioso.
Retrocedamos: para honrar tál obra
con sucia plebe y los verdugos sobra.

XXXV.

Verdugos! bello ideal, preciso ornato
de toda sociedad bárbara ó culta,
antigua, posterior, moderna; boato
tras el cual la venganza hiere oculta.
Verdugos! farsa pérfida; aparato
de fuerza, no de ley, que al hombre insulta,
que á Dios despoja del poder que es suyo...
preclara institucion, el orbe es tuyo.

XXXVI.

Tuyo, muy tuyo; que al vencido, á muerte
condena el vencedor; y vencedores
y vencidos despues, en varia suerte,
somos todos, *lëales* ó *traidores*.
En su locura esa verdad no advierte
el hombre—con quien juegan los errores—;
y es levantar cadalsos *gran justicia*,
aunque quien los levanta es la malicia.

XXXVII.

Y el *simpático* siglo diezinueve,
que rompe cetros y derriba tronos,
de reforma en reforma, no se atreve
á proscribir la *infamia* en sus enconos.
Bien que la vida de un contrario es leve
cosa, y verdugos bastan por patronos
á las tan *nobles* causas por que lucha
nuestro siglo feliz: su ciencia es mucha.

XXXVIII.

Terminemos, que ofende al buen sentido
cuestion tan óbvia, por el hombre, grave;
por el hombre de *letras, entendido*,
jurisconsulto, en quien *error no cabe*.
Jurisconsultos hay... sí; convenido;
y al sabio *tal* el necio *cual* le alabe.
Siga el mundo su ley... y Anacäona!
No existe... así un heraldo lo pregona.

XXXIX.

Parte la multitud. Quién permanece
junto al árbol fatal, mirando al cielo?
Qué espera allí? ya el sol desaparece.
Le ha dejado sin vida el desconsuelo?
El llanto al fin sus ojos humedece...
Es ¡ay! Boanaocotex: vive de celo.
Murmura un canto... lo que canta y hace
öidlo y vedlo por final si os place:

XL.

«Tronco feliz; columna consagrada
por esa augusta esclarecida ofrenda
en sacrificio atroz! Vive callada
leccion al generoso que comprenda.
Siempre sin hojas tú, nuestra mirada
te encuentre acusador: nadie te ofenda:
si te han envilecido con sarcasmo,
tal vez florezcas produciendo pasmo.»

XLI.

«Tantos ojos, despues, fecundo riego
te brindarán en lágrimas, que brio
quizás recobres, y lozano luego
vuelvas la gloria á ser del valle y rio.
Y el sol templando con amante fuego
en tus fibras del áura el soplo frio,
aún mas riqueza te dará... Florece;
así virtud humilde se enaltece.»

XLII.

«Mas hoy con su crespon vélete el luto.
Mi lira guarda; quede suspendida
con el que ostentas malogrado fruto,
que es dádiva al sepulcro prometida.
Dejándote mi lira, te tributo
cuanto puede halagar mi amarga vida.
Y por qué y para quién yá mis cantares!
Si *ella* no existe, sal, oh llanto, á mares..»

XLIII.

«No existes ya, mi amor, mi sentimiento:
prenda guardada por mi fiel cariño.
Siempre serás imán al pensamiento
del que te amó como á su madre el niño.
Si fuiste allá en tu solio su ornamento,
á tu cadáver yo daré su aliño,
para que estés en el sepulcro hermosa,
con guirnaldas en flor de nieve y rosa.»

XLIV.

«Ese mismo feroz duro estranjero
cantaba tu hermosura, y te decía
Vénus del índio mar, tipo hechicero
que la Grecia oriental no conocía.
Te comparaba al pálido lucero
que viste por la noche luz del dia.
Cedieron, en tu honor, á esos cantores,
cielos, mares y vegas sus primores.»

XLV.

«*Mieles y néctar al hablar destilas:*
qué Gracia como tú cuando sonríes...!
díjeronte, (y aun mas:) *son tus pupilas*
mariposas; tus labios alelíes.
Eres un ramo toda tú de lilas,
que ofrece al sol la aurora, con rubíes:
en el llano gacela, en bosque y rio
vision que almas sujeta á su albedrío.»

XLVI.

«Oh pérfido! La *Dido* inmaculada
que á la *Vénus* de Grecia aventajaste
hoy por tí queda efigie inanimada...
y el ramo aquel tan lindo marchitaste!
Guirnalda sin primor abandonada
en ese tronco al áura lo dejaste;
recuerdo que en un arco triunfal resta
de la de ayer esplendorosa fiesta.»

XLVII.

«Despojo al torpe burlador dieterio
y á las aves carnívoras regalo...
A tanta majestad tal vituperio!
nunca: ese tronco donde estás escalo:
me perteneces; ven; baja al imperio
de la paz... Qué inquietud! Ayes exhalo
con pena tanta! Corazon, exprime
toda la sangre al peso que te oprime.»

XLVIII.

«Mi pobre corazon se agita... late
precipitado, y túrbase mi mente:
estraño y violentísimo combate
altera mi razon... hielo en la frente...
en las venas ardor... que *luche* y *mate*
me dice no sé quién... es que demente
la angustia acerba que mi ser trastorna,
sin piedad á mis lágrimas me torna?»

XLIX.

«Todo al perderte, todo lo he perdido!
Aun tu cabello su perfume envía,
último aroma del rosal herido
por el Noto al morir la luz del dia.
Viene á mi seco labio enardecido;
lo bebo y crece la tristeza mia:
lloro, y ni aroma y llanto dar al alma
pueden la que perdió plácida calma.»

L.

«Inútil es sentir; inútil llanto.
No volverás, recuperando aliento,
en tus valles á ser gala y encanto,
y á dar tu luz al mar, tu voz al viento.
Vén al sepulcro, vén; prodigio tanto!
Te aliñan ¡ay! mi amor y sentimiento,
para que estés en el sepulcro hermosa,
con guirnaldas en flor de nieve y rosa.»

LI.

«Duerme en él, duerme al protector abrigo
que esa palmera ofrece incontrastable.
Ella que fué de tu dolor testigo,
te velará en tu sueño perdurable.
Con soplo el áura halagador y amigo
tuyo, pues fuiste su delicia amable,
siempre que venga, te traerá, de flores
que besó en la pradera, los olores.»

LII.

«Duerme... no sé dejarte, oh madre mia!
Llega la noche ya: duerme. Tu sueño
será muy dulce en tu morada umbría.
Duerme; he plantado junto á tí el beleño.
Vana ilusion! Aunque despunte el dia,
no se abrirán tus párpados; risueño
tu rostro no veré, que estás.. ay! muerta..!
Qué genio, y cuándo te dirá: DESPIERTA!!»

LIII.

Y terminó. Con tierra y blancas flores
el cadáver oculta... y llora... y parte.
Al trasponer el llano, en los alcores
ya remotos se para. *A saludarte*
voy por última vez, dice, y clamores
sordos arroja al viento. *Siempre amarte*
podré, añadió: *mas aún que aquí en el cielo.*
Duerme!!..—La noche desplegó su velo.

LIV.

Reina el silencio: acaso algunas hojas
en los árboles mueve errante brisa.
Lucen, cual oro entre zafiros, rojas,
si bien con vibracion allá indecisa,
las estrellas. No hay llanto ni congojas
de aquella tumba en torno, y sí sonrisa,
melancólica, cierto, es el murmullo
del áura que á la flor abre el capullo.

LV.

Parece que no hay vida, que ha cesado
la rotacion del globo; ha sido el drama
un fantástico sueño que ha pasado
como ténue vapor ó fátua llama?
Que algo existe, al sentido ha revelado
el ave que suspira ellá en la rama...
Mas la vision, su amor, su pena, en dónde!
Nadie lo dice: ni una voz responde.

LVI.

Ah! todo concluyó.–Vé á tu morada,
Musa benigna: en mis endechas ceso.
Antes tus ojos plácida mirada
dénme, y tus lábios apacible beso.
Te llevas, al partir, con tu agraciada
imágen mi suavísimo embeleso...
Sois al hombre, MUJERES y POESÍA,
lo que el aire á la flor, y el sol al dia.

FIN DE LA LEYENDA.

NOTAS.

CANTO PRIMERO.

Octavas I y II.—Habrá podido parecer atrevida mi invocacion tratándose de una *Leyenda?* No lo supongo; ni que haya merecido tal censura mi pobre canto por el metro adoptado, mas propio de los verdaderos poemas. Era preciso comenzar, invocando y versificando: pero lejos de mí la petulante ridiculez de creerme con derecho para agitar mis alas por la region á la cual dirigen sus invocaciones los grandes genios. Ellos pueden esperar ser oidos é inspirados: yo debería temer un castigo á mi osadía.—Permítaseme divagar un poco para desenvolver algunas ideas respecto de estas veleidades literarias en los que, como yo, no tienen mas en su abono para ser disculpados, que el amor al arte. *Sobre que cada cual se pierde por su mal camino*, falta valor para condenarse al silencio en este valle de infortunios, en donde

«A cada triste su cantar consuela.»

Se siente un atractivo irresistible, no se sabe de parte de qué objeto, porque para las medianías no lo es la gloria, que les está vedada: pero se cede á la tentacion, y se escribe, no importa el *cómo;* y se canta, no importa de qué *manera*. Búscase, hablo por lo que á mí hace, desahogo al corazon, salida á los suspiros, espacio

sin término á las libres aspiraciones del entusiasmo por lo *bello* y por lo *bueno*. Y es que vamos todos, seguramente, al fin indicado para el sentimiento: vamos á la rehabilitacion del espíritu, á la cual nos conduce la necesidad, puesto que el porvenir ha de ser de la poesía: suyo indefectiblemente; despues del positivismo actual. Y como ya nos precedieron, nos seguirán otros grandes cantores á quienes será dado reconstruir el imperio de la civilizadora del mundo que *siente* y *ama*... y el hombre querrá volver á *sentir* y *amar*, porque hoy no hace otra cosa que procurarse goces con hastío, riquezas con inquietud, glorias de un dia, bacanales de una noche. Y el amor, es vicio; la amistad, mentira; el honor, engaño; la familia, un peso; la religion... nada. Se unirán los hombres otra vez, con lazos indisolubles ya; será mas francamente y mas dulcemente social la vida de las naciones, porque el altar á cuyo pié acudieron nuestros padres para adorar á Cristo, se alzará sobre estas ruinas, y al fulgor de su Cruz será restaurado el mundo. Dícenlo así los maestros de la literatura moderna.

Y es fácil comprender que no se equivocan, como sucede por desgracia grande á otros escritores, poetas, á la verdad, por el ingenio con que dibujan y por el atavío con que adornan cuanto conciben, haciendo en esto último muy bien, porque en el fondo de lo que adornan parece que no hay nada mas que caos ó vacío: escritores, que aun así apasionados á las *formas*, lo quieren *transformar* todo, sin duda porque hoy es *deforme* todo: heraldos de la destruccion social, no obstante su deseo, (ellos lo aseguran,) de hacer tan perfectos á los hombres en la tierra, y tan dichosos, que se igualen en beatitud á los ángeles; ó mejor: que lo sean realmente acá, inventándoles deliciosas repúblicas en honor á la democracia, pero olvidando que los ángeles solo viven en el cielo: escritores, en fin, cuya pluma se ha convertido en incendiaria tea, la cual, despues de devorarlo todo, (si lo

devorase,) templos, palacios, aras y tronos, no prestaría, consumiéndose en el general incendio, ni un rayo de luz al humo tenebroso entre cuyos torbellinos quedaríamos envueltos en lucha horrenda de hermano con hermano. Somos llevados, pues, por un impulso misterioso, y debemos alegrarnos de oponer nuestro sentimiento por la vida del alma, á la altanera victoria del positivismo.

Por lo demas, (vuelvo á mi leyenda,) qué seduccion podía otorgárseme para ofrecer amable al público mi trabajo?

«... lá corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso...»
«...il vero condito in molli versi
I più schivi allettando ha persuaso.»

Y eso, dicho por quien lo dijo, es respetable. El (Tasso) podía salir victorioso en su demanda; él, que invocando á la Musa

......che di caduchi allori
Non circonda la fronte in Elicona,
Ma su nel cielo infra i beati cori
Ha... di stelle inmortali áurea corona...»

consigue que no deje el lector un libro (la *Jerusalen libertada*) que con delicias tales comienza á seducirle.

Y si bien nos impulsa el amor al arte, hémonos acostumbrado á ser humildes. No es noble leccion la que nos dá otro poeta, maestro de gran parte de nuestros escritores del dia, (Maury,) el cual llama al Númen, pero comedido en su invocacion, él, que podía ser arrogante? Oigámosle:

« Tú, que te gozas en Elíseo cielo,
A esfera varia descendiendo acaso,
De Italia, viuda del poder, consuelo,

Acude, ó númen de Ariosto y Taso.
Audacias tales ó tan noble vuelo
No pido; solo dá, que fácil paso,
Donde algo de ambos la ocasion me preste,
Mueva contigo por el mundo este.»

(*Esvero y Almedora.*)

No cabe, por tanto, en nosotros presuncion. Qué decir despues de esas y otras mil tiernísimas, vivas ó patéticas invocaciones de los poetas por inspiracion? Qué han dejado ellos para nosotros en el campo de su cultivo? Qué figura haremos brotar de una fuente; qué sonido exhalarse de un bosque, y qué lágrimas salirse de un corazon penetrado por las vibraciones inarmónicas de las cuerdas de nuestra ruda lira?

No hay mas disculpa que el ser llevados por la necesidad: y... (mal pecado!) lo repito: falta valor para condenarse al silencio. Haya en mis lectores sobra de generosidad: no se le diga al que únicamente posee, por todo alivio en su aislamiento, un pobre rabel, no se le diga que lo rompa ó lo arroje á un abismo. Sería condenarle á una muerte sin consuelo alguno.

Octavas III y siguientes.—No sé cómo se juzgará desempeñado en ellas el precepto sobre las entradas á los poemas: «proposicion clara y esplícita de lo que se vá á cantar, y enunciacion de la índole del asunto.» Dejando esta duda mia sujeta al juicio de los lectores, á quienes recordaré una vez mas, que solo he escrito una *leyenda*, disculpemos ciertas invectivas de las octavas IV y otras, sobre las cuales podría recaer menos indulgente fallo. El *magnate español* á quien se alude en aquella, y á quien, se dice, pueden *acusar ecos dolientes si se les*

despierta, es Nicolás de Ovando, que ordenó y llevó á cabo la catástrofe de Jaragua y la muerte de Anacaona. Esa vez la alusion va dirigida á determinada individualidad histórica; así como al vituperar la ingratitud con que fué maltratado Colon, he querido hacer referencia á los bastardos émulos de su fortuna y gloria. Y, aunque á pesar mio, nada rectificaré, si no es que se demuestre que calumniaron los cronistas. Pero tanto esas alusiones, como las quejas vertidas en otras octavas contra la dominacion que, en general, egercieron tiránicamente los vencedores en el Nuevo-Mundo, pudieran valerme, por un fingido celo patriótico insidioso, la nota de parcial á favor de los índios y en ofensa á los españoles. Y nada menos esacto. A mi ver, si cumple al historiador dilucidar concienzudamente los hechos graves sobre que andan desacordes los pareceres, en perjuicio á nuestro patrio honor; y si les toca absolver á los acusados, ó reconocer sus faltas y probar hasta qué punto implicaban sus desmanes un crímen nacional, ó esclusivamente suyo, nosotros no podemos otra cosa que seguir la opinion comun, formada en pró ó en contra de una época, por los actos en conjunto, laudables ó de censura merecedores, de sus respectivas gentes; si bien no sería lícito exagerar para defender, y sería un delito hacerlo para condenar.—Por desgracia la generacion aquella española no ha sido santificada. Aparte honoríficas y gloriosas excepciones; y aparte inesperados prodigios que dieron unidad política á nuestra patria, merced á un rey mas digno que reprensible; y le dieron mas unidad religiosa y mas libre accion administrativa rompiendo definitivamente el yugo árabe; y le dieron mas poderío dentro y fuera con las riquezas adquiridas en un nuevo hemisferio encontrado, aquella generacion tenía vicios capitales, efectos, si se quiere, de una índole no domada todavía, ni aun muy suavizada por la cultura y el sentimiento. A la sazon comenzaba esa obra civilizado-

ra, á la cual, nos complacemos en decirlo, contribuían poderosamente los poetas, como lo diremos adelante. Aun eran las clases todas turbulentas, esclusivas, díscolas, apasionadas. Su agradable y necesaria ocupacion era la guerra, en lo cual imitábanles sus vecinos franceses, como los habitantes de la hoy Gran Bretaña, los italianos, austríacos y portugueses, y quién sabe qué otros. Era condicion del tiempo. Nada había sólidamente establecido, y la ambicion lo conmovía todo. En España, ademas, la eterna lucha con los mahometanos contribuyó á dar aquella acritud notable al siglo XV, aunque iban ganándose prosélitos otros hábitos no belicosos, introducidos por la misma raza árabe discreta.

Fuera estraño dar á esta parte de la presente nota mas amplificacion, á riesgo de convertirla en *juicio histórico*. Basta á nuestro interes lo espuesto.— Ahora bien: discúlpase la dureza en las costumbres en consideracion á los escasos progresos de la idea civilizadora: discúlpase lo brusco y fanático en la multitud; pero no lo fiero y bárbaro que se ostentaba en algunas individualidades, cuyos escesos iban mas allá de lo que exigían las indómitas costumbres y las rudas aspiraciones del pueblo.—Así diríase (pero á todo conceder,) que hasta la misma *Inquisicion* fué una necesidad (siempre exagerada la frase,) de la época, por razones que ahora no es oportuno traer aquí á exámen: pero nunca puede ser absuelto Torquemada, sobre toda ponderacion cruel y sanguinario. —Por otra parte: se atenúa la culpabilidad en la multitud ignorante, pero no la demasía en los hombres mas ilustrados: y por último; se perdonan á los siglos sus errores. Todo siglo tiene su virtud y su estravío; su gloria y su lunar repugnante; su destello de inteligencia, por el orígen divino, y su sello de ignorancia por la prevaricacion primera. Pero jamás se perdona el verdadero crímen; jamás el pecado, aunque sí al pecador. Y que en la historia del Nuevo-Mundo se ven detallados hor-

rorosos crímenes, nadie lo ignora; y entre ellos cuéntase la perfidia que se atribuye á Ovando. Al censurarle yo, necesitaré recordar las increpaciones lanzadas por nobles y discretísimos castellanos contra aquellos mayores nuestros, para que no se me impute el mal gusto de perjudicar en su fama á compatriotas mios? No lo creo: deberíamos no escribir nunca la historia. Español es el laureado Quintana; éralo Ercilla; éralo asimismo el juicioso y recto Mariana, y el continuador de sus libros cronológicos... y todos condenan el proceder injusto de los vencedores con las tribus índias, que debieron ser mas queridas. Aminórese por las costumbres la violencia; siempre determinadas personas quedarán odiosas á la posteridad con el anatema de la razon por el lujo de su crudeza, mal que nos pese, injustificable. Por lo demas, no damos con esto escándalo á las otras naciones. Qué habrían hecho ellas? Solo pueden contestar que no han tenido ocasion de probarlo. Pero no será difícil adivinar cómo entonces ellas mismas habrían procedido, si leemos tambien sus respectivas *edificantes* crónicas.

Octavas VII y otras.—Nada mas ajeno á nosotros que la injuria y la calumnia. En esas octavas hemos ridiculizado, tal vez, la opinion contraria en el siglo XV á las hipótesis que sustentaba Colon relativas á la existencia de otra tierra desconocida. No podemos prescindir de ser justos. Si algun chiste (y no será mucho, pues nos es género vedado) se trasluce en esos versos, habremos ido ligeramente y con desenfado en el pasaje, pero no críticos severos y antojadizos. No queremos reir, como hoy se rie, á costa de los que entonces llamaban visionario al gran marino genovés, ni por algunos errores criminales tronar contra toda aquella generacion, ni contra alguna de sus clases, alta ó baja. En el estado en que á la sazon se halla-

ban la *náutica* y *astronomía*, era posible fácil y universal asentimiento á la peregrina idea de un desconocido? Era por ventura, clara tal idea en el mismo que la acariciaba? no iba impulsado mas por inspiracion celeste, que por la ciencia humana? Quiso Dios sorprender á los pueblos con un prodigio inaudito, y los sorprendió cuando le plugó, y como siempre, por no imaginadas vías. Recuérdese que entonces ocurrió el descubrimiento del *astrolabio*, ausilio que se dice providencial, y lo fué, sin duda (1). El que quiso que caminásemos por medio de procelosos é inmensos mares, dió el modo. Hoy, nosotros, tan adelantados *en toda ciencia*, conocemos algo de esa *muerte cárdena y negra* que recorre el globo, y deja por donde pasa, como único indicio de que ha pasado, montones y rastras de cadáveres sin número? Y tal vez aparezca un dia quien afirme que esa enfermédad sin remedio hasta entonces,

(1) Tales fueron la oportunidad é importancia de la aplicacion del *astrolabio* á la náutica, que dice Irving: «solamente con ella pudo Colon vencer los grandes obstáculos que se oponian á la ejecucion de su proyecto.»—El astrolabio era un instrumento matemático, de metal, graduado y llano en forma de planisferio ó de esfera descrita sobre un plano; su principal uso era en el mar para observar la altura del polo y de los astros.—(*Diccionario de la lengua.*)—Con este instrumento, que fué muy útil á los astrónomos y navegantes, se resolvian mecánicamente casi todos los problemas de la trigonometría esférica; pero ya es solo un objeto de curiosidad, aunque aplicable á operaciones simplemente geométricas. El *astrolabio* de los astrónomos no era cual convenía á los navegantes. Estos lo simplificaron variando su forma... y á pesar de lo imperfecto de su construccion, se valian de él para tomar las alturas.—(*Enciclopedia moderna.*)

Aplicáronlo á la navegacion, segun parece, los médicos Rodrigo, ó Rodriguez, y José, portugueses, cosmógrafos de nota y matemáticos excelentes, los cuales vivian en Lisboa cuando Colon estuvo en aquella córte.

no es otra cosa que el efecto de una influencia, (como la del imán), incomprensible, pero que parte de *tal* punto, y puede ser neutralizada. Y no será creido, si no lo demuestra: y lo demostrará, porque habrá llegado el dia en que habrá querido Dios que esa plaga deje de ser plaga; y cantaremos á otro *Jenner*, como se ha cantado, y por cierto inimitablemente, al que tambien, por maravilla suprema, encontró y llevó á esa América contristada la salvadora vacuna. A Dios, para asombrar y castigar á los hombres, le quedan siempre muchos prodigios con que hacerlo.—Volviendo á mi relato, diré en honor á la ciencia, al siglo XV mismo, al claustro, y á la verdad, que entre aquellos doctores reunidos en Salamanca para oir á Colon, los hubo que no rechazaron las ideas emitidas por él. Los frailes de S. Estevan no le negaron su atencion, y era esto, dice Irving, «por poseer aquella corporacion mas conocimientos científicos que el resto de la universidad». En S. Estevan era catedrático el dominico Diego de Deza, el cual se convenció de los raciocinios de Colon, inflamándole su elocuencia, y pugnó en su favor, y le alcanzó ser oido. El citado autor supone que «probablemente pocos (de los doctores) pondrían tales reparos (los mas absurdos) al contradecir al nauta. Otro sacerdote, Fray Juan Perez de Marchena, guardian de Santa María de la Rábida, fué el primero que en España alentó á Colon para acometer su empresa. Y encomiando á este esclarecido sacerdote, dice tambien Irving:

«Era (Marchena) hombre de vastos conocimientos. Le interesó mucho la conversacion de Colon, y le sorprendió la grandeza de sus miras. Le detuvo como su huésped. Sucedieron á la primera entrevista muchas discusiones en el convento; y el proyecto de Colon se trataba en aquellos silenciosos claustros con la deferencia que habia buscado en vano entre el bullicio y pretensiones de los sabios de Córte y de los filósofos.»—«Fray Juan Perez poseia aquel celo

de corazon en sus amistades, que convierte los buenos deseos en buenas obras.»

De allí, pues, partió el impulso,

«y cuando muchos años despues rodeaban á Colon, en los dias de su gloria, brillantes turbas de cortesanos, prelados y filósofos, reclamando el honor de haber favorecido sus empresas, volvía él la vista á su vida pasada, y señalaba á este modesto sacerdote (á Marchena), como su mejor amigo.»

Convengamos en que no, esclusivamente, la ignorancia, ni, esclusivamente el brazo eclesiástico se opusieron á la empresa de Colon. La mala fé, y en mucho procedente de palaciegos, en todas épocas perniciosos, contrarió su plan hasta donde pudo; hasta donde lo consintió quien otra cosa tenía determinada. Y hasta en honor de las mujeres convendrá manifestar que no le faltaron favorecedoras al genovés. La buena y bella marquesa de Moya lo fué; y la misma reina Isabel... pero de esta hablaremos pronto.

Aquí, para conformidad de los ánimos esforzados, cabe una ligera observacion, tratándose de la ingratitud con que fueron premiadas las primeras conquistas de Colon. Siempre desengaños grandes han venido á mortificar á los hombres verdaderamente heróicos. En aquel siglo y en el siguiente fueron notables los que esperimentaron tres célebres varones: Colon, Gonzalo de Córdoba, y Hernan Cortés. El primero es traido con cadenas á España desde el mismo pais que él le regaló, descubriéndolo audaz. Fué apartado el segundo del gobierno de Nápoles, habiendo reducido á dominio español todo aquel territorio con asombrosos hechos de guerra que llenaron de su fama al mundo. El tercero vió sus bienes adquiridos en Nueva-España, confiscados por Nuño de Guzman, siendo Cortés el gran héroe de Otumba, conquistador

de Méjico esplendente. Apuntamos estas citas, en demostracion, una vez mas, de la índole de aquella sociedad. Todo fué obra de émula bastardía: verdad es que hoy se egercita del mismo modo por muchos la *virtud* Caridad. El rey católico desagravió, así así, á Colon: Cárlos I á Cortés. El que no obtuvo gracia fué el Gran Capitan; y capítulo es este en la historia de Fernando V, que tal vez le deja perjudicado en su renombre de discreto, y en su cualidad de monarca, pues no fué magnánimo en eso: gran mengua en ánimo real.

Octava XI.—Nombro á la reina Isabel. Quiero dar á mi libro un verdadero encanto, único que tal vez habré tenido la fortuna de encontrar para sus páginas. Voy à transcribir lo que de tan célebre mujer dice el historiador á quien sigo, autoridad aceptable por su erudicion y criterio; garantía suficiente de imparcialidad, por su condicion de estranjero, interesado, podría decirse, en amenguar nuestras glorias. Amenguarlas, mutilando ó desfigurando el hechicero retrato de Isabel! No podía incurrir el historiador, aunque estranjero, en semejante inepcia. No hubiera tenido en su corazon nunca un rayo de entusiasmo por nada, ni para nada, si hubiera podido permanecer indiferente á la presencia de ese dechado de virtud y de heroismo, de belleza y de candor, que todos los demas historiadores, y hasta la tradicion oral le ofrecían perfecto, noble, y en todo augusto. Se espresa así:

«Los escritores contemporáneos han descrito á Isabel con entusiasmo, y el tiempo ha sancionado sus elogios, dándonos en ella uno de los mas bellos y puros carácteres de la historia. Era bien formada, de mediana estatura; con mucha dignidad y gracia, gravedad y dulzura en sus modales. Blanca de cutis, y de cabellos rubios tirando á rojos; los ojos azules, claros y de benigna espresion. Lucia

una singular modestia en su semblante, embelleciéndose con ella su extraordinaria fortaleza de ánimo, y firmeza en los proyectos. Aunque fuertemente ligada á su marido, y solícita de su fama, mantenia siempre aparte sus derechos como una princesa aliada. Le escedia ademas en hermosura, en dignidad personal, en agudeza de ingenio, y en grandeza de alma. Combinando las activas cualidades y resolucion del hombre con los blandos sentimientos de su sexo, se mezclaba en los consejos militares de su esposo, entraba personalmente en sus empresas, y á veces desplegaba aun mayor vigor que el rey, y mayor intrepidez en las medidas árduas; y hallándose inspirada del amor de la verdadera gloria, solia influir tambien mas noble y generosa tendencia en su calculadora política. Pero en la historia civil de su reinado es donde especialmente brilla el ilustre carácter de Isabel. El mas vehemente anhelo de su corazon era remediar los males de su pais; por eso se complacia en reformar las leyes con arreglo á los preceptos de la justicia y de la conveniencia pública. Amaba á su pueblo, y dedicándose diligentemente á su bienestar, mitigaba en lo dable las ásperas medidas de su marido, dirigidas al mismo fin, pero guiadas por un mal entendido celo. Así, aunque estremada en su piedad, y sometida al dictámen de sus confesores hasta en los negocios del todo temporales, todavía rehusaba dar asenso á cuantas resoluciones tuviesen por objeto estender la religion por medios violentos. Se opuso enérgicamente á la expulsion de los judíos, y al establecimiento de la inquisicion: si desafortunadamente para España y para la causa de la civilizacion, triunfarón los confesores, no culpemos á la reina sino á la época en que vivió. Era siempre abogada de clemencia para los moros, aunque era el alma de la guerra contra Granada. Consideraba la guerra escencial para proteger la fé cristiana y librar á sus súbditos de tan feroces y formidables enemigos. Todos sus pensamientos y actos públicos eran regios y augustos; sus costumbres privadas, sencillas, frugales y sin ostentacion. En los intérvalos de los negocios de estado juntaba alrededor suyo los hombres mas eminentes en ciencias y literatura, y se dirigia por sus consejos en la promocion de las artes y las letras. Por su patrocinio subió

Salamanca á la altura que llegó á obtener entre las instituciones doctas de aquel siglo. Facilitaba la distribucion de honores y premios á los que propagaban conocimientos; protegia tan abiertamente á la imprenta, que los libros se admitian sin pagar derecho alguno; y aun se dice que en aquel temprano periodo del arte se imprimieron mas de ellos en España, que en épocas posteriores.»

Por qué faz del prisma histórico se quiere contemplar á esa ilustre soberana? Siempre la encontraremos grande y buena. En su vida como mujer y esposa, nadie ha echado ni un leve borron: como reina, de qué se la acusará? Tal vez de la proscripcion árabe, de la espulsion judáica, del establecimiento de la Inquisicion...No es este lugar para vindicaciones: pero quien no pueda justificar á Isabel I, no conoce la historia mas que muy superficialmente; sus lugares comunes, pero no la época, la filosofía, la moral, ni nada de aquel período estraño. (1)

Impulsó todo lo bueno, y conviene notar que las bibliotecas se acrecentaron bajo ese imperio glorioso. De él parte nuestra civilizacion. Gran lauro, haber conseguido vic-

---

(1) Plácenos insertar dos estrofas de la composicion poética dedicada á Isabel por Pedro de Cartagena, converso, que floreció en aquella corte. Segun él, nada podia perjudicar á la gloria de S. A.

«Cuando mas se ensoberbece
el rio, en el mar no mella;
que echen agua no la acrece,
ni tampoco la descrece
el que saquen agua della.»

«Pues si hombre humano quiere
vuestra grandeza loar
non la puede acrecentar:
si lo contrario ficiere,
tampoco puede apocar.»

«Ella», dice otro comentador, «que habia subido al trono para restaurar el desautorizado poder de los reyes, alcanzó tambien la alta é inmaculada aureola de restauradora de las letras. Ella daba el ejemplo, y se dedicó al estudio del latin, como lo habia hecho al de otras lenguas. Inflamó á los magnates con la luz de la ciencia, calmando en ellos el esclusivo ardor guerrero. Hasta en las mujeres inspiró el amor á la literatura. Así se preparó la nueva era literaria que habia de brillar al amanecer el siglo XVI.» (*Estractado de los estudios históricos de D. José Amador de los Rios.*)

toria tal entre elementos belicosos. Para ensalzar y hacer amable la institucion monárquica, bastan pocos modelos como el que ofrece Isabel I. Mucho daño puede producir un mal rey: pero cuánta ventura y cuánto poderío vienen á las naciones por solo un rey bueno! Y obsérvese que sólo las monarquías han podido perpetuar á las naciones... verdad innegable... axioma.

Al concluir esta nota parece que armoniosos ecos me repiten cerca ese nombre grato: Isabel. Y como hablaba de una reina de Castilla, pienso naturalmente en la que hoy ocupa su trono, llevando el mismo nombre de la que fué tan grande. Digna y amable sucesora! Algo hay que asimila esos dos tipos excelentes: aparte las gracias que enamoran á los ojos, los asimilan la bondad de carácter, y su amor á la religion y al pueblo. Podríase aducir otro término de comparacion. La Isabel de nuestros dias es conquistadora como la del siglo XV: no, en verdad, de mundos escondidos entre las olas allá en el verdadero Océano... conquista corazones perdidos en la borrasca que ha concitado entre nosotros la iracundia.—Sea cual fuere su destino como reina, la posteridad, con su voz libre, llamará *ingratos* á los que afectan hácia la noble dama un desamor tan injusto, que mas parece *capricho*, que *conviccion; veleidad,* que *filosofía;* voluntarioso alarde en obsequio á cierta moda, no bien recibida por fortuna, que efecto de raciocinios imparciales. A los que la hayan amado siempre, y defendido, les otorgará el premio que otras generaciones galantes concedían al caballero que luchaba por el honor de su *Señora*. Ved ahí una reminiscencia que inflama nuestro orgullo. Toda noble tradicion es fecunda para las virtudes. Siempre será glorioso servir de escudo á tan augusta Princesa.—Resumiré: qué le niega á su pueblo esa hija de reyes! No hablo de concesiones políticas: en cuanto á eso demandad á los ministros... Isabel perpetúa todos nuestros sagrados principios tradicionales, y nuestras mas altas glorias. Tier-

na y caritativa, despréndese de sus alhajas para socorrer á los que padecen. Las ciencias y las artes han dilatado su imperio por el ausilio de su generosa cultura...Y no la aborrezcais: no ha sido siempre feliz...ni como reina, ni como madre, ni, quizás, como mujer: conócela el infortunio: pero siempre heróica, sí...quien no la ame, que la respete al menos.

Octavas XXIII y siguientes.—Correspondía decir lo relativo á la heroina: invierto el órden, y hablo de Jaragua.

El 6 de Diciembre de 1492 ancló la carabela de Colon delante de una vasta isla situada entre el Océano atlántico equinoxial y el mar, hoy, de las Antillas.—Al visitarla el marino dióle el nombre de *Hispaniola* ó *Española:* los indígenas la habían llamado *Hayti* ó *Haiti*, esto es: *montañosa*. La encontró Colon dividida en cinco reinos gobernados por Caciques. Una de sus provincias era Jaragua, que comprendía toda la costa occidental de otra, llamada por los castellanos *Isabela*, incluyendo el cabo *Tiburon*, estendiéndose por el *Sur* hasta la pequeña isla de la *Beata*.—(1)

No desagradará leer aquí algunos apuntes de la historia política de esa célebre *Antilla*, la segunda de las

---

(1) El primer punto en donde tomó puerto Colon en esa isla, fué llamado por él *S. Nicolás*, nombre que todavía retiene. La semejanza que notaron los descubridores entre la vegetacion que ante sus ojos se desplegaba y la de Andalucía: el canto suavísimo con que seducían y deleytaban allí las aves, y el haber hallado en aquel mar peces muy parecidos á los de España, movieron al Almirante á distinguir á esa isla con el adjetivo *española*.

Indicaré el destino de *Haiti*, repitiendo estas palabras de la Crónica:

«A los ojos deslumbrados de los marinos levantose una isla esplendorosa, ornada con todos los atavíos de una gigantesca vegetacion; país quizá el mas hermoso del globo; pero que en sus arcanos destinaba la providencia á ser el mas desgraciado.»

Cierto: la sangre humana ha corrido á torrentes en esa mansion, antes, de los placeres. Qué crímen antiguo ha debido expiar?..

grandes por su estencion. Cuando la subyugaron completamente los españoles en 1495, se denominó toda *Isla de Santo Domingo*, por llamarse así la capital, ciudad fundada poco antes por aquellos.—Los conquistadores introdujeron mas tarde la raza negra en ese pais para ocuparla en las faenas del campo y otras. En 1722, 1791 y 93 cambiaron violentas conmociones populares aquella sociedad que aspiraba valerosamente á su emancipacion. Agitábanse mucho los negros; y las trasformaciones de gobierno se sucedían con rapidez. Parte de tan vasto territorio cayó en poder de los franceses: luego se constituyó casi todo en república, la cual no fué duradera, y la isla volvió á llamarse *Haiti*. Recobraron de nuevo los españoles, en 1814, la parte que habían perdido; pero en 1822 les fué asimismo arrebatada, sin duda, para siempre.—Uno de los personajes que adquirieron mas celebridad en las revueltas ocurridas en ese departamento, fué Toussaint Loverture, quien, sobre otras cosas notables que llevó á cabo, desbarató las tramas de los ingleses que ambicionaban dominar en *Haiti*. Elevado á imperio el pais aquel, es regido por el no menos célebre, aunque con poca envidiable gloria, Soulouque III. Un drama de Lamartine os dará á conocer mejor á *Loverture*; muchos periódicos nos han hablado de la reina Pomaré, antecesora del Soulouque actual, mujer célebre tambien por sus aventuras y hasta por su franqueza de costumbres, pues ya se reían no ha mucho los apuestos parisienses, con la esperanza de ver los pies desnudos de la soberana de *Haiti*, que, al parecer, resolvía ir á visitarles, pero sin *calzado alguno*.

Qué le resta á España del tan píngüe legado que le procuró Colon! Hasta el nombre *Jaragua* ha desaparecido de allí, y se le encuentra en la América meridional, honrando un puerto, un monte y un rio del Brasil, en distintas provincias de ese otro canton del Nuevo-Mundo.

Jaragua, en los dias de la conquista, era un fértil y

populoso distrito de Santo Domingo: hacíalo especialmente grato su deliciosa posicion geográfica, siendo además sus naturales de apacible condicion, y aventajados en urbanidad y decoro á los otros isleños. Véase hasta dónde he podido alterar en mi leyenda el testo de Irving:

«Los españoles habían oido muchas descripciones de la deliciosa region de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. Tambien habían oido celebrar la esbeltez y urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables antecedentes. Al acercarse á la ciudad, treinta mujeres de la familia del cacique salieron á recibirlos cantando sus areitos (ó areytos) ó romances tradicionales, y bailando y agitando hojas de palma. Las matronas llevaban delanteras de algodon bordado, que bajaban hasta la mitad del muslo; las vírgenes estaban enteramente desnudas, con una redecilla en la cabeza, y el cabello caido sueltamente. Tenían bellísimas proporciones, delicado y suave cútis, y su color era moreno claro y agradable. Segun Pedro Mártir, al verlas los españoles salir de sus verdes bosques, casi imaginaron que se les aparecían las fabulosas driadas, ó las hadas y ninfas nacidas de las fuentes, que cantaron los antiguos poetas. Cuando llegaron á D. Bartolomé, se arrodillaron, y le presentaron con gracia sus verdes ramos. Despues venía la célebre Anacaona reclinada en una litera que seis indios conducían. Como las otras mujeres, solo cubría su desnudez con un delantal de algodon de varios colores; ceñía su cabeza con una olorosa guirnalda de flores blancas y encarnadas, y llevaba collar y brazaletes de lo mismo.»

La redecilla que llevaban puesta en la cabeza las jóvenes índias, digo que era de juncos, no repugnando esto á lo natural. En sus viajes á *La Florida*, á fines del siglo último, vió Chateaubriand ese adorno todavía en las mujeres de aquella comarca, y afirma que era hecho de juncos.

Octava XXXVII.—Dige al principio de la *Leyenda* que en lo sustancial no he alterado el relato histórico, aunque sí algunos pasajes accesorios. En esa octava ocurre una de las variantes mias. El esposo de Anacaona, caribe, era cacique de Maguano, y fué hecho prisionero en la reñida batalla que se dió en la *Vega-Real.* Llevándolo despues Colon á España, murió en la travesía. No fué, por tanto, en el combate, como yo he supuesto; mas no es grave una inesactitud sin trascendencia, y es lo cierto que á los españoles se imputa aquella desgracia, siquiera por la agresion. Véase:

«Recibió (Anacaona) al Adelantado y sus compañeros con la cortesía que le era natural, no manifestándoles rencor por la muerte de su esposo. Al contrario pareció haberle inspirado los estranjeros desde el principio grande admiracion y amistad.»

Octavas XXXVIII y siguientes.—Dice el historiador:

«Con este cacique (Behechio) vivia Anacaona, viuda del impertérrito Caonabo. Era hermana (de aquel), en cuyos estados permaneció desde la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla: su nombre significaba en lengua india, *flor de oro*. Superaba en ingenio á la generalidad de su raza; pasaba por excelente poetisa, siendo autora de los romances, areitos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que estaba dotada de tanta dignidad y gracia, que todo en ella parecía incompatible con el ignorante y salvaje estado en que habia vivido. A pesar de la catástrofe que ocasionaron los blancos á su marido, no les guardaba rencor, pues nunca fué su espíritu vengativo. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra. Miraba á los españoles con admiracion, considerándolos seres casi sobrenaturales, y su claro

ingenio comprendió desde luego cuánto tenia de impolítico resistir sus artes y sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, y que se captase la amistad de los españoles. Se cree que sabiendo los amistosos sentimientos y poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado á emprender su expedicion.»

Y llegamos á la espansion poética del amor hácia la heroina, sentido (supuestamente) por mí. Diré que no quise rechazar la idea, aunque peregrina, hallándola oportuna en obra de tal índole; pudiendo, por otra parte, disculpar mi ilusion con hechos ajenos, de los cuales nos han dejado apuntes los *protagonistas:* Camöens y Chateaubriand. Dice de sí este en *Memorias de Ultra-Tumba* lo que estracto, y amenizará estas notas:

«Acompañaba á dos florideñas (en América), jòvenes, *con piernas desnudas*, adornadas con *encajes de abedul, y pulverizando con sus dientes gotas del liquidámbar y raices de libanoto.*—Era esto en una isla en el Ohio, y al caer la tarde, viéndose *por la parte de Oriente la luna descansando sobre colinas lejanas: y por Occidente liquidada la bóveda del cielo en un mar de diamantes y de zafiros, en el cual parecia disolverse el sol medio sumergido.* Se sintió *encantado* por el aspecto de la naturaleza y por las floridianas, especialmente por la que él llama la *triste.* Habiase dormido el viajero, y al despertar halló á sus amigas tambien *dormidas, ó aparentando que dormian*, una á cada lado suyo, con la cabeza reclinada, cada cual, en un hombro del mismo. Una ráfaga que atravesó la floresta *los inundó de una lluvia de rosa de magnolia*, y la mas jóven de las siminolas se puso á cantar.—*El que no se halle seguro de su vida*, sigue diciendo el autor, *guárdese de esponerla jamás de ese modo! No se sabe de cuánto es capáz una pasion infiltrada con la melodia en el corazon de un hombre.*—Las indias fueron llamadas pronto por otro cuyas forzudas manos las subieron á la grupa de dos caballos bárbaros, y con él

marcharon. Si parece burlesca en algo la esclamacion del norrador en aquel trance: *Oh Cid! Por qué no tengo á-qui á tu veloz Babieca para alcanzarlos!..*mas adelanto dice que *la soledad perdió para él todo su atractivo despues de su desventura, y se apresuró á abandonar el desierto, donde ha dado mas tarde nueva vida á las compañeras de su sueño nocturno, haciendo, como en expiacion, una virgen de la una, y una casta esposa de la otra.*— Alude á las creaciones de *Atala* y de *Celuta* en su *René.*»

Y con motivo de esa aventura añade:

«Por débil que fuese, buscaba yo ejemplos de aquella debilidad para cobrar valor: Camöens habia amado en las Indias á una esclava negra de Berberia; por qué no habia de poder yo rendir mis homenajes en América á dos sultanas amarillas?»

Hé aquí parte de una endecha del poeta lusitano, citada por el propio viajero francés:

«Aquella captiva,
Que me tem captivo,
Perque nella vivo,
Ja nao quen que viva.
Eu nunqua vi rosa
Em suavos molhos,
Fosse mais formosa.
Pretidao de amor,
Fao doce á figura,
Che á neve che jura
Que trocara á cor.
Leda mansidao
Que ó siso acompanha...
Bein parece estranha,
Mas bárbara nao (1).

———

(1) «Esa cautiva que me tiene prisionero, porque en ella vivo, no perdona mi vida. No hubo jamás rosa alguna entre lindos ramilletes, que fuera mas hermosa á mis ojos...»

«Su negra cabellera está inspirando amor; su rostro es tan dulce, que la nieve quisiera cambiar de color con ella; su alegria va acompañada de reserva: es una estranjera; pero bárbara de ningun modo.»

Ahora, será tolerable la supuesta condicional posibilidad del amor que habría inspirado en mí Anacaona, solo con su presencia, en mí, mas débil que esos privilegiados Señores, ella, excelente, segun todo elogio?

»Su gracia y belleza le habian dado nombradia en toda la isla, y excitado la admiracion del español como del salvaje. Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos.»

«Parecia gozar de mucha popularidad entre los naturales, y tener en Jaragua casi tanto poder como su hermano. Su afabilidad natural y la dignidad de sus modales cautivaron más y más la admiracion de los españoles.»

«La adoraban sus súbditos tanto, que ejercia sobre ellos una especie de dominio aun en los dias de su hermano: se dice que era hábil en la composicion de los areitos ó romances históricos de su nacion; y puede haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable entre sus gentes.»

Pero supóngase á mi efusion amante el aparato ficticio de la poesía; siempre quedará la aspiracion real á lo digno. Por lo demás trátase de bellezas que ya no existen, que no *infiltran* con su canto ni con el fuego de sus ojos, porque sus ojos y sus labios los cerró la muerte, hechizo alguno en el corazon mas predispuesto á entregarse al culto de una *encantadora.*

Sobre la honestidad de Anacaona, para encomiarla, he dicho que la heroina redactaba anécdotas ejemplares contra la impureza. He puesto en accion así su virtud, en cuya defensa dice Irving:

«Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa, acusándola de disoluta; pero tenía por costumbre acriminar el carácter de los principales indios que perecían víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas. Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter.»

Octavas LXV y siguientes.—Ni aquí diré mas que en la *Leyenda* sobre la Atlántida. Qué se sabe de ella? Suponen que fué una vasta region en donde la cultura se halló en su apogeo. Para mi intento ha bastado la duda de si las islas descubiertas por Colon, especialmente *Haiti*, suponían, por sus indicios de pasadas artes, la existencia, tambien desvanecida, de aquel otro pais. He querido hacer pensar en el orígen que esos pueblos encontrados tuvieron, y los habitantes del Perú y los de Méjico. Naturalmente se ocurre esa idea, por mas que haya de quedar sin prueba toda conjetura. Sorprende el estado de ignorancia en que yacían esos míseros salvajes hallados por Colon, respecto de la existencia de sus vecinas islas. Los que le acompañaban cuando tropezó con *Haiti*, le decían que no se acercase á ella; que sus naturales eran crueles, deformes, con un solo ojo en la frente... Cómo atrazo tal en la navegacion! No llegaron nunca sus canoas á donde iba la carabela nuestra? Y en tal caso por qué aquellas fábulas! Y ved en Haiti un paraiso, beldades é inteligencia, ruda en mil sentidos, escesiva en otros. Qué catástrofe, hundiendo regiones intermedias; dejando aisladas otras; paralizando las artes, confundiendo los principios morales; aniquilando toda sociedad fundada en el equilibrio de los derechos y deberes, redujo á tal inaccion á esos grandes pueblos? Y de dónde, se pregunta, el aparato fastuoso de Motezuma y el de Atabaliba? No hay alguna reminiscencia de Egypto en Méjico, de Roma en Acapulco? Aquellos hijos del sol; sus airosos trajes de guerra, incompletos; ciertas palabras de sabor y casi esacta construccion latina; cierta division y subdivision de clases y cargos públicos, todo eso sorprende al espíritu en sus indagaciones: pero la indagacion humana qué vé en un espacio sin luz! Allá se pierde, fatigándose, y torna de su esploracion, rendida y sin fruto alguno útil á la ciencia ó á la historia. Colon suponía por aquellas

costas indianas, por ejemplo en Paria, el punto en donde estaría la opulenta Ofir que daba sin tasa el oro á Salomon. Tal vez: mas no hay evidencia: por lo demás quién no tiene noticia de cambios producidos en el globo por aquel que lo formó! Cambios que todo lo trastornan: el mar en tierra, la tierra en mares! En mil y mil libros se hallan estas reflexiones escritas: peró quiero traer aquí algunos conceptos de Isaías Tegner, porque me agrada leerlos. Dios hace todo eso; Dios,

«cuyos brazos (dice) abarcan el espacio, y de quien el tiempo es ahijado. Las razas florecen y se aniquilan; los astros despréndense y caen de su órbita cual hojas marchitas, y siglos sin fin yacen postrados, yertos á sus pies: solo *él* es eterno.»

« Si habla, y en su lengua hierve el rayo, los hondos cimientos del orbe se estremecen, las colinas saltan como cabritillos, los montes como corzos.»

Hé aquí que podemos ser nosotros mañana restos perdidos de cien generaciones inteligentes, en mares nuevos...y otro Colon, tal vez, halle un dia á nuestros descendientes, que nada sabrán decirle del *hoy*...

Octavas LXX y siguientes.—Levísimas son las alteraciones que me he permitido en ese relato; quizás tan leves, que se me acuse de meticuloso. No: bastante audaz he sido. En ese trozo de narracion episódica, hallaría un ingenio elevado materia para deliciosos cuadros: yo, ni me proponía escribir un poema, por fundadísimo temor; ni soy tan hábil en las sencillas y ligeras descripciones, que pueda conseguir mas concision y variedad de colorido; mas brillantez y drámatico efecto en ellas.

Séame licito aplicar á mi favor ahora lo que refi-

riéndose á un poeta insigne dijo otro escritor notable: « *no pidais á la lira mas de lo que canta.* »

Me contento, pues, con ser verídico. Y si afirmo en ese pasaje que lloró Anacaona como niña, al despedirse de Bartolomé Colon, ajustada va la cita á la verdad, pues si esa vez no tanto, en otra revelaron las lágrimas de la heroina su íntima ternura, y su dolor por la ausencia de aquel mismo personage. Véase:

«Anacaona mostró grande afliccion por su partida, pidiéndole encarecidamente que permaneciese con ellos algun tiempo mas, y manifestándose temerosa de no haber sabido complacerle con sus esfuerzos. Tambien ofreció seguirlo á la Colonia, y no se manifestó consolada hasta que le prometió el Adelantado volver á Jaragua.»

Octavas LXXXI y siguientes.—Aquí hay mas arbitraria innovacion, pero tampoco culpable. Guevara no se halló en esta primera entrevista de los españoles con Behechio. No importaba. Como únicamente hablo de él por preparacion á los cantos segundo y tercero, y nada produce en el primero su amor á Higüenamota, aunque ya lo hago entrar en la accion, no hay falta. Era preciso introducir al amor, recurso del arte, precepto, pudiera decirse, ventura de tanto interés para todo corazon, y aproveché la oportunidad, haciendo presa de dos versos, con los que termina la octava LXXXI, que no son mios y sí de Campoamor, en su *Colon.*

Digresemos algo en obsequio al hijo de Vénus. Cuando escribí algunos artículos sobre ese poema que acabo de citar, dige de esos dos versos lo que tambien tiene cabida aquí:

«Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?

¿Dónde se ha visto nunca rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
la que de amor no tenga el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados
son, si no son de amor, como pintados.»

No podíamos, pues, faltar á ese gran recurso de interés para nuestra *Leyenda*, si el mismo Ercilla, en la *Araucana*, hubo de apelar á él, contra su propósito, á la verdad, pues su poema dá principio con estas, por cierto poco galantes líneas:

«No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados;
ni las muestras, regalos, ni ternezas
de amorosos afectos y cuidados...»

Pronto prevaricó. No hay modo de evadirse á la accion de ese filtro invisible. Sin amor no hay vida. Maury dijo con mas acierto:

«Salve, númen de amor, rey de la tierra,
Ídolo de los tiernos corazones,
Animador de cuanto el orbe encierra,
Dispensador de celestiales dones.
A tí se humilla el númen de la guerra,
Y el de los rayos cede á tus harpones,
Y envidia el lauro délfico tus palmas,
Hijo de la Beldad, dios de las almas.»

Yo traigo pronto ese *dios* siempre que se coloca delante de mis ojos una beldad. Por qué no hacerlo?

Ya lo había dicho al principio:

«En cualquiera parte donde se halle la hermosura, se la adora como á Vénus misma, pues la hermosura es tan divina como ella.»

Y se concibe adoracion sin afecto? Hasta es tiranía que se ama, la tiranía exigente de la hermosura. Y dicen algunos que son irresistibles ciertas ilusiones;... y añaden otros, que son hasta indispensables para que...nuestro espíritu repose. Tambien lo he dicho:

«Dulce creacion de un alma, que para reposar, no ha encontrado otro asilo tan agradable como tu seno ideal...tú has sido siempre un pensamiento bello, revestido de una forma encantadora.»

Y quién, siquiera para soñar, cuando las realidades nos amargan, no tiene su ninfa *Egeria*, figura de seduccion, sentada–esperándonos–sobre violetas y margaritas, á la plácida sombra, entre mirtos y rosales...todo eso fantástico, pero amorosamente consolador...? Porque es necesario soñar, es preciso pedir que se nos devuelva aquel reposo alterado... En tales cuitas es cuando dicen los poetas:

»Y tú eres, lira, en mi tan grave duelo,
aun recordando el mal, dulce consuelo.»

CANTO SEGUNDO.

Octavas IV y siguientes.—El jardin en que habla con sus mujeres Anacaona es una ficcion, y lo es aquella conferencia, y tambien el canto en que prorrumpe la heroina, inspirada. Lo primero es corriente: bosquejar cuadros y embellecerlos; y es lícito lo otro: crear personajes é inspirarlos. En su agitacion, bendice Anacaona y condena, segun supone amables ó teme pérfidos á los

castellanos; y llega á predecir lo que realmente ha sucedido á los conquistadores del Nuevo-Mundo: la pérdida del mismo para ellos. No debe mi medianía justificar este proceder en mi humilde *Leyenda*, con ejemplos de semejantes predicciones *á posteriori*, empleadas por esclarecidos poetas. Pero los hay, muchos: y si no me es dado apoyarme en escritores á quienes ni nombrar debiera, por respeto, absuélvaseme no obstante. Ni está en la prediccion mi pecado, que está en la manera de espresarla, sin el necesario fuego, sin el terror y ternura convenientes. No llego á más, y recuerdo la *nota primera* á los que benévolos me lean.

Para concluir esta, falta decir que *Ozema*, á quien hago hablar, no existió, ni mujer alguna con ese nombre, que lo era de un rio, por allá. Me agradó para regalarlo á una indiana, invencion mia, y eso es todo.

Octavas XXXVI y siguientes.—(1) La *Gran canoa* era una carabela española. Los índios designaban así los buques nuestros. La decoracion con que adorno la playa, es accesorio mio; y para mas sencillez y efecto en el relato, me ha parecido bien anticipar el *juego* de la nave, que realmente se efectuó estando en ella Anacaona. Alteraciones todas aceptables. Ni el Adelantado llegó en aquel buque esa vez: hallábase ya en Jaragua, á donde fué, y de donde regresó, por tierra, luego con los suyos á Isabela. El buque pasó á recoger el tributo preparado. Tambien para continuar la historia de Guevara, lo he traido con Roldan ahora, aunque no se vieron estos en Jaragua sino mas tarde. Respecto á lo esencial la historia ha sido fielmente seguida; la composicion exigía cierto acomodamiento por lo que hace á las incidencias. No he recargado, pues, el colorido en los retratos de los dos rivales:

(1) Llamábase *magüey* un instrumento músico indiano.

no he dicho ni aun lo que Irving: «Roldan era uno de esos espíritus bajos que se asfixian al respirar una atmósfera elevada.»

Octavas LXII y siguientes.—Hemos versificado sobre estas líneas:

«En su viaje á la costa, el Adelantado se alojó una noche en un lugar pequeño, en una casa en que tenia Anacaona atesorados los artículos que creia mas raros y preciosos. Varias manufacturas de algodon ingeniosamente labradas, sillas, mesas y diversos muebles de ébano y otras maderas, revelaban mucha habilidad en unas gentes que no tenian herramientas con que hacerlas. Tales eran los sencillos tesoros de la princesa india, de que hizo generosamente muchos regalos á sus huéspedes.»

Como supuse que el Adelantado regresó por mar á Isabela, en su nave le hice ir reflexivo contemplando esos objetos que llevaba por fineza de Anacaona.

Sujeto lo restante de este canto á la narracion histórica, con amplificaciones, á mi ver, permitidas, aunque no merezcan aplauso, por defecto mio, no hallo razon que me hiciera tolerables mas notas, en disculpa; ni encuentro modo oportuno para introducir aquí observaciones que, al hacerlas, prolongarían demasiado esta parte, difusa ya, si se quiere, por el deseo de enriquecer con aquellas galas, pero no plagiando, mi pobre estilo en literatura.

CANTO TERCERO.

Octavas XVII y siguientes.—Véase el testo:

«Bobadilla no era tan malo como imprudente y débil....

Precipitado y ansioso de apoderarse del poder, era débil y contemporizador al egercer, y no sabia jamás mirar mas allá de lo presente. Una concesion peligrosa hecha á los colonos demandaba irremisiblemente otra, y así marchó de error en error, mostrando prácticamente que el gobierno tanto debe temerse egercido por un hombre débil como por uno vano.»

Esa raza de gobernantes *Bobadillas* no ha dejado de ser fecunda algunas veces en nuestra pobre nacion. Destino!

«Don Nicolás de Ovando... se dice que era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, y un mirar modesto pero imponente, de mucha verbosidad y agradables y corteses modales; hombre de grande prudencia, dice Las-Casas, y capaz de gobernar mucha gente, pero no de gobernar á los indios, á quienes hizo incalculables injurias. Tenia grande veneracion á la justicia; enemigo de los avaros; sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde, que cuando llegó á ser maestre del órden de Alcántara, no permitia jamás que le diesen el título de su empleo. Tal es la pintura qne de él han hecho los historiadores; con lo cual su conducta no deja de estar algunas veces en contradiccion. Parece haber sido capcioso y sutil, tanto como almivarado y cortés; bajo la capa de su humildad ocultaba mucha ambicion de mando, y en sus transacciones con el Almirante fué á la vez poco generoso y muy injústo.»

Cumple ahora justificar mi opinion respecto al rey Fernando. Yo lo admiro, y mucho: haré su elogio, diciendo, como lo dicen todos, que fué digno consorte de Isabel para llevar á cabo los planes de ventura ansiada para nuestro pais. Pero era suspicáz en demasía: tal vez necesariamente en atencion á las malas trazas de los hidalgos y magnates de su tiempo. Era reservado: quizás convendría serlo, en época tan agitada por ambiciones personales. Era frio calculador: ya es eso algo malo: no fué generoso con Colon; peor: no buscaba los mas excelentes hombres para el mando de las Indias, y pudo

hacerlo: peor aun. Por otra parte encargaba que se tratase á aquellos indíjenas como á españoles... mas fué lástima que permitiese el paso para el Nuevo-Mundo á criminales debidos á las prisiones. Por qué no vió en esa conquista algo mas que una conquista material? No hago coro con Italia, Inglaterra y Francia para llamarle pérfido y otras cosas aduladoras y terribles... sí me asocio á Colon; y aunque no diga como él (segun Campoamor) *me gusta poco;* diré: *no me gusta mucho*. Pero guardémonos de llevar mas adelante nuestras dudas acerca de un monarca, por mil y mil cualidades y hechos, *eminente* y respetable.

Octavas XXXVII y siguientes.—Perpetra Ovando, impasiblemente, su crímen. Demostraré que he sido fiel narrador como en lo demas, con esactitud, en ese pasaje, transcribiendo el testo:

«...Pudiera haber conocido Ovando, que era suficiente seguridad contra las maquinaciones de los indios apoderarse de sus caciques y retenerlos en rehenes. Pero seguia Ovando mas sanguinaria política, y obraba por sospechas como lo hiciera por conviccion. Determinó anticipar la supuesta conjuracion por un contra-artificio, y sumergir aquel pueblo indefenso en un mar de sangre.»—«Como los indios habían divertido á sus huéspedes con varios juegos nacionales, los convidó Ovando á su vez á ver los de su país. Entre otros habia juego de cañas. La caballería española era entonces notable por el diestro manejo y espléndido arnés de sus caballos. Entre los soldados que Ovando trajo de España, había un ginete enseñado su caballo á corvetear guardando compás con la música de un violin. La justa debía celebrarse en la tarde de un domingo, en la plaza pùblica, delante de la casa de Ovando. La caballeria y soldados de á pié tenian sus instrucciones secretas. Aquellos no debian combatir con cañas, ni picas despuntadas, sino con armas mas mortíferas; estos vendrían como meros espectadores, pero bien armados

y prontos para entrar en accion cuando vieran la señal.»—«A la hora concertada se llenó la plaza de indios deseosos de ver aquel simulacro guerrero. Se juntaron los caciques en casa de Ovando que daba á la plaza. Ninguno estaba armado; reinaba entre ellos una confianza ciega, incompatible con la negra traicion de que se les acusaba. Para prevenir toda sospecha y disipar las apariencias de un designio siniestro, se puso Ovando á jugar, despues de comer, al herron con varios de sus oficiales principales, cuando habiendo llegado á la plaza la caballería, pidieron los caciques al gobernador que mandase empezar la justa. Anacaona y la bella Higüenamota su hija, con otras muchas indias hicieron la misma peticion.»—«Ovando dejó su juego y se puso en un sitio visible. Cuando todo estuvo dispuesto segun sus órdenes, dió la funesta señal. Dicen algunos, que poniendo la mano en una pieza de oro que llevaba suspendida al cuello; otros, que sobre la cruz de Alcántara bordada en el pecho. Una trompeta sonó inmediatamente. La casa en que estaban juntos Anacaona y los principales caciques, fué rodeada por la soldadesca que Diego Velazquez y Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar á ninguno. Entraron las tropas, y apoderándose de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la llevaron prisionera. Se dieron despues á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la estremidad de la angustia, se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en la supuesta conspiracion. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar à nuevo exámen, se pegó fuego á la casa y todos los caciques perecieron miserablemente en las llamas.»—«Mientras los caudillos perecian víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aun mas horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por entre la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente con los caballos, hiriéndola con las espadas, y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fué carniceria. Alguna vez un caballero, ó por piedad, ó á impulso de la avaricia, queria salvar en sus brazos á un niño, pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo.»

Octavas LVI y otras.—No quiero multiplicar *notas;* resumo en esta cuanto concierne á Boanaocotex, aunque se le nombra varias veces. Transcribo aquí lo que dige á quien podía darme consejos sobre este punto artístico.

«Es Boanaocotex creacion completamente mia; es el pueblo todo de Jaragua personificado en una entidad. Aquella tribu apacible, benévola, y cuyo natural instinto de cultura se perfeccionaba con la civilizacion que introducian los españoles, está representada por un solo personage, hijo adoptivo de Anacaona, como lo es todo pueblo de su Jefe. Necesitaba yo un eco tambien á los gritos de indignacion que arrancaba al oprimido el tirano: yo, español al fin, no debía espresarme como el esclavo: en la víctima no se estraña el lenguaje de la ira. Aparece cantor el jòven: los hijos de la naturaleza, y en su primitiva sociedad, eran cantores. Despues le revelan su inteligencia los castellanos, y adquiere el conocimiento acerca de los imperios antiguos, mitología gentílica, nomenclatura poética del siglo, doctrina evangélica cristiana, y toda idea grande germina en él para facilitar el triunfo á la civilizadora conquista. No es verosímil, por ejemplo, la suposicion de que pudo el indio (esto es, aquel pueblo,) ser instruido por poetas, que habría, indudablemente, en Jaragua? No pudo ir allá algun cantor, como fué poco mas tarde Ercilla al Arauco? Adeptos tendrían los populares Mena, desde el reinado de don Juan II, Berceo, Segura, el de Hita, Jorge Manrique, últimamente, y otros.

Y canta tierno, dulce, cuando llora por Anacaona, la baja del árbol triste y la sepulta entre flores; cosas estas que habria hecho el pueblo, á serle permitido. Y canta sentencioso y otras veces enérgico, fulminante: esto era preciso tambien. Sobre mil y mil adversidades, veia dueño despótico en su patria al estranjero, y su dolor sería infinito. Una vez lo he visto yo en la mia: era muy niño yo: no sé qué estraña sensacion me causaron unos ginetes militares, á la francesa, (en 1823,) recorriendo como en triunfo mi ciudad nativa, al estrépito de los cañonazos que allá

otros franceses disparaban, como en *alarde y salva*, en nuestro protector castillo, que habia capitulado, y al compás de sus propias músicas, cornetas y tambores. Mirábalos como un niño; con curiosidad; pero no indiferente: me entristecia verlos tan ufanos en *mi casa*, olvidándose de que se les permitió entrar... que años antes, cuando no se les permitió, no entraron... huyeron al fúlgido y tronante rayo que les lanzara esa misma fortaleza que entonces no habia capitulado: huyeron...

Es tan justo llorar cuando avasalla
poder estraño el suelo en que nacimos!
Quién culpará ese llanto si...*sentimos!*

Pues Boanaocotex vió la opresion, y llora y piensa en la venganza de algun futuro Atlante. Apostrofa con el ejemplo de Granada reconquistada cabalmente, por entonces, y se espresa con la acritud de sus primitivas pasiones de iracundia.

Pero resalta su bondad, y esto lo atribuyo á la influencia religiosa. Nombra el cielo; compara con un ángel y con los querubines nuestros á la bella Anacaona, y parece como que cree algo en el dógma de la resurreccion al decir: qué genio, y cuándo, te dirá: *despierta!* Uno de los atractivos que hacen amable nuestra religion, es tambien esa esperanza que infunde de ver eternamente en el cielo á los que nos fueron queridos en la tierra. Boanaocotex, que pierde todo su bien, no hallaría consuelo en esa posibilidad... no pensando en que sin el bautismo no se alcanza... pero confiando quién sabe en qué? Basta para mi propósito. La religion de Cristo germinaba ya: este mi pensamiento: hacer notar, entre los horrores producidos por la pasion humana, el primer efecto de la accion divina: la tendencia á la *unidad católica*.

Y no es otra cosa el magnífico lienzo de Brigss, *Españoles* y *Peruanos*, que se halla en la galería de Vernon, y cuyas copias se vén en muchas partes mas. A través de las armas, se eleva un sacerdote, símbolo de la religion cristiana, difundiendo la gran doctrina regeneradora. Yo, á di-

ferencia de Brigss, que lo hizo en un lienzo, con mágicas tintas, con verdadera inspiracion, con el auxilio de un alto genio, lo he trazado en hojas de papel, pálidamente, y quién sabe con qué otros defectos! No importa: el aplauso para el pintor, que lo merece; para mí alguna satisfaccion por haber contribuido al propio objeto: á glorificar el triunfo del cristianismo, porque á pesar de todo, el cristianismo regeneró al Nuevo-Mundo, y por eso no nos avergonzamos de la cruel conquista.»

CANTO CUARTO.

Octava V y estrofas siguientes.—El testo que he tomado dice solo acerca de los últimos momentos de la heroina:

«La princesa Anacaona fué conducida á Santo Domingo cargada de cadenas. Se le concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fué ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo, á quien tanto y por tanto tiempo había protegido.»

Todo el canto, pues, ha sido inventado. Me pareció oportuno que Anacaona se despidiera de la vida con una melancólica endecha. No trovaba sus *areitos*? Por otra parte: los poetas han dicho siempre que *antes de morir canta el cisne*. La víctima recuerda al sol que ella amó al estranjero. No he querido que se espresase con crudeza, lo cual se opondría á su magnánimo carácter.

La hice morir perdonando, como murió mas tarde otra bella reina, María Estuardo. He hallado entre estas dos especialidades la analogía del padecimiento, á mas de

otra, consistente en la perfeccion física de sus personas. Dícese de María que no tuvo *par ni por su hermosura ni por sus infortunios: (véase á Golsdmith:)* dícese de Anacaona que *fué la mas bella de la isla, y cruelmente desgraciada.* Ninguna de las dos profirió una queja contra sus verdugos: aquella espiró pensando en el que exhaló su espíritu en el Gólgotha: esto es ya diferente: en quién pensaría Anacaona al morir! He dicho algo de eso en las estrofas de su canto:

«Si hay otro Dios, le adoraré delante
de su trono en el cielo...»

Debo hacer una observacion. Anacaona conocía la doctrina de nuestra creencia religiosa. Guevara había llamado, cuando sus amores, á un secerdote para que bautizase á Higüenamota. Es natural suponer que no lo contradeciría la madre, y es natural imaginar que en sus últimos momentos no arrojaba de su corazon la madre la idea cristiana que había tolerado en el de su hija. Se conforma esto perfectamente á la índole de aquella mujer de inteligencia clara y de afeccion dulce y profunda; aunque propiamente dicho, y realmente no fuera católica.

Y para justificar por última vez en un todo mis quejas contra Ovando, quiero seguir todavía la comparacion de antes.

María Stuardo murió injustamente. Goldsmith, que no os será sospechoso, dice:

«Cuando se consideran las disensiones y los rencores de la especie humana, se echa de ver casi siempre que los unos son tan culpables como los otros; si María fué delincuente, Isabel no lo fué menos al castigar con la muerte á una mujer sobre quien carecía de toda autoridad, porque era tanto como ella.»

Y murió acusada de conspiradora contra Isabel! Eso se dijo de Anacaona:

«que habia conspirado contra una fuerza armada de cerca de 400 hombres, y entre ellos 70 caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios.»

Y qué potestad había en Ovando sobre una princesa?

No, no incurro en censura. Vencido en Arauco Caupolican, fué preso, condenado á muerte, y para recibirla, sentado sobre un madero de afilada punta que le traspasó las entrañas. Cantó Ercilla este caso, y esclama con noble admiracion:

«Y en breve, sin dejar parte vacía,
de cien flechas quedó pasado el pecho,
por dó aquel grande espíritu echó fuera,
que por menos heridas no cupiera.»

Eso hicieron con los primitivos cristianos los gentiles! El mismo autor, que dedicaba su poema á Felipe II, rey tan grave, y temible para los arranques de independencia, dijo más:

«Paréceme que siento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
deste bárbaro caso referido,
al cual, Señor, no estuve yo presente,
que á la nueva conquista había partido
de la remota y nunca vista gente:
que si yo á la sazon allí estuviera,
la cruda ejecucion se suspendiera.»

Honor á Ercilla! era poeta: no podía ser bárbaro. No consta, al menos lo ignoro yo, que hiciera versos el de Ovando...

Seré culpable si repruebo en él lo que otros reprobaron en verdugos que le fueron parecidos?

Octavas XXXV y siguientes.—No me placen los verdugos, porque no me placen los cadalsos. Cuándo será, que resuelto el gran punto debatido por eminentes capacidades, sustituya á la aplicacion de la, hoy aun, última pena, otra que no inhabilite al hombre para todo bien, antes por el contrario, que sea castigo á la culpa y medio al arrepentimiento y regeneracion moral de los culpados? Mientras, acatando la ley, respetamos esas graves dudas que impiden á inteligencias esclarecidas adoptar de comun acuerdo la abolicion absoluta de esa ley que se cree necesaria todavía, no tuerzan, y harán obsequio á la humanidad, no tuerzan otros talentos menguados el buen camino por donde avanza noblemente el exámen: absténganse de emitir su inútil parecer aquellos cuya sabiduría conoce solo el código vulgarísimo de máximas generales, que exigen suma cordura para ser aplicadas en especial estremo; ni emitan su satánica opinion los sanguinarios, sin fé, sin alma.... Al *necio* y al *iracundo* se les debe repetir que Dios dijo: *no matarás*.

Qué importa! Dirán, tal vez, que para nada sirve un criminal, *miembro podrido*... oh ciencia! Quién de vosotros dirá no sirvo para nada? Y no sois *miembros podridos*? No lo somos casi todos? Nunca hemos sido criminales? Lo que hay de cierto es, que lo sabemos únicamente nosotros; y si lo saben algunos mas, no nos acusan.—*Decapitad*. Los vapores que de la tierra suben al cielo, vienen del cielo en lluvias á la tierra: el vapor de sangre que haceis exhalarse de los cadalsos, vendrá para vosotros, ó para vuestros hijos en lluvias tambien de sangre. No os lo deseo; pero bueno será que lo temais.

FIN DE LAS NOTAS.

ADVERTENCIA.

En la página 15, octava VII, de algunos ejemplares se ven estas líneas:

eso los sábios teólogos decian,
y «cosa clara» los necios repetian.

Léanse de esta manera:

eso los sábios teólogos decian:
—«cosa clara» los necios repetian.—

En la octava I de la página 47 se nota una imperfeccion en su línea quinta. Quedan en ella bien las palabras, pero ha sufrido algo una de la línea que en la página 48 corresponde á aquella. Se ha desfigurado un tanto la *l* de la palabra que debe leerse *catalpa.*

Ultimamente, en la página 142, línea 17, se ha deslizado atra*z*o por atra*s*o.

GRATITUD.

Cuando me permití dedicar esta Leyenda á la culta sociedad de nuestro Casino, pude suponer que no sería desechado mi homenaje humilde, si se tributaba en donde la generosidad rivaliza con la cortesanía; pero no imaginé que se me distinguiese con mas notable honra. Seré sincero: la digna Junta Directiva, suscribiéndose á mi desautorizada produccion poética por cierto número de ejemplares, me nombró, además, Socio honorario de la corporacion á cuyo frente se halla con general aprecio. Solo me es lícito ver aquí proteccion dispensada, no recompensa merecida. Profundo, por tanto, mi reconocimiento, lo espreso sin reserva alguna: y ojalá aspiren á obtener honor igual ó mas relevante aun, aquellos en quienes se unan alta ciencia, númen y corazon privilegiados...entonces podrán ser premio las mercedes que se concedan, si esta vez han sido únicamente gracia.

Juan Vila y Blanco.

ESTRELLAS.

Dicen que siendo tan bellas,
(sus ojos, gracia y fulgor,)
son las mugeres *estrellas...*
en el cielo del amor.

AL EXCMO. SR.

Don Mariano Roca de Togores,

Secretario de Estado en el despacho de Marina, Marques de Molins, Vizconde de Rocamora y Diputado á Córtes.

Dígnese V. E. aceptar este recuerdo de gratitud por no olvidadas mercedes.

Sin otro mérito estas páginas, sean al menos para V. E. la espresion del cordial afecto con que, al tener el honor de ofrecérselas, se repite S. S. S. Q. S. M. B.

Escmo. Sr.:

Juan Vila y Blanco.

Alicante, 13 de Setiembre de 1850.

No se me acuse de haber pretendido escribir *sonetos*, aunque lo parezcan las composiciones en este cuaderno reunidas: mi audacia no se excede hasta suponer en ellas las condiciones con que podrían aspirar á merecer tan lisonjera clasificacion. Considérense como estrofas que, limitadas á un número invariable de líneas, se han ajustado, por capricho, á las mas esteriores formas de aquella combinacion métrica agradable.

Mas indulgencia todavía... para el título. He aceptado la palabra *estrellas* en el sentido mas galante hacia nuestras *graciosas amigas* en el mundo: otros las llaman *flores*; pero ni estrellas ni flores podrían llamarse mis versos.

En cuanto á los nombres elegidos para las estrofas, confesaré haber deseado que fuesen la significacion de los pensamientos que me proponía espresar. Lo son algunos; otros se admiten ya como símbolos, digámoslo asi, de tal ó cual inclinacion ó afecto; y los demas, por su armonía al pronunciarlos, me ha parecido que no rechazan las ideas melancólicas ó de ventura á que los he asociado.

De cualquier modo, no siendo esta coleccion otra cosa que un juguete literario, y aun lo último por componerse tambien de letras, me atrevo á esperar gracia del lector, si no le asisten razones mas plausibles para negármela severo.

Y en este caso, perdonadme, amigas mias, que haya incurrido en el desacierto de eclipsar vuestros atractivos bajo el velo de una poesía menos brillante que vosotras.

DOS ROSAS.

Aurora y Blanca. (Goces tranquilos.)

Con tintas de carmin y granos de oro,
¡qué linda es esa flor de la pradera!
iman del aura y de la luz primera,
del verano gentil rico tesoro.

Mas ved el casto. virginal decoro
de la que al lado, como blanca esfera
de nieve se alza, dulce y echicera
con el rocío, de la noche lloro.

Las dos en el vergel, gloria del dia;
puras las dos como el azul del cielo:
signo es una de amor con alegría;
la otra, emblema de místico consuelo...
dá luz, Aurora, á la morada mia;
dá paz, oh Blanca, á mi continuo anhelo.



MARIA.

(Dulzura.)

Vírgen de paz, tesoro de ternura,
¡cuán apacible tu mirada, y cuánto
es de tu voz el inefable encanto!
¡qué suavidad en toda tu figura¡

Leda tu frente pálida, fulgura
con el tibio fulgor nítido tanto
que al desprenderse su oloroso manto
el alba envía tras la noche oscura.

Plácida imágen de tranquilo ensueño,
en tí reposa del que sufre el alma;
tú le adormeces su dolor profundo.
De tu labio de púrpura risueño
brota consolacion, nace la calma...
siempre algun ángel, Dios le deja al mundo.



CANDIDA.

(Pureza.)

Bendito nardo del jardin ameno,
dulce paloma, gota de rocío,
blanco vapor de incienso, aura de estío,
suave espuma del mar, lago sereno.

En torno á tí de grato aroma lleno
está el ambiente, sin ardor, ni frio:
¡ah si posible fuese al labio mio
besar el nácar de tu tibio seno!

Vélente de los ángeles las alas,
purísimo ángel tú, flor de inocencia,
vírgen de corazon inmaculado.
Dénme las brisas el olor que exhalas;
y aspire así tu deliciosa esencia,
sin ofender tu cáliz delicado.



PEREGRINA.

(Beldad.)

Estatura gentil—palma graciosa;—
siempre digna actitud; rostro ovalado,
de hermosísimas trenzas coronado,
de espresion delicada y poderosa. (1)

Túrgido pecho, suave y magestuosa
garganta que el amor ha torneado;
breve cintura—círculo adorado,—
breves la mano y planta voluptuosa.

Gracia, finura, sencillez, nobleza
en tus modales hay, flor matutina:
conforma en elegancia y en alteza
tu nombre á tu beldad tan peregrina.
Dios concibió en su mente la belleza,
y el tipo en tí dejó la idea divina.

(1) El colorido, segun la predileccion del lector.



Julia.

(Amor.)

Aura del valle acariciando flores,
brisa del mar con el batel jugando,
céfiro con la fuente murmurando,
es tu sonrisa en tu jardin de amores.

Tiende al aire tus alas de colores,
mariposa de amor, enamorando;
de tus ojos dulcísimos lanzando
en torno á tí los vívidos fulgores.

„¿Quién eres?" te dirán: tú no respondas...
sigue festiva en tu radiante giro:
mas no de mí, que tuyo soy, te escondas.
Ven á mis labios, ven cuando suspiro;
y dime al fin, pues los suspiros cuento:
„yo soy tu amor, y tú mi pensamiento."



RICARDA.

(Esquivez.)

Te ofende el alba con su luz serena;
te fatiga del sol la clara lumbre;
la tarde con sus brisas pesadumbre
te da, y la noche con sus sombras pena.

Del placer la sonrisa te envenena:
aunque tus gracias nuestro labio encumbre,
obtiene tu desden..... la incertidumbre
de complacerte, afectos te enajena.

¿Cómo libar el cáliz de la rosa,
y del monte vencer la áspera cima,
y abandonarse al piélago agitado?...
Espina, risco, tumbo hacen penosa
la senda del amor, y que reprima
su anhelo el corazon, ya maltratado.



MATILDE.

(Alma comunicativa.)

Verte feliz, es ser feliz contigo.
Si el grano de ámbar su perfume exhala,
felicidad tu corazon regala
á quien es de tu júbilo testigo.

Fuerza es, si gimes, conceder abrigo
en el pecho al *ay* tuyo, que resbala
de tus labios tan tierno, que se iguala
al clamor del que invoca á un dulce amigo.

Alma ingenua, los goces no atesoras
avara para tí: tus pensamientos
de ventura revelas; y si lloras
dejas que al aire vayan tus lamentos...
si, ingenua en las venturas, enamoras,
conquistas mas, ingenua en los tormentos.



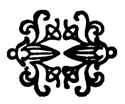


(Cautela del corazon.)

¿Quién ve tu corazon?.. está guardado,
—perla en su concha, aroma en el capullo;—
parece que es tu afan, todo tu orgullo,
tenerlo asi escondido y apartado.

Nunca, si triste, nunca ha revelado
sus dolores de un *ay* leve murmullo;
la sonrisa jamás con dulce arrullo
las venturas del alma ha confiado...

Callas y ocultas la interior contienda;
ni consuelos imploras ni prodigas:
¿quién en tus brazos buscará un abrigo?
Alma encerrada siempre en su vivienda,
te esquivará el amor....no le maldigas;
¿cómo ha de ser de tu cautela amigo?



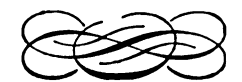
JACINTA.

(Celos.)

¡Qué tirana inquietud siempre atormenta
tu enamorado corazon, hermosa!
de tus rivales ¿cuál mas poderosa
que tú en las justas del amor se ostenta?

Tus hondos ayes y suspiros cuenta;
verás cómo tu vida es enojosa....
celoso el corazon nunca reposa,
y de albergue sin paz amor se ahuyenta.

Si eres amada, en sosegado lecho
la aurora espera que tu amor corone,
y entonces brillen de placer tus ojos...
¡ah!... si te olvidan... borra de tu pecho
el nombre del infiel, mas no pregone
vana inquietud tus íntimos enojos.



LORENZA.

(Sufrimiento.)

¡Qué langidez en tus azules ojos!
¡qué palidez en tu nevada frente!
mucho tu corazon —herido— siente
de frívolo amador necios antojos.

¿Qué ha de ser de la rosa que entre abrojos
el viento agita?... morirá: inclemente
cada espina alzará de la esplendente
gentil corola míseros despojos.

Mas fortuna á tus gracias se debía:
dulce, sereno, halagador, festivo
el soplo del amor, paz te daría:
pero inconstante, incierto, fugitivo,
te hace sufrir en bárbara agonía...
¡oh amante corazon, jamas altivo!...



Rosalía.

(Expectacion.)

Tú del amor á la llamada acudes
entre las sombras de la noche fria:
tras esa reja escuchas la armonía
que al viento dan dulcísimos laudes.

Y aguardas sin dudar... ¡oh! nunca dudes;
mata la duda al alma, Rosalía;
entreten tu amorosa fantasía
hasta que al sol de tu querer saludes.

Porque vendrá: tu amor no en vano espera:
¿cuándo falaz ha sido su esperanza?
fijas tus ojos en la azul esfera,
y el cielo tu leäl cariño afianza...
¿percibes ya rumor?... tierno, se altera
tu pecho... es ¡ah! que su señor avanza.



LUISA.

(Vana esperanza.)

Alta, mas alta la brillante luna
ves ya desde que esperas... *¡inhumano!*
cerca, tal vez, de objeto bien liviano,
de tí no guarda ya memoria alguna.

Un pensamiento... vago te importuna,
un temor... y lo acallas por insano...
quizás, quizás lo seä... mas, lejano
vé el astro de la noche, y... sin fortuna.

¿Y aun quieres aguardar? ¿no oyes el trino
que preludian las tiernas avecillas?
¿no adviertes el esmalte purpurino
de la aurora tras esas nubecillas?...
¡bajas la frente!... ¡rueda, sol divino,
una lágrima, al fin, por tus mejillas!!





ELISA.

(Desengaño.)

Así, dormida en su dichoso nido,
suele caër del árbol la avecilla:
así del mar meciéndose á la orilla
tiembla el esquife, aquel embravecido.

No recelabas tú del bien querido,
tierna alondra de fé ciega y sencilla,
y en el mar del amor débil barquilla...!
aire tus glorias, inocente, han sido.

Triste flor es la flor del desengaño:
los fulgores del sol no la coloran...
¡cuán vanamente sufrirás tu daño!
al traidor otros ojos enamoran...
tanta promesa y amoroso engaño...
y ora penas sin fin que te devoran!!



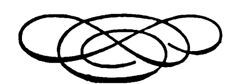
VIRGINIA.

(Sin esperanza.)

¡Todo lo ves pasar!.. y ¡qué temprano
muere en tu corazon toda esperanza!
nunca has sabido tú qué es la bonanza,
nave infeliz en iracundo oceano.

Flor, y tan linda, nunca del verano
te acarician los céfiros: venganza
feroz de suerte pérfida te alcanza...
la dicha es nombre para tí bien vano.

Perdiste —niña— el maternal cariño
y de infantil fraternidad los goces:
tú no has reïdo como rië el niño.
¿No han pasado tambien harto veloces
las glorias del amor?... eso tu herencia,
luto al nacer, y aislada la existencia.



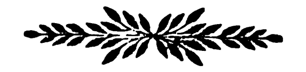
Amalia.

(El sueño.)

Todo es silencio en torno á esa hermosura:
ni lo altera su igual blando respiro,
ni un leve insecto con su vuelo y giro:
fuera, jugando, el céfiro murmura.

Baña de la beldad la frente pura
un ligero sudor: débil suspiro
lanza, y esplende trémulo el zafiro
de sus pupilas en la sombra oscura.

Velado otra vez queda, y mas profundo
despues de un casto y suave movimiento
es el reposo de la vírgen bella.
¿Soñaría tal vez glorias del mundo?
¡ah! dejadla soñar; es el contento
de un alma pura como el alma de ella.



CLOTILDE.

(*Lágrimas en la ausencia.*)

¡Cuán triste es el *adios*!: del alma un dia
lo exhalaste con lúgubre gemido...
adios quiere decir: ya se ha estinguido
de tus ojos la luz que era luz mia.

Adios quiere decir: ya la armonía
de tu acento, ¡oh mi bien pronto perdido!
no puede murmurar junto á mi oido
los ecos del amor cual lo solía.

—¿Y volverá?...—La vida es tan incierta...
—Pero, si vive?...—Amor es tan voluble...—
Ved que la duda muerte al pecho lanza:
dejad que llanto de sus ojos vierta
la triste, y que el dolor su frente nuble,
mas dejadla esperar en su esperanza.



LAURA.

(Felicidad.)

Mas linda tú que la naciente aurora
estás entre las flores de tu reja;
la luz que en prado y monte se refleja
es la luz de tu faz encantadora.

La dicha que en tu pecho se atesora
la advierte el ruiseñor que te festeja,
y contándola va, cuando se aleja,
al aura, al bosque y fuente bullidora.

Celos tiene el verjel de tu alegría,
y lo murmura el arroyuelo en calma...
¡has sido tan feliz entre las sombras!..
y lo revelas con orgullo al dia,
que aun vé, no lejos, al iman de tu alma,
á quien diciendo «adios» cien veces nombras.

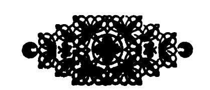




Nadie te dice, pobre niña, *te amo*,
porque nadie te vé, perla escondida:
te guardan del amor, y á tu manida
no llega su dulcísimo reclamo.

Si el pecho adornas de fragante ramo
de frescas flores, ó á tu sien prendida
llevas alguna, ¿gala es ofrecida
por quien murmure: *en tu beldad me inflamo*?

Tal vez se dobla tu gentil cabeza
al peso de algun triste pensamiento...
¿ignoras el *por qué* de tu tristeza?
para que llegue á tí, lo digo al viento:
«cual de lluvia la mies que á alzarse empieza,
está de amor tu corazon sediento.»



ENRIQUETA.

(*Sencillez.*)

La flor que de su tallo se desprende,
la sombra que en el suelo se diseña,
el manantial que brota de la peña,
el pajarillo que los aires hiende,

Todo á jugar la incita: amor ya tiende
su red al corazon que le desdeña;
y hasta con juegos en burlar se empeña
la graciosa al amor que su alma prende.

Vivid, vivid, oh libres corazones,
la pasajera edad de fé sencilla;
mas no al amor jugando te abandones,
que no es juego el amor, inocentilla...
y aleve oculta *pérfidos arpones*
de un hondo abismo en la alfombrada orilla.





(Graciosidad.)

En tí los tristes ojos se recrean,
porque eres linda y todo en tí es gracioso,
desde el cabello, en ondas caprichoso,
hasta el pie, donde amores juguetean.

No del lirio los tallos se cimbrean
cual tú, con el donaire delicioso
que á tu apostura das, y en el reposo
callados los hechizos te rodean.

Al irradiar el alba, hija eres suya;
al declinar el sol, eres Ondina:
por la noche se vé la imágen tuya
en el mar, en el bosque, en la colina,
al fulgor de las plácidas estrellas,
ó cual ángel de lúz te juzgo entre ellas.



ELVIRA.

(Inconstancia.)

—Ya vuelve el pescador: ¿cuál su cabaña?
—Llevóla el cierzo: tórnese á los mares.
—Ya vuelve el cazador con sus cantares....
—Tórnese el infeliz á la montaña.

—El proscripto es aquel; de tierra estraña
vuelve con patrio ardor: ¿dónde sus lares?
—No existen ya: ruinosos los pilares,
yedra sostienen solo entre espadaña.

Y... ¿dónde está tu amor, infiel querida?
á pedirte vendrán grata manida....
—¡Ah pobre corazon enamorado,
de una hermosa en la fé tan confiädo!...
no vuelvas, tierno amante; no te esperan:
falsos de amor los juramentos eran.

CONSTANZA.

(Amor invariable.)

En vano el viento con pujanza dura
del collado la frente, adverso, toca:
en vano el mar intenta de la roca
la planta conmover firme y segura.

¡Ah! de tu amor la fuente no se apura;
ni tu pasion se desespera loca,
ni á mudanzas la ausencia te provoca,
oh flor del dia y de la noche oscura.

Tú triunfarás, que el cielo se complace
en ver firmeza en corazon humano,
y concede la prez de la victoria.
Sufre... y en tanto, que el amor te trace
con verde mirto y rosas del verano,
el bello Eden de tu futura gloria.



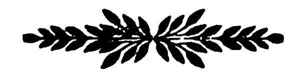
CONSUELO.

(Paz para el alma.)

A disipar las sombras de mi frente,
á iluminar la noche de mi vida,
ven, suspirada estrella prometida,
ven ¡ay! desde tu azul cielo de Oriente.

Lo hallo en tí todo; luz, aroma, ambiente:
ya ni hay dolor en la profunda herida
que me ha tenido el alma, entristecida,
y el amoroso corazon, doliente.

Hállote al fin del áspero camino,
celeste aparicion, cándida rosa,
delicia del verjel, flor de las flores.
Si llego á tí cansado peregrino,
risueña, dulce, y cuanto dulce hermosa,
sé, mi gacela, amor de mis amores.



VALERIA.

(Orgullo con desden.)

Brillante de beldad, lujosa en galas,
eres un sol en tu elevado cielo:
mas ¿cómo alzar hasta tu esfera el vuelo?
para llegar á tí nos faltan alas.

Si luz despides, y si aroma exhalas,
quieres te rinda adoracion el suelo;
alma orgullosa, *corazon de hielo*,
ni amor exijes, ni tu amor regalas.

¿Nada ves grato en nuestra humilde tierra?
¿Todo es poco á tu orgullo y hermosura?
¿O es, *Diosa,* que mortal ninguno encierra
en sí para tu afecto igual ternura?..
Teme que amor su dulce grata guerra
cambie, ofendido, por *venganza dura*.



Andrea.

(Seduccion y aborrecimiento.)

¡Puedes tú aborrecer! ¿mintiendo brilla
la dulzura en los ojos, y en la frente
la paz de un alma angélica, indulgente,
y la rosa de amor en la mejilla?

Así de un lago límpido á la orilla
luz y flores, cortejo al trasparente
cristal, seducen, y falaz serpiente
cambia en dolor la hermosa maravilla.

¡Ay del que llegue! he visto la serena
linfa sepulcro ser inesperado...
¡Ay del que llegue á ti! cierta es la pena
que guardas para el triste confiädo...
que al amor, así tú, de gracias llena,
eres sepulcro en flores preparado.



ELENA.

(La fuga.)

En brazos del amor ¡ay! te abandonas!..
dejas tu albergue paternal; ya el viento,
protector de tu osado pensamiento,
hinche de tu bajel las níveas lonas.

Buscas la paz en apartadas zonas;
en tus ojos, de amor brilla el contento,
y del mar al sonoro movimiento
del triunfo el himno halagador entonas.

Llega feliz al plácido retiro
que tu Eden ha de ser: mas nunca olvides
que hay en el mundo *azores* y abandono.
No exhales, bella, el lúgubre suspiro
de la burlada fé: tras tantas lides
no desparezca de tu amor el trono.





(Dolor con remordimiento.)

Que se oculte dejad en el ramaje
esa libada flor antes tan pura:
¿quién en su cáliz puso la amargura
con torpe avilantez, con rudo ultraje?

¡Ay! ni ella espera que del cielo baje
la paz á mitigar su desventura:
todo rumor... el viento que murmura,
de algun azar parécele mensaje.

Su pecho, lleno de dolor, suspira;
sus ojos, llenos de tristeza, lloran:
en la quietud, culpándose, delira;
sus labios al reïr se descoloran...
señales ciertas de *fatal mentira*
á la que fué inocente deshonoran.



MAGDALENA.

(Arrepentimiento.)

Si ilusiones ayer, hoy silenciosa
vèrdad que al alma inadvertida aflige...
¡cómo la bella al cielo se dirige,
fatigada, infeliz, y pesarosa!

—Mas calma tu dolor, cálmalo, hermosa:
si amaste mucho, el que los astros rige,
con el pesar al corazon corrige
que fué tras una luz harto engañosa.

Pronto esas gotas de tu acerbo llanto
las verás convertidas en rocío,
que al tierno corazon que aun ama tanto
volverá con la fé, esperanza y brio:
no dejes, no, de amar tras el quebranto,
mas solo á Dios consagra tu albedrío.



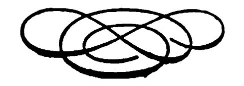
ALEJANDRA.

(La corona nupcial.)

Baja la frente, vírgen amorosa;
ciñe—ileso el candor—nupcial diadema,
de futura fruicion celeste emblema,
si por pasado afan merced preciosa.

Alza tu frente al fin: ven orgullosa
de tanta dignidad... tu gozo estrema:
sobre las aras de Himeneö quema
mirra del corazon... eres ya esposa.

A deshojar las conquistadas flores
tarde el soplo fatal á nuestra vida:
nada turbe tus púdicos amores,
ni breve ausencia, ni ilusion mentida;
y por mas que placeres atesores,
bríndete amor su copa sin medida.



LUCRECIA.

(Fidelidad conyugal.)

Duerma el señor; su alcázar es sagrado,
con puente de marfil, y puertas de oro:
cuando despierte, junto á sí el tesoro
de su ambicion verá no profanado.

No libará su copa un labio osado;
no infamarán su armiño de decoro;
no hallará en su blason mengua, desdoro,
ni ha de humillar su frente avergonzado.

Su compañera fiel, nardo elegido,
paloma es que al azor lejos ahuyenta:
alma del alma de su bien querido,
luz de la luz que un mismo amor sustenta,
su nombre está por Dios ya bendecido,
y es lauro así del que por ella alienta.



BERTA.

(Afecto maternal.)

Es feliz, muy feliz; tiene en sus brazos
las joyas de su amor: con ellas rie;
las vé puras y lindas, y se engríe...
son de su propio corazon pedazos.

Cortos para gozar teme los plazos
que á su cariño, breve el tiempo, fíe:
de sus ángeles no hay quien la desvíe,
(son de su vida los amantes lazos).

Cambia con ellos la sonrisa, el beso,
y el dulce querelloso: *no me quieres!*
y el grato arrullador: *alma, no llores...*
¡Oh afecto maternal... dulce embeleso!
el mas casto placer de los placeres,
el mas divino amor de los amores.



SOLEDAD.

(Viudez.)

¡Fuerza es ¡ay! deshojar nupciales flores!
el velo es hoy tu lúgubre atavío...
¿puede la luna tras celaje umbrío
al mundo regalar claros fulgores?

Ayer, tu frente espejo de colores,
reflejabas las rosas del estío...
¡qué puedes ya sentir, corazon frio!
¿darás al muerto amor nuevos amores?

Tu existencia ¡oh pesar! expiatoria
de crímenes parece... ¡qué de enojos!
para tí brilló un dia el sol de gloria;
despues quedaron míseros despojos...
para acordarte de tu bien, memoria;
para llorar tus desventuras, ojos.



ISABEL.

(Resignacion.)

Todo su bien la muerte le ha robado;
y el sueño del amor, interrumpido,
el lazo de las almas, desprendido,
su frente el infortunio ha marchitado.

Sangra su corazon despedazado;
mas su espíritu noble, enriquecido
de alta virtud, si triste, no abatido,
tiene al dolor, si indómito, callado.

Al cielo vá su puro pensamiento
á unirse á aquel que sus delicias era,
y un suspiro de amor al aire lanza.
Dios endulza su amargo sufrimiento:
una voz celestial le dice: *espera*;
y la sonrisa anuncia su esperanza.



CLEMENTINA.

(Religion.)

Su espíritu está en Dios, siempre en el seno
del que todo es bondad: nunca en sus ojos
huella se vé de angustias ó de enojos;
nada altera su frente —sol sereno.—

De uncion divina ved su rostro lleno:
fuego de caridad sus labios rojos
enciende, y caminara sobre abrojos
por Dios en medio al huracan y al trueno.

La fé es el faro que en el mar del mundo
á esa nave feliz alumbra y guia,
para arribar á la celeste playa.
De las pasiones brotará iracundo
el soplo aterrador... débil porfía...
la fé del corazon nunca desmaya.

Teresa.

(Amor desde el cielo.)

Dejaste mi mansion, y fuiste al cielo:
no ví ya luz; cegaron mis pupilas:
lloré... las horas del amor... perdilas!
mi tálamo fué ya tumba de hielo.

Mas tú rasgaste del sepulcro el velo;
entre los astros para mí rutilas,
y desde allí tu luz horas tranquilas
concede á mi zozobra y desconsuelo.

Siempre conmigo está tu imágen bella;
la miro, la contemplo, y codicioso
de tus abrazos, contra el pecho mio
juzgo estrecharla... y es tu voz, es ella
la que responde á mi cariño ansioso:
«con mi sombra de amor la paz te envío.»

ADIOS.

(*A las*.... Estrellas.)

Brillad sin nubes,
brillad sin nubes, *astros* de la vida;
que es ¡ay! la noche de la vida, oscura,
y grata la luz pura
de que está vuestra frente enriquecida.

Yo del Ocaso,
ya de *mi ocaso,* el horizonte miro:
no son para mí, pues, rayos de amores
vuestros bellos fulgores;
y al decirlo... creédmelo... *suspiro.*

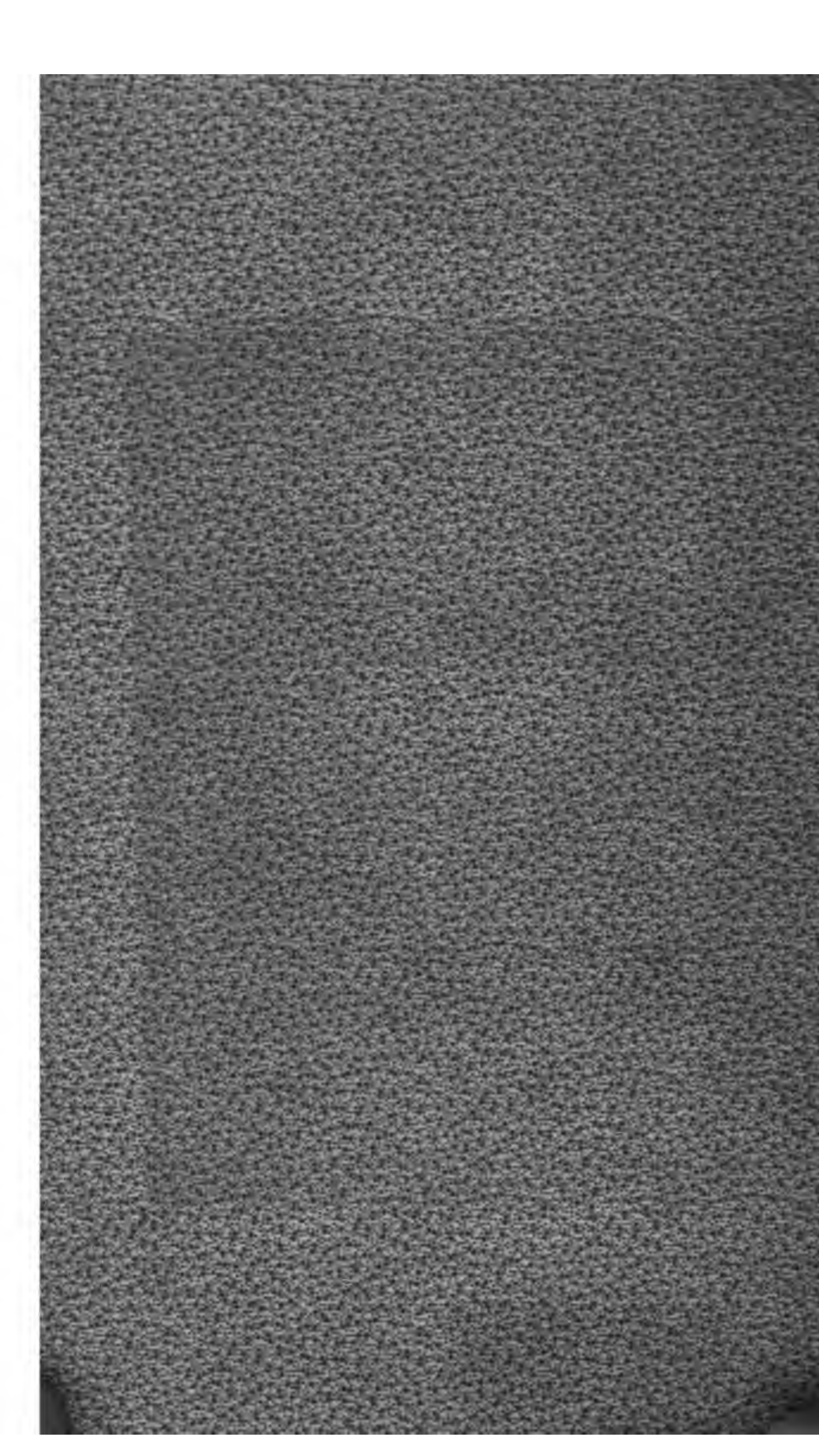
Mas un recuerdo,
siempre un recuerdo guardaré en el alma
de vosotras, imágenes tan bellas,
Sílfides, cuyas huellas
sin *calma* siguen los que imploran *calma.*

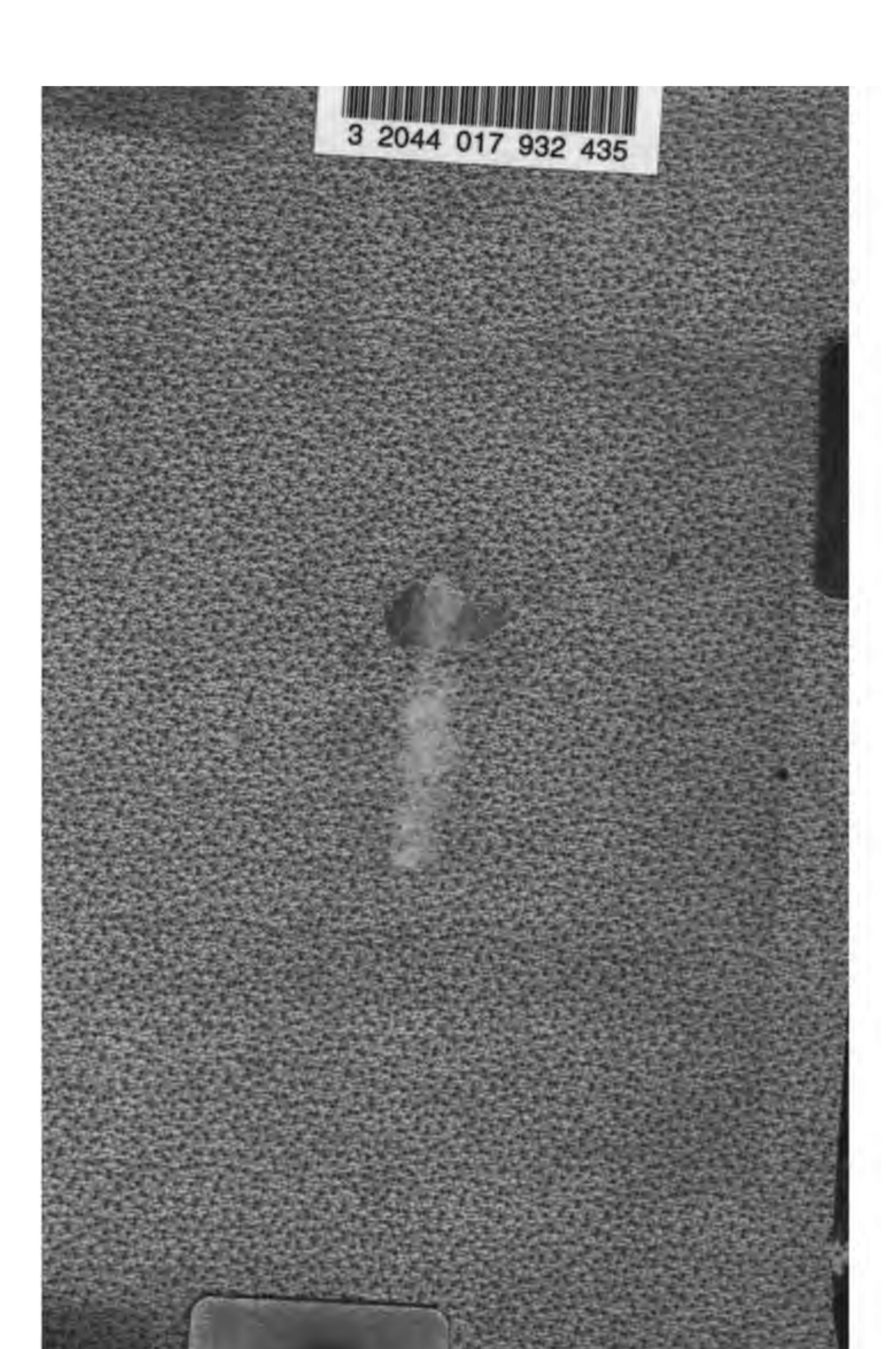
Podreis, amigas,
dulces amigas, (y en vosotras fio,)
regalar á estas páginas... no enojos,
la luz de vuestros ojos?..
para vosotras son... y os las envío.

Adios en tanto,
adios *por siempre, gloria* de la vida.
Brillad sin nubes, ástros de ventura,
porque es vuestra hermosura
luz del amor, llorada si perdida.

INDICE.

ALICANTE.—Imp. de Juan José Carr[illegible] plaza de la Constitucion,—1850.




3 2044 017 932 435

